

T. N. HAWKE



Anhelada por su

OSO



LOS LOBOS DE GREEN VALLEY #8



ANHELADA POR SU OSO

T. N. HAWKE

LOS LOBOS DE GREEN VALLEY #8



ÍNDICE

[Sobre este libro.](#)

[Agradecimientos.](#)

[Capítulo 1: Keo.](#)

[Capítulo 2: Kiara.](#)

[Capítulo 3: Keo.](#)

[Capítulo 4: Kiara.](#)

[Capítulo 5: Keo.](#)

[Capítulo 6: Kiara.](#)

[Capítulo 7: Keo.](#)

[Capítulo 8: Kiara.](#)

[Capítulo 9: Keo.](#)

[Capítulo 10: Kiara.](#)

[Capítulo 11: Keo.](#)

[Capítulo 12: Epílogo: Kiara.](#)

[Sobre la autora: descubre más de sus libros.](#)



Sobre este libro

Copyright © del libro: Marta Guinart Tamarit. Primera edición a través de Amazon KDP, 2020.

Todos los derechos reservados.

Copyright © de la portada: Marta Guinart Tamarit. Primera edición a través de Amazon KDP, 2020.

Editada y arreglada por Marta Guinart Tamarit.

Imágenes del interior cortesía de Pixabay y sus usuarios. Licencia gratuita sin necesidad de dar créditos para uso comercial.

Este libro está protegido por la Ley de Derechos de autor.

Por favor, no practiques, colabores o promociones la piratería.

Respetar a la autora del libro y leer sus trabajos de manera legal, colaborando de esa manera a que ella pueda continuar escribiendo.

La piratería mata cualquier tipo de arte. Y los artistas y escritores tristemente no nos alimentamos de aire.

Si lees el libro, hazlo a través de Amazon. Es exclusivo de esa plataforma por decisión de la autora. Si lo has descargado de otro sitio, entonces se trata de una descarga ilegal. Por favor, evita estos lugares. Los autores dedicamos mucho tiempo y esfuerzo y merecemos que se respete nuestro trabajo.

A nadie le gusta que le roben.

Si estás leyendo este libro a través de Amazon: ¡muchas gracias por tu apoyo! Espero que lo disfrutes y que te haga pasar un buen rato.

Este libro es pura ficción. Cualquier coincidencia con nombres, lugares, o hechos, es totalmente arbitraria.



Agradecimientos

A todos aquellos que habéis leído los libros y habéis llegado hasta aquí: muchas gracias por acompañarme en este viaje lleno de aventuras y magia.

Volveré a Green Valley algún día, pero por ahora cierro las puertas de esta saga para dedicarme a escribir otras: para terminar PANTERA, segunda parte de la Saga Vengadoras que cuenta la historia de Alana y Carrus, y publicar la segunda instancia de Romances y algunas historias más que tengo en la cabeza desde hace mucho tiempo y que claman por salir de ella y verse plasmadas en papel.

Nos vemos pronto.

T. N. Hawke.

Lo que puedas hacer o soñar, ponte a hacerlo. La osadía está llena de genialidad, poder y magia.

Johann Wolfgang von Goethe

Dentro de veinte años estarás más decepcionado por las cosas que no hiciste que por las que hiciste, así que suelta las amarras, navega lejos del puerto seguro y captura los vientos alisios en tus velas.

Explora, sueña y descubre.

Mark Twain

1



Keo

—¿Has oído las últimas noticias? Adele Reindeer es una Loba. Al parecer se trataba de una Recesiva y ha adoptado la forma Cambiante de su Emparejado.

La afirmación es tan extraña como el hecho de que sea mi hermano Aros quien la diga.

Mi serio y estricto hermano menor no hace bromas tan ridículas, aunque he de admitir que su sentido del humor es en ocasiones de lo más estrafalario.

Mi sobrina, su hija Elektra, se gira hacia su padre y lo observa con curiosidad desde su asiento a los pies de su madre, Gloria, que peina con paciencia el largo cabello blanco de su hija y sonrío cuando mi mirada se desvía hacia ella con la muda pregunta de si mi hermano se ha vuelto loco de repente en la mirada, a lo que ella niega entre risas con la cabeza.

Aros suspira y pone los ojos en blanco al ver el intercambio y yo alzo una ceja y devuelvo mi atención a los papeles que hay sobre mi escritorio.

Con el paso de los años, mi despacho parece haberse convertido en el centro de reunión de mi familia y Clan.

Es bastante grande y tan ostentosamente decorado como el resto de la casa principal de nuestra manada.

La vieja mansión de habitaciones inmensas y vacías está decorada al estilo inglés, llena de papeles pintados y pesados muebles de caoba y ébano.

Fue construida por mis antepasados cientos de años atrás y, a pesar de que solo damos uso a un ala de la misma (y ni siquiera a un ala entera, dado que no somos tantos como para llenar las veinte habitaciones de esta parte de la casa), la conservamos prístina y en buenas condiciones.

No nos falta dinero para ello.

Harold, mi viejo mayordomo y un Cambiante de Zorro Blanco cuyo Clan ha servido al mío durante generaciones incontables, deposita una bandeja cargada con té y pastas al mismo tiempo que mi hermano se deja caer sobre uno de los sillones orejeros que hay situados frente a la chimenea, cuyo fuego llena la estancia con su luz anaranjada.

—Lo digo en serio. —Dice Aros sirviéndose una taza de té de camomila. Su favorito.

Sus inmensas manos empequeñecen la delicada porcelana que mi bisabuela mandó encargar como regalo de bodas para mi madre, pero Aros tiene experiencia en controlar su considerable fuerza de Oso Polar para no romper cosas delicadas.

Su diminuta y dulce mujer Emparejada es prueba de ello.

Gloria apenas le llega a mi hermano al estómago, y Aros sería (y es) capaz de levantar su peso con una sola mano a pesar de que, como Osa Cambiada tras haber sido humana, Gloria ha aumentado en fuerza y tamaño estos últimos años.

Elevo la vista de mi libro de cuentas y la fijo en mi hermano, cuya mirada está llena de ternura

mientras mira a su amada tejer con manos delicadas las intrincadas trenzas ceremoniales de nuestro Clan que hablan de quién y qué es Elektra para nosotros y para el mundo: amada hija primogénita del Segundo Hijo del Clan Polar; adorada por sus padres; reverenciada por sus tías; mimada por su tío y Alfa; bautizada en las aguas del río gélido que nace de los glaciares del norte por sus abuelos y bendecida por el amor de su familia.

Aparto la mirada sintiendo una intensa emoción retorcerse en el pecho que me llena de vergüenza.

Envidia.

Amo a mi hermano y me alegra que haya encontrado a su Compañera y haya logrado formar una familia propia, pero yo todavía anhele la mía con una intensidad que poco a poco me está volviendo loco.

Es raro para un Polar el volverse Feral, pero yo ya he sobrepasado los cuarenta sin que haya rastro de mi Predestinada.

Llevo una vida entera anhelando poder tenerla junto a mí y escuchar las risas de nuestros hijos llenando de calidez nuestro hogar y dándole un nuevo significado a mi vida.

Como es costumbre, he estado esperándola.

Sé que ella, como todos los otros Predestinados de mi familia, soñará continuamente con las tierras de mi Clan. Con sus tormentas heladas y bosques de coníferas.

Con esta casa.

Conmigo.

Sueños que la incitarán a venir hasta a mí.

Pero ella está tardando demasiado y yo me vuelvo cada vez más impaciente. Cada vez más solitario.

Quizá es por ello que mi familia ha cogido la costumbre de pasar el día junto a mí en el despacho cuando me encierro aquí a trabajar en la administración de nuestras tierras y negocios.

Los Polares cuidamos de los nuestros en silencio, pero actuando con el corazón en la mano y el interés por el bienestar de nuestros seres amados en la mente.

Abro la boca para inquirir más sobre la información que Aros ha traído consigo, sin duda tras haber estado navegando por ese infernal «Internet» del que todo el mundo habla y en el que yo no tengo mucho interés.

Prefiero mis libros a la tecnología y pasar horas en mi biblioteca que hacerlo sentado frente a un ordenador o con la vista clavada en la pantalla de un móvil.

Pero nunca llego a preguntar.

—¿Mi señor Keodron? —Harold está parado en la puerta.

Ello no es extraño.

Lo extraño es que parece nervioso, si es que el ligero mohín de sus labios surcados de arrugas no es una ilusión.

Y le conozco demasiado bien como para deducir su estado de ánimo por gestos tan ligeros y apenas perceptibles como ese.

Ello me hace fruncir el ceño y dejar mi pluma sobre el escritorio, prestándole toda mi atención a mi viejo amigo y mayordomo.

—¿Qué sucede? —Pregunto juntando las manos sobre la superficie de caoba.

—Me temo que traigo malas noticias, Señor. —Dice Harold acercándose a mi escritorio y bajando la voz, seguramente para que Elektra no lo escuche.

Asiento y me levanto, saliendo del despacho para hablar en privado, ya que sé que es eso lo

que mi mayordomo quiere de mí.

Aros, siempre curioso desde que era un oseño, sigue mis pasos y cierra la puerta de mi oficina tras de sí.

Harold carraspea y yergue los hombros, y sé que deben ser realmente pésimas noticias por su lenguaje no verbal.

—Habla. —Ordeno con calma.

—El joven Pritchett, que ya sabéis que ha empezado esta semana su prueba como jardinero en los invernaderos de la Señora Norma Jean, acaba de notificarme sobre un...hallazgo inesperado.

Espero con paciencia. Harold es un buen hombre, pero de vez en cuando tiende al dramatismo.

Quizá se trate solo de que un Feral de Zorro Blanco ha vuelto a intentar robar una de nuestras gallinas. Suele suceder con frecuencia y les dejamos normalmente salirse con la suya, ya que técnicamente son familia, aunque no sean Clan al estar emparentados con Harold y su manada.

Pero mi instinto me dice que esta vez no se trata de algo tan simple.

Mi hermano, que es más impaciente que yo, se cruza de brazos y suelta un gruñido indicándole a Harold que prosiga.

—Lamento decir que ha aparecido un cadáver entre las rosas, mis Señores.

Se hace el silencio.

—Tío Harold, como sea otra de esas ardillas...

Harold interrumpe a mi hermano con una mirada de lo más ácida e irritada.

El mayordomo, aunque insista en mantener la etiqueta la mayor parte del tiempo, es más parte de la familia que otra cosa, y mi padre, que creció junto a él, lo tiene en alta estima y lo quiere como a un hermano.

—Me temo que no, mi Señor Aros. —Hace énfasis en el título de mi hermano. Aunque permite que lo llamemos tío, no suele hacerlo mientras trabaja. Algo que a mi hermano le ha exasperado desde niño. —Se trata, me temo, de un cadáver humano.

Se hace el silencio de nuevo.

—Imposible.

Harold ignora a Aros con la facilidad de alguien que tiene años de experiencia en ello, sin ni siquiera detenerse a considerar su escepticismo.

—Un varón humano. —Añade tras una pausa dramática. —De unos treinta años, mis Señores. Yo diría que muerto hace unas horas. Quizá esta noche. Aunque no es que sea experto en ello, por supuesto.

Cierro los ojos y me froto el puente de la nariz para intentar evitar el dolor de cabeza que sé que voy a tener en breve.

—Harold.

—¿Sí, mi Señor Keodron?

—No llames todavía a la policía.

—Por supuesto, mi Señor. Ni se me ocurriría.

—Diles a los sirvientes que los interrogaré en breve y manda llamar a todo el Clan Polar, quiero llegar al fondo de esto antes de tener que involucrar a las autoridades.

—Eso mismo haré, mi Señor Keodron. De inmediato.

Harold desaparece por uno de los pasillos de la mansión, seguramente a buscar a mis padres y a mi hermana y su Compañera, y yo me giro hacia Aros.

—¿Algo que ver en esto?

Mi hermano no es dado a arrebatos de furia, y ciertamente no va por ahí matando humanos (o

Cambiantes).

Controla su ira mejor de lo que lo hago yo.

—Ni idea. —dice con honestidad. —¿Le echamos un vistazo? Quizá alguien lo haya reconocido. Esto es... inesperado.

Eso es quedarse corto, pienso mientras camino hacia el invernadero de las rosas deseando que mi madre no haya encontrado todavía el cuerpo y que éste no haya «desaparecido» a saber dónde antes de que pueda averiguar qué demonios está pasando.

Un cadáver humano no es algo que encontremos todos los días.

No desde los tiempos en los que los autodenominados cazadores humanos se internaban en nuestro territorio de manera ilegal y sin nuestro consentimiento poniendo en peligro la vida de mi Clan y atacando Cambiantes y Ferales por el mero hecho de ser de una especie diferente.

O desde la época en la que a mi hermana Leandra le dio por cazar depredadores sexuales y, en especial, pedófilos, y los enterraba en el maldito bosque en tumbas tan cercanas a la superficie que los animales escarbaban fácilmente hasta dar con los cuerpos y el bosque se llenaba de los huesos de esos malditos humanos.

No. Mi familia no es dada al asesinato.

Al menos no sin sentido ni provocación.

Y algo me dice que hay gato encerrado en esto.

Y que esta vez Leandra no tiene la culpa de ello.

El cadáver que encontramos al entrar en el invernadero es, efectivamente, el de un hombre humano adulto de unos treinta años.

El olor está empezando a ser desagradable, pero por suerte los insectos todavía no lo han tocado mucho.

Se trata de un hombre blanco, algo entrado en carnes, con la cabeza calva, y una rala barba negra adornándole las mejillas.

—No hay marcas en él. —Comenta Aros.

Tiene razón.

No hay moratones, ni golpes, ni huesos rotos, ni nada que indique una muerte por agresión o violencia de algún otro tipo.

Y en su rostro hay una expresión de terror bastante evidente.

Camino hacia el otro lado de las altas rosaedas que hay plantadas en una cama de tierra en mitad del invernadero y encuentro un rastro de tierra evidente que va desde el lugar donde el hombre humano está tendido hacia la puerta.

—Un rastro. —Señala Aros siguiendo mis pasos.

—Voy a seguirlo. Quizá encuentre el vehículo en el que debe de haber llegado hasta aquí.

Nuestro territorio es inmenso y accidentado. Está situado en una de las partes más antiguas del venerable Bosque Madre, y no es fácil cruzarlo si no conoces los caminos.

Aunque llegar a la casa principal desde la carretera que hace años asfaltamos para que nos fuese más fácil hacerlo sí lo es, dudo que él haya cruzado nuestro terreno por ese camino.

Los vigilantes apostados en sus tramos nos habrían avisado de ello.

Lo que significa que debe de haberse colado en nuestro territorio a través de una de nuestras fronteras menos vigiladas, cosa que últimamente, para mi consternación, suele suceder con cierta frecuencia.

Aros y yo seguimos el rastro de tierra húmeda, que cruza el jardín haciendo zigzag por entre los altos invernaderos de cristal que mi madre adora y se interna en el bosque a la derecha de la casa,

un kilómetro más allá de la zona de las altas estructuras abovedadas.

Caminamos bajo los altos árboles con facilidad.

El Bosque nos conoce bien, y lo que más extraño me resulta de todo esto no es el haber encontrado un cuerpo humano tan cerca de la casa principal, sino el hecho de que nuestra Madre Bosque no nos haya dado el aviso de que había intrusos en nuestro territorio como siempre hace.

—Extraño. —Señala Aros con el ceño fruncido cuando nos detenemos frente a una de las cabañas que Augusta, la Emparejada de mi hermana Leandra, utiliza para almacenar provisiones con las que reabastecer los almacenes del Proyecto Refugio de su Clan nativo, los Reindeer.

El rastro se detiene aquí.

Frente a la puerta cerrada de la cabaña.

Extiendo mis sentidos hacia la dirección de la construcción de madera que permití que Leandra y Augusta montaran hace unos años, y cuya superficie está casi en su totalidad cubierta de musgo, y lo que me dicen me sorprende por segunda vez en ese día.

—¿Keo? —Aros se tensa y huele el aire en busca de otros rastros, pero imagino que no debe oler nada.

Sería difícil hacerlo, ya que la persona que hay en el interior de la cabaña está usando pastillas *supresantes*.

Una droga que elimina, entre otras cosas, el olor corporal de una persona.

Y que está hecha principalmente para Cambiantes.

Furioso, abro la puerta de la cabaña y enciendo la luz alimentada por las torres de energía eólica que instalamos hace tiempo.

Y me quedo mirando con una calma fría el cuerpo inconsciente de Taero Snow, que yace tendido en posición fetal sobre el helado suelo de madera con la cabeza cubierta de sangre.

Al parecer, el problemático hermano de mi madre ha decidido volver a casa tras casi diez años desaparecido.

Y ha traído sus problemas consigo.



Kiara

—Kiara, es mi última palabra sobre el tema. Acéptalo de una vez.

Miro furiosamente a mi superior, Nina Bear, y salgo de su despacho sin una palabra de despedida.

Normalmente soy una mujer muy tranquila, pero en esta ocasión apenas puedo mantener mi rabia controlada.

—¿Ya estás otra vez con ello? —Pregunta mi cuñado Ferdinand en cuanto me ve la cara, e instantes después se apresura a fingir que está muy ocupado con los papeles que hay sobre su escritorio cuando le lanzo una mirada nada amigable en respuesta.

La policía de Green Valley no es numerosa y la mayoría de mis Compañeros son Cambiantes y Emparejados que una vez fueron humanos, así que se alejan de mí como si tuviera la peste una vez huelen el mal humor en el que estoy o lo notan en mi aura.

Gajes de trabajar con gentes con sentidos híper-desarrollados.

Nina Bear no es la única Alfa del lugar, pero dado que nuestra otra Alfa es Halla Deer, una Cierva conocida por su carácter dulce y tranquilo que acaba de cumplir los noventa y ocho años y que sigue sin dar señales de querer retirarse, lo mejor es dar por sentado que Bear es la que manda en el lugar y que su palabra es, casi literalmente, la ley.

Tradicionalmente, los Bear siempre han ocupado algún cargo dentro del cuerpo. Y sus Alfas siempre han sido los jefes de policía desde la fundación de la ciudad.

Así que no es ninguna sorpresa que la nombraran como tal hace algo más de una semana después de que el anciano George Moose, que ocupó el puesto tras la trágica muerte de Hanna Bear, se retirara del cargo y se jubilara.

Pero ello no es un consuelo para mí.

Había tenido la esperanza de que, siendo Nina una vieja amiga y conocida, mi petición por fin dejara de coger polvo en un cajón después de que George la aceptara pero se negara a procesarla.

—Tía Kiara, la tía Anastasia está al teléfono. Dice que le cojas el móvil y que lleva llamándote un rato. —Mi sobrino Troy, hijo de una de mis numerosas hermanas mayores, asoma la cabeza en mi despacho con expresión de aburrimiento.

El chico entró en el cuerpo hace un par de años y mucho me temo que era de esos que se esperaban una vida como en las películas o series: siempre persiguiendo al malo de turno y resolviendo crímenes como un héroe.

Pero Green Valley es un lugar tranquilo en el que apenas hemos de preocuparnos por poner en

orden a la población, y la mayor parte de nuestros días consisten en regular el tráfico, mantener a raya a los Cambiantes que deciden pasearse por la ciudad en forma animal, evitar que los adolescentes se emborrachen y vomiten en la avenida y, lo más excitante de todo: echarles la bronca a los Emparejados que, de vez en cuando, intentan tener sexo en lugares públicos, como por ejemplo las infames glorietas del parque del río viejo.

O en el baño de algún supermercado; o en el pasillo de la salida de emergencias del centro comercial (el único que tenemos) o; en una ocasión memorable, en una de las salas del Museo de las Artes dedicada a una exposición de momias del Antiguo Egipto una noche durante los fuegos artificiales del Festival del Verano.

La gente tiene fetiches extraños.

—Dile que ahora la llamo yo, que me sale gratis desde aquí.

Troy suspira dramáticamente como si le hubiese pedido una tarea titánica y vuelve a su escritorio a mirar con aburrimiento la pantalla de su ordenador, en la que está rellenando la última denuncia de tráfico, probablemente causada por algún miembro de nuestra numerosa y caótica familia, cuyos miembros, para nuestra total exasperación, suelen creer que las normas de tráfico no se te aplican si algunos de tus familiares son policías.

Me levanto para cerrar la vieja puerta de cristal de mi despacho y me froto las sienes antes de tomar asiento tras mi escritorio con un suspiro irritado y coger el teléfono.

Mi hermana Ana responde a mi llamada en apenas unos segundos. Debe de haber estado con el móvil en la mano esperando a que sonara.

—¡Ha habido un asesinato! —Es lo primero que me dice nada más descolgar.

Pongo los ojos en blanco.

Ana se las da de bruja y, aunque en ocasiones ha acertado con sus lecturas de cartas del Tarot y demás virguerías espirituales sobre algunos eventos de mi vida, no tiene ningún poder mágico especial que me haga pensar que la hechicería existe de verdad, por mucho que mi familia crea lo contrario y le sigan el juego.

Eso, y que me ha estado llamando para decirme que ha habido un asesinato al menos una vez al día las últimas semanas.

Seguramente ha estado viendo demasiado CSI otra vez.

Le pasa de vez en cuando.

Al menos no es tan malo como cuando se hizo adicta a la serie de Supernatural y creía ver fantasmas y wéndigos y demás sandeces por todas partes.

—Sí, Ana. Estamos en un mundo jodido. Hay asesinatos a todas horas y en todas partes de este podrido planeta.

—¡Kiara, ese lenguaje!

Ignoro sus protestas. Ana es la mediana de mis hermanas y la que siempre ha tenido un interés especial en mi educación.

Interés que continúa a pesar de que estoy a punto de cumplir los cuarenta y dos años de edad y ya no soy aquella niña que solía seguirla a todas partes.

—¿Vas a salir a tomar un café hoy? —Pregunto haciendo oídos sordos a su diatriba sobre la belleza del lenguaje y lo mucho que no le gusta que lo malogren y demás que siempre me suelta tras las raras ocasiones en las que digo alguna palabra soez donde ella pueda oírme, precisamente para evitarme sus diatribas.

—Cierro la tienda en breve. —Me dice una vez ha acabado de regañarme ignorando mi pregunta. —Te noto tensa, ¿Nina ha rechazado tu petición otra vez?

Rechino los dientes.

Ha dado en el clavo.

Ana es la hermana con la que soy más cercana a pesar de que somos polos opuestos en muchos sentidos.

Quizá sea porque ambas estamos sin Emparejar en una familia inmensa y entrometida que no deja de buscarnos «citas» cada dos por tres.

O tal vez porque nuestras perspectivas y maneras de ver la vida se complementan bien entre sí a pesar de nuestras diferencias superficiales y, porque en el fondo y donde realmente importa, nuestros valores y nuestros corazones son similares en muchos aspectos.

Aunque el mío sea mucho más oscuro de lo que quiero que nadie de mi familia, ni siquiera ella, sepa jamás.

—Salgo en un minuto y te veo en lo de Adele. —Le respondo evitando su pregunta.

—Vale, te quiero.

Cuelgo el teléfono sin despedirme.

Estamos acostumbradas a llamarnos por cualquier cosa sin que ni siquiera haga falta saludar antes de ponernos a hablar, así que no es inusual que eso pase.

Como tampoco lo es que mi hermana me diga que me quiere cada vez que hablamos. Ana siempre ha sentido la necesidad de cubrir con su afecto a las personas a las que ama.

Es una de las cosas que más me gustan de ella: lo cariñosa y honesta que es siempre.

Como un rayo de luz en el mundo.

Me cambio a mis ropas de civil en las taquillas, ya que mi turno (haciendo horas en tráfico ya que no hay nada que investigar o que hacer, en realidad) acabó hace una hora, y salgo de la comisaría tras despedirme por hoy, todavía con el trago amargo de lo de Nina en la boca.

Hace algo más de un año que solicité ser cesada del cuerpo de policía y, desde entonces, mi solicitud ha sido rechazada una y otra vez.

Al inicio, ello me halagaba y me daba ánimos para intentarlo otra vez. Para tratar de encontrarle de nuevo el sentido a una vocación que se había convertido en poco más que una rutina interminablemente aburrida y burocrática.

Siempre supe que quería ser policía de niña, pero, como Troy, entré en el cuerpo deseando impartir justicia en un mundo corrupto y, aunque lo logré durante años desde que me convertí en inspectora, todo empezó a derrumbarse para mí poco a poco.

Quizá porque poco a poco he ido perdiendo la fe en la humanidad y en la convivencia pacífica entre nuestras especies.

Una vez, estuve llena de esperanza, de ilusiones, y sueños, y anhelos por un mundo más amable, más justo, más solidario.

Una vez, hace muchos años, creí que las personas que cometían crímenes cruentos lo hacían porque se trataba de una minoría sádica y amoral que hacía del mundo un lugar tenebroso en el que vivir para el resto de los ciudadanos del mismo, y que esos crímenes se podían combatir y eliminar.

Y, en cierto modo, parte de mí lo sigue creyendo.

Pero he visto a demasiadas buenas gentes volverse viciosas, adictas al poder y la crueldad, o criminales; a demasiados políticos con grandes sueños sobre el mundo corromperse; a demasiadas personas normales y corrientes asesinar, robar, traficar con drogas y personas, violar, torturar, maltratar, o incluso obligar o presionar a alguien para prostituirse.

Y muchas otras cosas en las que prefiero no pensar.

Tras pasar varios años en Nueva York como agente especial enviada por la embajada de Canadá para representar a los Cambiantes de mi país tras una serie de asesinatos cuyas víctimas eran en su mayoría Cambiantes inmigrantes de nuestro país, y de quedarme como apoyo hasta que mi sustituto acabara con su formación, mi yo más inocente, más lleno de fe, se fue muriendo poco a poco hasta que, cuando volví a mi ciudad natal con sus casas blancas y sus calles prístinas y sus gentes generalmente tranquilas; a este lugar idílico donde el mayor crimen de los últimos diez años fue cuando la señora Field, de la calle de las Glicinias, envenenó el jardín de la señora Vault, su vecina, para que sus flores muriesen, y sin pretenderlo mató a su gata Coraline, es un lugar que en ocasiones me resulta irreal e ilusorio.

He estado yendo a terapia casi desde que llegué, impulsada por la preocupación de mi familia a pesar de que nunca he llegado a decirles abierta y honestamente lo que pienso del mundo y sus gentes.

Lo oscura y furiosa que me he vuelto.

Y, aunque estoy mejor que cuando volví llena de ira y rabia hacia un mundo cruel e injusto lleno de víctimas inocentes y de cadáveres de niñas raptadas en sótanos de mansiones de políticos y ricos que sobornaban a las autoridades para salirse con la suya, continuó perdida.

Continúo llena de rabia.

Llena de asco y de prejuicios.

Y una policía no puede ser buena en su trabajo si cuando ve a un hombre humano acosar sexualmente a una mujer de su especie y, tras ser increpado, cruzar de acera como si nada entre risas y seguir por la calle a un par de adolescentes con la mirada fija en el vaivén de las faldas de su uniforme, su primer instinto es romperle los huesos a dicho hombre cuando éste, al ser increpado por segunda vez sobre su conducta, había soltado entre risas burlonas que le ponían cachondo las crías de quince años.

El incidente había sido silenciado y barrido bajo la alfombra por George, el entonces Jefe de Policía, pero yo no lo olvidaba.

No podía quitarme de la cabeza el cómo había perdido el control de mí misma.

Lo sencillo que había sido dejarme llevar por mi oscuridad.

Ni el sonido de los gritos del hombre y del crujir de sus huesos y sus súplicas de piedad y lo mucho que su sufrimiento me había complacido de una manera sádica y cruel.

Ni el odio que había creído en esos días que me iba a consumir y a volver loca de un instante a otro.

Mi rabia contra la humanidad y, en especial, contra aquellos que salían impunes de sus crímenes y perpetuaban conductas repulsivas y abusivas, se había convertido en una constante.

En un fuego lento y furibundo que ardía en mis pulmones listo para hacerse con el control de mi cuerpo de un instante a otro como ya lo había hecho una vez.

Y me niego a volver a ser una vergüenza para el cuerpo. Para mis compañeros y compañeras, algunos de los cuales son humanos y buena gente, cosa que sé a pesar de que me cuesta no hacer generalizaciones sobre su especie y sus diferentes géneros.

Me cuesta recordar que esas buenas gentes a las que considero amigos son humanos, también, y que cuando pienso en la ira y el asco que me provoca su especie también los estoy incluyendo a ellos en mis pensamientos a pesar de que esa no sea mi intención.

Es difícil ser consciente de los problemas del mundo y evitar que acaben afectándote.

Este mundo está en una guerra constante contra sus habitantes más indefensos.

Y a veces no tan indefensos, pienso recordando a la profesora de boxeo cuyo exnovio le arrojó

ácido al rostro y la mató de un tiro después, y que fue la víctima del último caso en el que asistí en Nueva York antes de dimitir como mi puesto de asistencia en cuestiones de Cambiantes.

La mujer, una hembra de Cambiante de Antílope, no había estado Emparejada con el hombre humano que le había hecho eso, pero el haber sido amiga suya de infancia y haber salido con su agresor durante un año antes de encontrar a su Compañero Predestinado real y dejar a su amigo para Emparejarse no la había librado de la crueldad del hombre.

Los Cambiantes no somos santos, pero nunca llegamos a esos extremos y, por norma general, cuando matamos lo hacemos para defender y proteger o para cazar intrusos o criminales que invaden nuestros territorios.

Hay excepciones a la norma, pero son tan escasas que las estadísticas ni siquiera las reflejan.

Los humanos, en cambio....

—¡Tía Kiara! —Adele sale de la cocina limpiándose las manos de harina en el delantal y me sonrío con alegría y el mal humor se me va pasando poco a poco.

Es mi sobrina favorita, aunque sé que no debería tener una favorita y amo a todos los miembros de mi familia con locura, pero el hecho de que compartamos ambas la penuria de ser Recesivas nos ha vuelto muy cercanas.

Deposito un beso en su mejilla y la escucho hablar excitadamente sobre lo contenta que está de que haya venido a su cafetería y tomo asiento cuando ella me lo ordena en mi lugar habitual, dejando mi chaquetón y mi bolso sobre el respaldo de la silla mientras otra de mis sobrinas, Cecile, deja un plato de postre con un trozo de una de mis tartas favoritas y un vaso de café frente a mi sobre la mesa de madera.

Adele desaparece tras las puertas de la cocina de nuevo, preocupada de que se le queme el pan que está haciendo, pero puedo escucharla traquetear con las bandejas que va metiendo y sacando del horno y cantar con voz desafinada algo que no reconozco.

El ambiente del lugar, tan hogareño, pacífico y, sobre todo, tan familiar, hace que mi mente se relaje como si mis pensamientos estuviesen suspirando de alivio.

—Nuestra Addie está tan feliz desde lo de Aaron. —Dice Anastasia a modo de saludo entrando por la puerta como un torbellino de color y tomando asiento frente a mí, sonriente como siempre.

Ese día lleva puesto su abrigo morado de lana, su bufanda naranja, y un largo vestido verde con botines marrones debajo que revela cuando deja el chaquetón en el respaldo de su sillón.

Y, por supuesto, también su habitual parafernalia de joyería encima: collares de piedras preciosas y símbolos místicos que solo ella conoce, pendientes dorados y enormes, y tantas pulseras que soy incapaz de contarlas, todas ellas diferentes y coloridas.

Huele a pachuli y a las hierbas medicinales que vende en su tienda de brujería.

Un olor que ha sido familiar y acogedor desde que yo era niña y ella empezó a estudiarlas.

—Me alegra verla así de contenta. —Respondo sin poder evitar una sonrisa.

Si algo he aprendido de la oscuridad que susurra en mi interior manchándolo todo, es que una debe valorar los hermosos momentos de paz y alegría de la vida.

Y, en especial, la felicidad y la seguridad de sus seres amados.

Esos pequeños y no tan pequeños instantes que hacen del mundo un lugar mejor en el que vivir y que son tan vitales y tan necesarios que sin ellos no valdría la pena seguir luchando.

—Aquí tienes, tía Anastasia. —Dice una sonriente Gina dejando un té verde y un trozo de tarta de limón frente a Ana.

Otra de mis numerosas sobrinas, tres de las cuales trabajan por turnos en la pastelería de Adele junto al resto del personal.

—Gracias, Gina, amor. ¡Y qué guapa estás hoy, por cierto! —Ana le lanza un beso a nuestra sobrina con un gesto de la mano, que se ruboriza complacida con el cumplido de su tía y eleva una mano para tocarse de manera coqueta uno de sus tirabuzones cuidadosamente peinados.

—Gracias, tía.

—¿Has conocido ya al amor de tu vida? —Pregunta Ana guiñándole un ojo.

Pongo los ojos en blanco y pego un par de sorbos a mi café con leche.

A pesar de no haber encontrado todavía a su propio Compañero, no hay obstáculo en el mundo que vaya a hacer que mi hermana deje de ser una romántica empedernida que se empeña en hablar del amor como si fuese lo más mágico del mundo.

Anastasia hace poco que ha cumplido los cuarenta y tres, pero sigue siendo la misma de siempre sin importar el tiempo que haya pasado desde que en su adolescencia empezó a interesarse por las artes ocultas, como las llama ella, y el poder del amor, que según ella lo cura todo y es la fuerza más potente del universo.

Sobra decir que yo no estoy de acuerdo.

Ni en lo de la magia ni en lo del amor.

Pero, del mismo modo que ella acepta mi cinismo como parte de mí y no me ama menos por ello, yo acepto su inocencia y su amor por la fantasía como parte de ella, y quizá sea uno de los motivos por los que la quiero tanto.

Ana me recuerda sin saberlo que a veces hay que mirar el mundo con otros ojos.

Unos ojos más puros e inocentes.

Unos que no estén empañados por los recuerdos de los cuerpos inocentes de niñas traicionadas por un mundo sin conciencia ni ética alguna, que coexiste demasiado impunemente entrelazado con el nuestro.

Como dos realidades paralelas pero superpuestas: un árbol de frondosa copa verde pero cuyas raíces están podridas.

—No, tía. Pero espero que sea pronto. —Responde Gina, animada. —¿Puedo pasarme luego por tu tienda a que me echas las cartas?

—Claro que sí, cariño. Cuando quieras.

Evito hacer comentarios sabiendo que es importante para ellas creer en esas cosas y en cambio doy otro sorbo a mi café.

Gina se despide para volver tras el mostrador junto a Cecile cuando entran un par de nuevos clientes y yo me río entre dientes sabiendo que Ana usará esa «sesión» de Tarot para darle esperanzas a nuestra sobrina de que su Compañero llegará algún día, sea o no cierto.

A veces su «magia» consiste meramente en convencer a las personas de que hay esperanza y bondad en el mundo, y yo la admiro por ello y por la astucia con la que lo hace.

—Sé que no crees en estas cosas, pero deberías tener un poco más de fe en el mundo y en los Espíritus y las Energías que forman parte de él, Kiara.

Me encojo de hombros y me llevo un trozo de tarta a la boca.

No quiero discutir.

—Nina ha rechazado mi petición otra vez. —Confieso para cambiar de tema, aunque no sea precisamente algo de lo que quiera hablar a pesar de que Ana lo sabe casi todo de mí.

Pero prefiero hablar de eso a escuchar una de las retahílas de Anastasia sobre la magia y los Espíritus y todas esas tonterías.

Me trago la vergüenza que me invade el admitir en voz alta mi situación.

Si George o Nina hubieran aceptado mi dimisión antes de que uno de mis entrometidos

familiares descubriera que la había solicitado, entonces podría haber dejado el cuerpo fingiendo que simplemente quería un cambio de profesión.

Aunque la verdad no había pensado las cosas mucho más allá de esa parte.

Ni siquiera en qué iba a trabajar tras dejar de ser policía.

Solo había sabido que hacerlo era lo correcto dado que era incapaz de hacer mi trabajo de manera imparcial como debía ser.

Pero, ahora, todos mis entrometidos familiares lo saben, así que no vale la pena intentar ocultarlo.

Aunque la mayoría no conozcan las causas que me impulsan a hacerlo, ni tampoco sepan nada del incidente con el hombre humano con el que perdí el control que tuvo lugar hace años, por suerte.

Al menos eso es algo positivo en todo esto.

Ana frunce el ceño y no dice nada al respecto, cosa que agradezco.

Aunque me guste desahogarme, no me apetece escuchar a cambio una lección moral como las de mi hermana Gertrude o un sentido discurso sobre la fe que tiene en que superaré todos los obstáculos de mi vida como los de Beth.

Mis hermanas son bienintencionadas y tienen un gran corazón, pero a veces se pasan de entrometidas.

Ana es bastante más empática.

Y sabe cuándo morderse la lengua.

Por eso me resulta tan fácil hablar con ella incluso de temas tan espinosos y sensibles como estos.

Pero aun así cambio de tema de nuevo preguntando por esa nueva planta exótica por la que lleva meses luchando para que le dejen pasar a través de las aduanas de la frontera, cosa que sé que hará que se olvide momentáneamente de mis problemas en pro de quejarse de lo frustrada que está con el asunto, y lo logro: Ana se pasa los siguientes veinte minutos hablándome de ello mientras nos acabamos los dulces y el café o, en el caso de mi hermana, una tetera de té verde entera.

Todo parece normal ese día. Rutinario.

O, al menos, lo es hasta que el número de Nina aparece en la pantalla de mi teléfono como llamada entrante.

—Reindeer. —Saluda mi estricta jefa en tono más seco de lo habitual. Sus palabras pueden estar tan llenas de irritación subyacente que en ocasiones me sorprende la suavidad de su tono de voz, grave pero femenino, incluso cuando está tensa. —Necesito que vuelvas a comisaría de inmediato.

Se me acelera el corazón.

No sé si de nervios o de miedo o de qué.

—¿Vas a aceptar mi petición?

Nina suelta un bufido irritado.

—Eso ya lo hemos hablado. —Dice. —Y la respuesta sigue siendo *no*. Es otra cosa.

Aprieto las manos en puños de la frustración y finjo que no siento el alivio que me recorre como un escalofrío.

Sé que es lo correcto a pesar de lo que opine Nina al respecto.

O mi corazón, que siempre será el de una policía, aunque yo lo niegue y lo acalle.

—Como sea otra vez que Troy ha jodido el programa de tráfico...

—Lenguaje. —Me riñe Anastasia pagando la cuenta desde el mostrador para fingir que me da algo de privacidad.

—No. —Gruñe Bear. —Tengo un caso para ti.

—Si es la señora Vault con lo del maldito gato otra vez, jefa, te juro que...

—Reindeer. —Me corta Nina en tono malhumorado. —Han encontrado un cadáver.

Se me afloja la mano sobre el teléfono y casi lo dejo caer si no fuera por mis rápidos reflejos.

—¿En Green Valley?

Tengo que preguntar para asegurarme, porque no es una noticia que se escuche todos los días.

Normalmente, cada Clan lidia con sus intrusos al margen de la ley humana, ya que una ley especial se lo permite, pero esas cosas hoy en día rara vez llegan al asesinato a no ser que el intruso viniese armado o con intenciones de causar algún mal a los habitantes del valle.

Los Cambiantes no hemos cometido un asesinato a sangre fría desde.... ya ni siquiera puedo recordarlo.

No que yo sepa.

—¿Humanos?

—Reindeer. —Me advierte Bear conociendo mis prejuicios. —Eres mi única inspectora libre y quiero confiar en que resolverás el caso de manera justa.

Rechino los dientes y me trago por segunda vez en ese día la retahíla de palabras mal sonantes que amenazan con salir de mi boca.

Puede que sea una cabrona llena de odio, pero sigo siendo policía. Y siempre hago mi trabajo de manera justa y honrada sin importar mis emociones.

O eso quiero creer a pesar de las dudas que me asaltan en ocasiones y que me han llevado a presentar mi dimisión.

Es una reacción visceral y poco coherente con mi renuncia y sus motivos, pero no es lo mismo el admitir ante ti misma que estás asustada de que tus prejuicios puedan influenciar tu trabajo alguna vez que el hecho de que tu jefa y amiga, a la que admiras y respetas, te diga claramente y en pocas palabras que ella también duda de ti.

Ello me llena la garganta de bilis.

Tanto de vergüenza como de enfado.

Recuerdo con rabia que ni siquiera aquel día en el que perdí el control olvidé que se suponía que no debía romper los huesos del acosador... Aunque decidiera rompérselos igualmente.

No me he olvidado de mi juramento de proteger y servir. Y en que en ese proteger y servir se incluye a la población humana.

O al menos la que no entra dentro de la clasificación «depredador sexual». O «esclavista y traficante de personas». O «caníbal» En fin.

Ya no soy aquella joven policía que creía en la bondad inherente del ser humano y, durante mi tiempo en Nueva York, aprendí que la violencia policial contra aquellos que la merecen es algo que suele suceder con demasiada frecuencia cuando un poli Cambiante o uno humano que ha visto demasiada mierda se encuentra con alguno de estos criminales.

No todas las «desapariciones» de personas eran causadas por humanos, me recuerdo agriamente, obligándome a admitir que los Cambiantes tampoco somos perfectos y que estamos acostumbrados a tomarnos la justicia por nuestra cuenta.

Algunas de esas desapariciones las causaban Cambiantes que habían decidido «purgar» el mundo de criminales o vengarse en nombre de alguna víctima inocente.

Y me asusta el estar tan cerca de convertirme en una de esas personas que creen que pueden ser

los justicieros de un mundo corrupto.

Me asusta dar un paso y convertirme en alguien que cree que sus propias leyes son mejores que aquellas que ha jurado servir.

—Bien. —Prosigue Bear tomándose mi silencio como un acuerdo tácito. —Vuelve a comisaría y Ferdinand te informará de todo, ¿entendido?

—Sí, jefa.

—Y, Reindeer. —Añade Nina antes de colgar. —Eres una buena poli aunque tú misma no te lo creas. Ten un poco más de fe en ti misma. Yo la tengo.

Cuelga antes de que pueda responder a sus emotivas palabras.

Ninguna de las dos somos dadas a arrebatos como esos, así que lo que acaba de decir tiene más peso para mí que casi cualquier otra cosa que me hayan dicho hasta ahora sobre el tema.

Y eso que han sido muchas desde que mi familia se enteró de lo de mi intento de renunciar.

Mi corazón se siente un poco más ligero con sus palabras, y me recuerda que hay un motivo por el que decidí ser policía y trabajar dentro del margen que me dan las leyes.

Espero que ese sentimiento positivo me dure un poco más antes de ser devorado por la vorágine de mi decepción con la raza humana.

—Tengo que volver a comisaría. —Le digo a mi hermana cuando vuelve a la mesa. —Ya pagaré yo la próxima vez.

—¿Qué ha pasado? Oh, Espíritus. —Se lleva las manos a la boca y las cuentas de sus pulseras tintinean de manera audible. —El asesinato. Por fin ha sucedido. Me lo temía, las cartas me lo han dicho esta mañana.

Contengo un suspiro exasperado.

—Ana, llevas diciendo que va a haber un asesinato todas las semanas desde hace... ya no sé ni cuánto.

—¡Porque sabía que iba a suceder, pero no cuándo! ¡Lo sabía!

No le respondo. Si le confirmo que en esta ocasión puede que tenga razón no se le quitará la idea de la cabeza de que realmente tiene poderes mágicos y será peor.

Espero que la víctima haya muerto por causas naturales, o Ana se volverá insoportable si se entera de que realmente ha sido un asesinato.

—Te quiero. —Le digo poniéndome el abrigo y dando por zanjada la discusión. —Nos vemos luego, ¿vale? Intentaré pasarme por tu casa para cenar, pero te avisaré si se me hace tarde.

—Yo también te quiero. —Me responde de manera alegre y automática todavía con la mente en lo de sus cartas, seguramente. —Ves con cuidado.

Para ser alguien que quizá acaba de tener razón sobre un asesinato, pienso negando con la cabeza y ajustándome el abrigo sobre los hombros para protegerme del frío viento que hace últimamente, parece muy feliz por ello.

**Keo**

—¿Algún resultado?

Mi hermano Aros me tiende un fajo de papeles y se sienta en el sillón que hay frente a mi escritorio estirando los brazos por encima de la cabeza hasta hacer crujir sus hombros, seguramente cansado tras estar inclinado durante horas frente a su ordenador.

Ojeo los datos que ha logrado reunir sobre nuestra víctima después de haber rebuscado por toda la cabaña y su vehículo (uno de esos malditos quads que nos han estado dando dolores de cabeza últimamente, ya que son pequeños y rápidos y se cuelan en nuestras fronteras demasiado fácilmente) hasta dar con su identificación personal y su teléfono móvil.

Se trata de Craig Gregory, un humano residente en Green Valley conocido por su violencia, sus deleznable opiniones y actitudes sobre las mujeres en general (ya sean Cambiantes o humanas), y, durante su juventud, por ser detenido por su afiliación con un grupo ultra que operaba online acosando a cualquier persona que encontraban en Internet que no les gustara por sus ideologías o su raza o religión, y a los que enviaban amenazas de violación, de muerte, y similares o daban palizas cuando se hacían con su dirección y localización.

Un sujeto de lo más desagradable.

Y que ha aparecido en uno de los invernaderos de mi madre saltándose nuestra guardia constante del territorio y sin que sepamos por qué.

—¿Se ha despertado ya el tío Taero?

—Por ahora no. Pero seguimos esperando, Samantha le ha echado un vistazo y dice que está ya totalmente sanado y que no se explica cómo es posible que esté inconsciente ni por qué no ha despertado. La herida de su cabeza no era tan grave como aparentaba.

Ello me desconcierta tanto como es evidente que desconcierta a mi hermano.

Samantha Snow, hermana de Harold, es médica desde hace más de cuarenta años y también una de las personas más confiables e inteligentes que conozco.

Si la tía Sammy dice que las cosas no encajan, entonces ningún otro médico podrá encontrar algo que ella no haya visto.

Toda esta situación es extrañamente desconcertante.

Y el hecho de que haya tenido que llamar a la policía del valle para informarles del caso no ayuda.

Preferiría mantener esto con un perfil bajo y simplemente deshacerme del cuerpo de Craig y darlo todo por zanjado, pero ello no es posible a pesar de que Aros, mi madre, y Harold, opinan de diferente manera.

Las Leyes son las Leyes, y hay que respetarlas.

Aunque sean una molestia.

Y, en este caso, las Leyes de Green Valley dictaminan que, cuando se trata de un intruso violento con el que el Clan ha lidiado para protegerse hay que informar de su fallecimiento, como solía suceder con los asesinos que se las daban de cazadores y entraban en nuestro territorio para tirotear a cualquier Cambiante, Feral o no, con el que se encontraran, poniendo en peligro la vida de mi familia entre otras.

O de los depredadores sexuales que Leandra atrajo a nuestro territorio incluso desde ciudades y países extranjeros con invitaciones falsas de supuestas fiestas y reuniones de los de su tipo, o haciéndose pasar por falsas víctimas menores de edad potenciales a través de Internet, y mató y enterró en el bosque.... y con los que ya estiré la línea de la Ley demasiadas veces ya que, técnicamente, no eran intrusos, aunque yo no les hubiera dado mi consentimiento para internarse en el territorio Polar ni supiese nada al respecto hasta que los primeros cuerpos empezaron a aparecer y mi hermana confesó lo sucedido; y aunque muchas veces ellos ni siquiera supieran que estaban cruzando la frontera hacia dicho territorio hasta que era demasiado tarde y Leandra se les echaba encima en toda su furia justiciera.

Pero, cuando se trata de un fallecido que el Clan no ha matado o de un asesinato sin resolver, como en este caso, se ha de informar a los investigadores al respecto para que vengan a esclarecer los hechos.

Esas son las normas que los Cambiantes han seguido durante cientos de años.

Mi madre no está contenta con el hecho de que yo haya involucrado a las autoridades en esto.

Ni lo está mi hermano.

Ni mi mayordomo.

Ni lo estaría mi hermana Leandra si estuviese aquí y no en París desde hace unas semanas con su Emparejada.

Pero me he puesto firme al respecto.

Los White somos conocidos por nuestro sentido del honor y nuestro apego a las Leyes y Costumbres de los Cambiantes en general y de nuestra especie en particular, y no estoy dispuesto a que se sigan rompiendo más de dichas Leyes ni a volver a estirar la línea mientras yo siga siendo el Alfa de esta manada y el Señor de esta casa.

Ya he desviado la mirada en demasiadas ocasiones anteriormente y he dejado que mi Clan se salga con la suya demasiadas veces.

Y estoy harto de encontrarme los cráneos y huesos de sus víctimas cada vez que doy una vuelta por el bosque.

—¿Habéis vuelto a enterrar los huesos que hay alrededor de la casa? —Pregunto a Aros dejando los papeles sobre el escritorio tras echar un último vistazo.

Tráfico y consumo de sustancias tóxicas, agresiones verbales y a veces físicas a mujeres que se negaban a salir con él o a tener sexo, varios robos a viviendas particulares y a una farmacia armado con una pistola falsa... Todo ello en Edmonton, a donde se mudó con su padre a los diecinueve tras haber crecido en Green Valley y, al parecer, decidió seguir las ideologías de éste.

Otro criminal más que además era drogadicto y murió de una sobredosis de anfetaminas.

Craig pasó varios años en una cárcel de Edmonton tras ser procesado por agresión y robo, tras lo que volvió a Green Valley a la vieja casa de su madre cuando esta falleció una vez salió tras cumplir condena.

Y al parecer decidió volver a las andadas, ya que en su historial hay una denuncia por intento de agresión hace un par de años aquí en Green Valley. A una Cambiante de Reno en una cafetería de la ciudad poco después de haberse mudado a vivir aquí.

El hombre, en mi opinión, está mejor muerto.

El mundo es un lugar más agradable sin su presencia.

Lo cierto es que no siento un ápice de pena por Gregory. Ese despreciable ser no tenía ni un ápice de honor en sus venas y no soy de los que se compadecen de aquellos que cavan su propia tumba con sus acciones.

—Hemos hecho lo que hemos podido. —Aros encoge sus anchos hombros. —Al menos los huesos de gran tamaño están enterrados. Por ahora. Ah, y la tía Fara ha añadido algunas calaveras nuevas a su colección de cráneos que hemos encontrado mientras repasábamos los alrededores.

Me obligo a no soltar un gruñido de estrés o a no llevarme las manos a las sienes para intentar espantar de nuevo el dolor de cabeza que me produce mi familia.

La tía Fara Snow, la otra hermana de mi madre, es una Agrádt: una Sacerdotisa del Bosque, una bruja, y una médium con conexiones en el Más Allá, entre otras muchas cosas.

Es difícil definirla.

Nació con los ojos dorados de un Alfa, pero a diferencia de los míos, que se vuelven azul hielo cuando no saco a mi Alfa interior, los suyos son perpetuamente dorados y tienen la capacidad de ver cosas que otros, atados al plano físico, no son capaces de percibir.

Como dos brillantes llamas llenas de secretos.

Esos poderes serían muy útiles en casos como estos... Excepto por el hecho de que mi tía cree firmemente que uno no debe intervenir en el Destino y lo único que me dijo, cuando fui a visitarla a su cabaña junto al bosque ayer por la tarde, fue un vago y críptico «la Rueda de tu Destino está en marcha y pronto llegará la Primavera. El bosque está cantando. Regocíjate.»

Con lo que, como suele suceder con ella, me he quedado más desconcertado que antes de ir a verla.

—Muy bien. —Digo, resignándome. —¿Y qué hay del resto de la casa? ¿No han visto nada?

En cuanto se encontró el cadáver mandé reunir a todo el personal y a la familia, mis padres incluidos, para inquirir sobre el asunto, pero no sirvió de nada.

Ninguno de los Snow, los Zorros Blancos que además de servir a mi Clan durante generaciones son familiares de mi madre, sabe nada al respecto.

El joven Pritchett, que es uno de los pocos humanos contratados, casi tuvo una crisis de ansiedad cuando lo interrogué y no fue de mucha ayuda.

Y mi Clan tampoco sabe nada al respecto.

Ni siquiera mi madre, que era mi primera sospechosa ya que Leandra no está presente en estos momentos, habiendo cogido un avión hacia París con su Compañera esta misma mañana, no dispuesta a que el hallazgo de un cadáver entorpeciera sus planes.

—Nada. Harold ha mandado a Pritchett a casa para que descanse unos días. El chico estaba muy alterado.

Asiento.

—Lo sé, me lo ha dicho. ¿Y qué hay de Leandra?

—La he llamado por teléfono y ha vuelto a decir que ella no sabe nada y que le preguntemos a mamá.

Como me temía.

—Mamá tampoco sabe nada. Ya he hablado con ella.

Si mi madre dice que no lo ha matado, entonces es muy posible que no lo haya hecho. Aunque con ella nunca se sabe del todo.

Pero mi instinto me dice que está siendo honesta al respecto.

Eso espero.

A veces a Norma Jean White-Snow le gusta ser tan ambigua como a su hermana Agrádt.

—¿Y papá? —Pregunta Aros. —¿Alguna noticia?

Mi padre, Keosar, ha llegado apenas hace una hora de su patrulla rutinaria por el territorio.

Y está tan confundido por todo el asunto como lo estoy yo.

—Ni él ni los demás miembros de su patrulla saben nada.

Mi hermano suelta un bufido y se recuesta en su asiento frunciendo el ceño.

—Así que tenemos un cadáver humano salido de la nada, un tío que ha aparecido inconsciente y desnudo en uno de los almacenes de Augusta y que también ha aparecido sin más después de diez años, y nadie sabe nada ni ha visto nada.

—Exacto. —Confirmando golpeando mis dedos rítmicamente sobre la madera del escritorio.

—Entonces solo nos queda esperar a que el viejo tío Taero se despierte. —Dice mi hermano levantándose. —Si no tienes nada más que pedirme, estaré con Gloria y mamá en el solárium preguntándome qué diablos está pasando y en qué líos se habrá metido el tío esta vez.

—Ve. —Le digo. —Me reuniré con vosotros después de hablar con la policía.

Nina Bear me había dicho hace una hora que iba a mandar a uno de sus investigadores.

Espero que el policía se limite a notificar el caso, llevarse el cuerpo, y que mantenga sus narices respetuosamente alejadas de los asuntos de mi familia.

Ley que nos obliga a notificarlo o no Ley, no tengo interés alguno ni me gusta la idea de que un extraño y su equipo anden caminando por mi propiedad haciendo preguntas insidiosas y molestando a mi Clan y a aquellos bajo nuestro servicio y protección.

En ese aspecto, mi familia y yo estamos plenamente de acuerdo.

La Ley obliga a notificarlo, y eso es lo que he hecho. Pero no tengo intención de colaborar en nada más.

Harold entra en el despacho minutos después de la partida de mi hermano, mientras repaso la información que tenemos sobre Craig por si se me ha pasado algo que pueda tener conexión con mi tío Taero o que pueda decirme cómo ha acabado aquí.

Quizá a través de los robos, pero espero que el tío no haya caído tan bajo.

—La guardia me ha notificado que una mujer viene hacia aquí en un coche de policía, mi Señor Keodron.

—Ah. Debe de ser la investigadora, entonces. Diles que la dejan pasar hasta la casa.

Harold asiente y desaparece de nuevo, rumbo al teléfono para notificarles a los de la patrulla fronteriza mis órdenes, y yo suspiro y me levanto, frustrado por no haber podido esclarecer nada en absoluto.

Espero que Taero tenga una buena explicación que darme, porque si no, tío o no tío, le obligaré a dármele por la fuerza si sospecho durante un solo segundo que está ocultando información.

Por mucho que lo adorase cuando era un osezno, el tío al que yo amaba hace tiempo que ha ido desapareciendo, dejando tan solo vestigios de su viejo yo en el cuerpo de un Cambiante enloquecido por la soledad y por su convicción de que su Predestinada se hizo Feral cuando él era más joven.

Convicción que acabó con él perdiendo la cordura lentamente, perdiéndose en el bosque cada dos por tres y volviendo cada vez que era incapaz de continuar debido al miedo a perderse en territorio Feral y volverse Feral él mismo, y acrecentando su adicción al juego como vía de escape de la realidad.

La última vez que lo vi, hace aproximadamente diez años, fue cuando confesó haber sustraído

cincuenta mil dólares de las cuentas de la familia tras haberle robado la clave a su propia hermana, mi madre.

Dinero que procedió a perder en una sola noche apostando en juegos online.

Fue la gota que colmó el vaso.

Todos nos habíamos volcado con él, intentando ayudarlo en todo lo posible cuando empezó a afirmar que estaba seguro de que su Compañera era Feral.

Lo habíamos consolado, lo habíamos compadecido, lo habíamos acompañado en muchos de esos viajes internándonos en territorio Feral, lo habíamos ayudado a buscarla, y él nos había traicionado, no una, sino varias veces.

La primera, cuando robó las joyas de mi madre, que mi abuela White le había dejado en herencia y que habían estado en la familia durante ocho generaciones de mujeres White previas hasta que él las vendió a peso por el oro para así gastarse el dinero en carreras de caballos en Edmonton.

La segunda, cuando hizo lo propio con la tarjeta de débito de mi padre, que sustrajo de su cartera tras haberlo visto introducir el número clave cuando mi padre pagó con ella tras invitarlo a comer en un restaurante de la ciudad.

Y, a pesar de que una y otra vez juraba que no lo iba a volver a hacer, siguió así durante cuatro años, empeorando cada vez más y negándose a ir a terapia a pesar de que intentamos obligarlo a ello.

Fue mi deber como Alfa darle un ultimátum: o iba a terapia y hacía un esfuerzo por recuperarse y dejaba de robar, o se marchaba para siempre.

Y obtuve su respuesta cuando robó el dinero y desapareció sin decir adiós.

Y ahora ha vuelto a Green Valley.

No sé cómo me siento al respecto.

Por un lado, esa parte de mí que es leal a su familia y que recuerda el hombre que fue una vez siente alivio al saber que está vivo todavía.

Por otro, como Alfa y como sobrino, estoy furioso y decepcionado con el hombre en el que se ha convertido.

Salgo de la casa en dirección al camino de entrada y me detengo junto a las dos estatuas en forma de Oso Polar que marcan el inicio del jardín delantero, esperando de brazos cruzados a que el coche de la policía aparezca y deseando solucionar las cosas de manera rápida y simple, pero teniendo la corazonada que las cosas no van a ser así por mucho que ello me pese.

Hace frío, pero soy un Polar y el helor del clima no me molesta ni siquiera en sus temperaturas más bajas, así que no me he molestado en ponerme un abrigo.

Rara vez lo hago.

La camisa blanca y el pantalón de traje a medida con el par de Kingsleys que llevo puestos es suficiente para mí.

El coche aparece al fondo del camino justo cuando estoy empezando a impacientarme.

Y, cuando apenas está a unos metros de la entrada de la casa, se detiene sin más.

Frunzo el ceño con molestia cuando la policía, que apenas puedo ver a través del vaho del parabrisas, no sale del coche, y al final decido acercarme al mismo lentamente.

Quizá sea humana y esté intimidada por mi tamaño y mi aspecto físico. Suele suceder incluso con otras especies de Cambiantes.

Pero ella no es humana, me dicen mis instintos de súbito a pesar de que apenas puedo percibir olor o presencia espiritual provenir de ella.

La hembra baja del coche cuando estoy a un par de pasos de distancia.

Tiene la cara pálida, los ojos como platos, y le tiemblan las manos y las piernas como si hubiese visto un fantasma.

Solo que al que mira fijamente sin parpadear y con las pupilas dilatadas es a mí.

Aspiro una bocanada de aire y mi corazón se detiene un segundo antes de latir de nuevo como un tambor en mi pecho.

Mi cuerpo se tensa y mi Oso suelta un rugido de Reclamo que resuena en mi tórax como un gruñido bajo y grave en mi forma humana y, en segundos, estoy al lado de la mujer y la he cogido de los antebrazos hasta que está totalmente fuera del coche y entre mis brazos.

Cuando la beso con toda la posesividad y el ardor que ruge en mis venas y en mi misma alma, solo hay un pensamiento en mi cabeza: esta hembra es mía y el Destino la ha traído hasta mí.

Mi Predestinada por fin ha escuchado mi llamada.

Y no pienso permitir que se aleje jamás de mi lado.

Mía.



Kiara

Lo sé en cuanto lo veo aparecer al otro lado del camino y no soy capaz de poner en palabras cómo lo sé, pero sé que es tan cierto como que el sol sale cada día con el amanecer.

Ni siquiera soy consciente de cómo conduzco los últimos metros que me separan de él. Ni recuerdo cómo detengo el coche o me bajo de él.

Tan solo que de repente estoy entre los brazos de mi Predestinado.

De un Alma Gemela que había creído que jamás iba a conocer.

Y que me está besando como jamás me habían besado antes.

Como si jamás fuera a detenerse. No hasta que haya consumido cada ápice de mí: de mi cuerpo, de mi alma, de mi todo.

La presencia de este macho, de este Oso, me rodea como un abrazo firme y poderoso que parece recoger todas las piezas de mí que mi rabia y mi dolor han ido poco a poco quebrando y las estuviera sanando con su calor.

Con la calidez del espíritu que siento cantar contra el mío.

Siento que, si me dejara caer, si lanzara al viento todas mis preocupaciones, toda mi angustia, este macho las recogería todas entre sus manos y me ayudaría a cargar con ellas.

Me haría más fuerte.

Sería mi pilar. Mi fuerza. Mi soporte.

Y ello me aterra.

A pesar de provenir de una gran familia, he pasado toda mi vida siendo fuertemente independiente, pensando que yo, por ser Recesiva y a diferencia de la mayoría de los miembros de mi especie, no podría contar jamás con la llamada de un Compañero.

Con su afecto. Su presencia. Su lealtad y amor eternos.

Y por ello me he pasado toda esa vida acallando cada anhelo. Cada sueño romántico. Cada deseo de compañía y amor y otras cosas que me decía que eran estupideces desear.

Y ahora estoy aquí, entre los brazos de este macho que devora mi boca y pone sus manos sobre mi cuerpo como si toda yo le perteneciera.

Con una posesividad que soy incapaz de combatir, porque algo dentro de mí siente que, de hecho, realmente le pertenezco.

Un macho que me abre su alma y toca mi espíritu con el suyo como si quisiese ofrecerme todo lo que es él.

Y me es imposible de dejar de besarlo.

Me siento como si estuviera saltando al vacío y no supiese si voy a estrellarme contra el fondo o lograré salvarme.

Y, al mismo tiempo, como si estuviera volando.

Con alas rotas y dañadas, pero volando.

Y tengo miedo de caer y romperme contra las rocas si lo suelto.

Una parte de mí sabe que es irracional entregarme a un macho que no conozco y que no es propio de mí, dado que suelo pensarlo todo cientos de veces antes de tomar cualquier decisión importante, pero otra parte, esa que he mantenido escondida durante años, sepultada bajo montañas de deseos que me provocaba vergüenza admitir y sueños rotos y adicción a las películas románticas americanas y a las novelas repletas de apasionadas historias de amor; ese trozo de mi corazón que había creído muerto y enterrado; ahora renace como un fénix de las cenizas.

Y en sus llamaradas me consumo, incapaz de ceder esta vez ante mis miedos y mis dudas y mis celos.

No sé nada de este Oso excepto el hecho de que besa como el diablo y de que su cuerpo se siente perfecto pegado al mío (grande duro y caliente y eléctrico al tacto) y sin embargo ya siento que nos conocemos desde hace una eternidad.

Como si yo misma, en el fondo, hubiese sabido que este momento llegaría y lo hubiese estado esperando con un anhelo cada vez mayor sin ser consciente de ello.

O sin querer admitirlo ante mí misma por miedo a que no fuera cierto.

A la decepción.

A que mi cinismo fuera todo lo que hay en la vida y no hubiese ningún Compañero para mí, a diferencia de para una Cambiante completa que no hubiese nacido siendo Recesiva.

El Emparejamiento de Adele, y el hecho de que se hubiese convertido en Loba, habían abierto una puerta que yo me había apresurado a cerrar, asustada de que mi corazón anhelara por algo que no podía tener.

Con miedo a desear, a esperar, que me sucediera a mí algo similar.

Que yo también tuviera un Predestinado.

Un Alma Gemela.

Y ahora todos mis anhelos acaban de hacerse realidad y en lo único en lo que puedo pensar es en lo bien que sabe la boca de este macho.

En lo caliente que se siente mi cuerpo y lo mucho que deseo a este Oso Alfa.

Apenas nos separamos unos segundos para respirar antes de que, desesperada, sea esta vez yo quién capture sus labios en un beso ardiente y lo agarre de las solapas de su camisa para sostenerme cuando las piernas me fallan.

Mi cuerpo arde. Mi sangre arde. Mi mente arde.

Y las paredes interiores de mi sexo se contraen, húmedas de necesidad, de deseo, de hambre de sentir el miembro del macho Alfa en mi interior.

Me siento como si de repente me hubiese convertido en una súcubo, incapaz de pensar en nada que no sea en lo mucho que quiero tener sexo con este hombre.

Ahora. Ya. Aquí mismo.

No me importa que estemos en una carretera a la vista de todos.

Necesito hacerlo mío.

Necesito ser *suya*.

Lo deseo con tanta fuerza que me siento mareada y me escucho a mí misma gemir contra los

labios del Oso, que gruñe de satisfacción posesiva y me levanta entre sus poderosos brazos, cargando conmigo como si yo no pesara nada y haciendo que mi sexo se moje todavía más con esa demostración de fuerza tan casual.

Los músculos de él son enormes.

Se contraen contra las palmas de mis manos mientras me carga en sus brazos y pone rumbo a algún lugar.

Ni siquiera me importa dónde.

Sólo sé que necesito tener sexo con él de inmediato porque si no voy a morir de una combustión espontánea.

Le muerdo la mandíbula y gimoteo de una manera muy femenina y muy ansiosa, haciendo sonidos que jamás pensé que algún día escucharía provenir de mí misma.

Como si fuese una maldita actriz porno.

Me siento tan excitada que mis bragas están empapadas y una de mis manos se dirige hacia mi entrepierna y presiona contra la tela de mis vaqueros y contra el palpitante punto inflamado que es mi clítoris porque soy incapaz de detenerme.

Todas mis inhibiciones, todos mis recelos, se consumen y caen hechos cenizas en el fuego que arde en mí.

En el fuego que este macho me provoca.

El macho Alfa suelta un rugido lleno de lujuria cuando me ve masturbarme, incapaz de sentir un solo ápice de vergüenza y sintiendo que voy a morir si no obtengo alguna clase de alivio. Y pronto.

El Oso acelera los pasos y me reajusta en sus brazos para que el peso de mi cuerpo descansa sobre uno de sus poderosos antebrazos y así poder liberar otra mano.

Y con esa mano ahora libre aparta sin miramientos la mía de mi entrepierna y la presiona sobre mi sensible punto, haciéndome temblar cuando sus dedos palpan mi entrada a través de los vaqueros.

Jadeo y me arqueo entre temblores y él vuelve a gruñir de lujuria al verme.

—Mujer, me estás volviendo loco. Voy a montarte de tal forma que no podrás salir de mi cama por el resto de tu vida. —Promete el Alfa con una voz oscura y ronca sin apartar la mirada de mí, como si estuviese completamente hipnotizado por mí.

Por el deseo que sé que emana a oleadas de mí por él.

Sus ojos están completamente dorados.

El Oso Alfa de su interior lucha por salir a la luz, pero yo no tengo miedo.

Su promesa y el peligro subyacente que hay en el aire, esa tensión que permea el ambiente y que advierte que él está a punto de perder el control, solo hacen que mi cabeza se sienta más ligera y mi cuerpo más pesado.

Que desee provocarlo. Que desee ser castigada.

Montada. Follada. Poseída.

Ni siquiera puedo formar palabras de manera coherente.

Lo único que soy capaz de hacer para responder a su promesa es jadear y presionar mi mano contra la suya entre mis piernas, desesperada por alcanzar esa cima que sé que está cerca a pesar de que él ni siquiera ha tocado mi piel.

Su mirada es tan intensa que hace que la piel se me ponga de gallina.

El orgasmo me golpea como un tsunami y me arrastra con él haciéndome perder el sentido del tiempo y el espacio.

Mi visión se emborrona y mi cuerpo se estremece y se arquea de nuevo en los brazos de este macho desconocido que mi alma y el destino han decidido que me pertenece.

Que yo le pertenezco.

Le escucho rugir y le siento temblar contra mí y su boca captura de nuevo la mía hasta que no soy capaz de respirar ni de hacer nada más que no sea sentirlo contra mí, invadiendo cada uno de mis sentidos.

Los huesos de él crujen de manera ominosa y yo me río de súbito, llena de un júbilo incomprensible, cuando le escucho sisear una maldición y le siento recuperar el control sobre su forma humana a duras penas antes de que su Oso se lo arrebate.

Cuando recupero la capacidad de ver y pensar con algo más de claridad, el Alfa está cubierto de una fina capa de sudor y tiene la mandíbula tensa y las venas del cuello marcadas por la tensión.

Mis ojos ven lo suficiente de manera periférica como para saber que hemos entrado en un dormitorio y gimo de nuevo. Anticipando y temblando por lo que viene ahora.

Mi cuerpo está más que listo para él y mi sexo tiembla de nuevo anhelando sentirlo en mi interior y sé que él lo huele y lo siente, porque suelta un gruñido desesperado antes de dejarme caer sobre las sábanas de la cama y no esperar ni dos segundos antes de empezar a desvestirse.

Las ropas caen, rotas, a sus pies. Costuras destrozadas y telas rasgadas. Demasiado impaciente como para quitárselas de otro modo.

Apenas me da tiempo a verle.

Es un macho glorioso.

Alto como un armario y con los hombros más anchos de lo que he visto en ningún otro varón. Tiene el cuerpo bien definido y sus músculos me hacen la boca agua.

Muslos poderosos, y entre ellos, una erección enorme, inflamada, y goteante que sé que pronto estará dentro de mí.

Su rostro regio de facciones marcadas está tenso y endurecido, y su largo cabello blanco le confiere un aire exótico y casi élfico a este macho de una masculina belleza indescriptible.

Es el varón más apuesto que he visto nunca.

Y sé que no es que sean solo mis ojos: tiene todo el aspecto de alguien que se ha pasado la vida apartando de sí las manos de aquellas que anhelasen poseerlo.

Pero es mío, pienso sintiendo una andanada de oscuros celos contra esas hembras imaginarias.

Solo mío.

Eternamente mío.

Mis ropas corren el mismo destino que las suyas: destrozadas por sus poderosas manos.

Allí tendida, con ese enorme macho inclinado sobre mí, con su erección presionando contra mi vientre como una promesa de placer incomparable, con sus manos sobre mí moviendo mi cuerpo a su antojo y rasgando mi ropa sin miramientos, me siento como un sacrificio a un oscuro dios pagano.

Un sacrificio que hago de manera muy voluntaria.

Jamás pensé que el que alguien me manejara y me desnudara de una forma tan brutal podría llegar a excitarme tanto.

Cuando por fin estoy desnuda, apenas puedo esperar antes de abrir mis piernas de par en par, demasiado ansiosa por sentir su contacto, por tenerlo en mi interior, como para preocuparme por la vergüenza.

Cuando él pone sus manos sobre mí, abriendo todavía más mis muslos para colocarse entre mis

piernas abiertas con facilidad y arrastrando mi cuerpo hasta el borde de la cama para posicionar su goteante miembro en mi entrada sin miramientos, estoy más lista de lo que lo he estado jamás para nadie.

Gimo y lloriqueo de necesidad cuando sus dedos presionan de nuevo contra mi clítoris y dos de ellos palpan mi entrada y se empapan de mis jugos antes de que él los lleve a su boca y los lama, degustando mi esencia hasta que están limpios y relucientes.

—Mírate, Predestinada, tan abierta y mojada para mí. ¿Cuánto tiempo llevas esperando para tenerme entre tus piernas? —Gruñe él con satisfacción antes de introducir la punta de su miembro en mi interior, haciéndome gemir de nuevo y abrir todavía más las piernas hasta que las ingles me arden, queriendo sentirlo plenamente dentro de mí.

Mis caderas se elevan haciendo que ambos jadeemos cuando su enorme miembro se introduce unos centímetros más en mi interior y él le da una palmada a uno de mis muslos, exigiendo obediencia.

El dolor me sobresalta. No es fuerte ni intolerable.

Todo lo contrario.

Añade un filo inesperado al placer que sus dedos, que tocan de nuevo mi centro mientras su grueso miembro se hunde centímetro a centímetro dentro de mí, me causan.

Me gusta tanto que ni siquiera trato de contenerme cuando mis caderas se elevan como un resorte otra vez y él vuelve a emitir uno de sus profundos gruñidos masculinos, y a golpear mi muslo con la palma de su mano, dejando una marca roja en la pálida piel.

Emito un jadeo que se convierte en una carcajada involuntaria y segundos después en un gemido entrecortado cuando él está por fin totalmente envainado en mí y le siento temblar, tan jadeante y enfecido como yo, contra mi piel y contra las sensibles paredes interiores de mi sexo.

No espera ni un segundo más para empezar a moverse. Ni siquiera a que me adapte a su considerable tamaño.

El Alfa embiste contra mí en ráfagas largas y lentas y fuertes.

Una de sus manos me sujeta de una nalga para que la fuerza de sus embestidas no me zarandee y la otra se eleva hasta capturar uno de mis pechos en su ancha palma, masajeando el montón duramente y pellizcando mi pezón entre sus dedos mientras su boca muerde el otro.

Me río de nuevo, alocada por las endorfinas y el placer y lo sensible que me siento.

Sometida y poseída por este macho Alfa de noble semblante pero sangre salvaje, dejo ir el control de mí misma que me obsesiona tener día a día sobre cada ápice de mí y cada segundo de mi vida como si estuviera lanzando una cometa al viento.

Y me siento liberada.

Apenas puedo respirar.

Sus embestidas y sus manos y su boca y todo él me roba el aliento con cada acometida, con cada roce, con cada caricia y pellizco y mordisco y lamida y beso.

El Alfa jadea y gruñe y toma su placer de mí como si le perteneciera por derecho y a cambio me eleva de nuevo a los cielos hasta tocar el Valhalla de nuevo una y luego instantes después otra vez, cada orgasmo más intenso que el anterior, y siento mi espíritu, eso que siempre he sabido que estaba en mi interior pero que nunca he sentido por ser Recesiva, arder como una supernova y tocar el suyo, frío y azul y noble y salvaje y abrumador, y enredar mis llamas en su hielo hasta que la neblina nos consume a ambos cuando él estalla conmigo cuando alcanzo una nueva cima de placer imparable que al principio me asusta por su intensidad y luego me devora por entera y me

posee hasta no dejar ápice de mí sin tocar y marcar tal y como él lo hace.

Tal y como sus dientes, caninos alargados y hambrientos, Marcan y Reclaman mi cuello en un lugar visible para el mundo.

Para que todos vean su Marca y su Reclamo y sepan sin lugar a dudas que le pertenezco.

El Alfa lame la herida que ha dejado en mi piel con ternura mientras se corre en mi interior llenándome con su semilla.

Y yo me escucho sollozar por la intensidad del momento.

Cuando él termina, no sale de mí, sino que besa con cuidado y con veneración silenciosa mis pechos, llenos de marcas rojas y sensibles, mi cuello Marcado, mi rostro y, finalmente, mis labios.

Y yo apoyo mis manos llenas de sudor con dedos débiles como los de un bebé sobre sus hombros y me rindo una vez más ante él.

Ante su fuerza y su pasión y la ternura con la que ahora me toca, como si fuese sagrada para él. Sus dedos trazan mi piel con veneración y seducen mi alma hasta que cualquier vestigio de duda sobre nuestro Emparejamiento desaparece con su contacto.

Me siento amada, adorada y bendecida por la vida por tener un macho así a mi lado a pesar de que sé que no lo merezco y de que tampoco lo esperaba.

Quizá sean las hormonas y las endorfinas y el Emparejamiento hablando, pero siento que el universo es, en estos instantes de inesperada calma y plenitud, más amable. Más tolerable.

Menos decepcionante.

Mucho menos.

Me siento como si no fuera yo misma.

O como si estuviera redescubriendo esa parte de mí que siempre ha deseado creer en los sueños y en los milagros.

El hecho de que me estoy poniendo sentimental tras haber sido montada hasta tener cuatro orgasmos no se me escapa.

En estos mismos momentos, mi cerebro es una gelatina incapaz de tener cualquier pensamiento superior que no sea lo bien que se siente mi nuevo Compañero Emparejado contra mi cuerpo y mi alma y lo poco o nada que quiero levantarme de la cama y afrontar de nuevo la vida a pesar de que sé que es algo inevitable que eventualmente tendré que hacer.

Yo, Kiara Reindeer, cínica por excelencia y sarcástica de profesión, acabo de hacer algo que en la vida creí que sería capaz de hacer: me he enamorado de un hombre a primera vista (o, más bien, a primera follada) y, para más inri, acabo de, literalmente según las normas de los Cambiantes de todo el mundo, desde los más pequeños a los más grandes, casarme con él.

Y todo ello en menos de un par de horas.

Debe de ser todo un récord.

Lo primero que se me pasa por la cabeza cuando me doy cuenta de las repercusiones de lo que acabo de hacer es que mi familia no me va a dejar en paz jamás en cuanto se enteren.

Especialmente mi hermana Ana.

Y de que, por primera vez en mucho tiempo, al menos en estos instantes en los que las endorfinas todavía recorren mi cuerpo en oleadas, me importa un bledo.



Keo

No puedo apartar mis ojos de ella.

Ni mi mente, ni mi cuerpo, ni mi alma.

He esperado tanto para conocerla que se siente como si estuviera inmerso en un sueño del que no deseo despertar.

Mi Predestinada es hermosa.

Sus ojos son de un etéreo verde claro y su mirada tan intensa que me atrapa en sus profundidades; su piel es pálida, pero más oscura que la mía, y, en estos momentos, está ruborizada y transpirada tras nuestra unión.

Sus labios llenos me invitan a besarla una y otra vez y soy incapaz de resistirme, así que me inclino de nuevo sobre ella con cuidado de no aplastar su forma esbelta y menuda con la mía, mucho más grande y pesada, para capturar su boca y probar su adictivo sabor.

Ella suspira contra mi boca y yo enredo mis dedos en su rizado cabello oscuro y profundizo el beso, sintiéndome satisfecho por el placer que le provoco.

Como su macho y su Predestinado, es mi obligación y mi placer personal el complacer a esta mujer que el Destino ha elegido para mí.

Y planeo hacerlo con gusto el resto de nuestros días.

No hay duda alguna en mí de cuál va a ser nuestro futuro.

Soy el Alfa de los Polares de Green Valley, una especie de Cambiantes casi extinta en el resto del mundo y venerada por su belleza, su nobleza, y su sabiduría.

Y ahora ella es la hembra Alfa de mi manada y, como tal, su lugar está aquí, a mi lado.

En el hogar ancestral de mi Clan, al que ahora ella pertenece tanto como yo.

Mi Compañera. Mi Emparejada.

Mi Predestinada.

No hay nada en el mundo que no haría por ella.

No hay enemigo que no abatiría; riquezas que no ofrecería; o reto que no afrontaría.

Por ella soy capaz de hacer cualquier cosa.

Hasta mi misma alma le pertenece.

Y la suya es mía a cambio.

—Espera. —Susurra mi Compañera con voz agotada cuando hago una pausa para dejarla respirar.

Todavía está debajo de mí. Su cuerpo desnudo pegado piel contra piel al mío.

Mi miembro, duro una vez más, palpita en su interior húmedo marcado ya con mi semilla y listo para una segunda ronda.

Mis caderas han empezado a moverse cuando ella me detiene y yo obedezco y me elevo sobre

mis antebrazos para mirarla a esos hechizantes ojos verdes.

—Dios. Ni siquiera sé qué estoy haciendo. —Dice ella cerrando los ojos y respirando hondo.
—Me siento... No sé cómo me siento. Esto es increíble.

Yo frunzo el ceño y toco su alma con la mía.

Lo que encuentro me hace fruncir el ceño todavía más.

Siento una ligera dosis de ansiedad, de dudas y agitación, provenir de mi Emparejada ahora que su mente se ha despejado, y no comprendo por qué.

—Compañera, dime qué te aqueja y lo eliminaré por ti.

Mi declaración es sincera y seria, pero no provoca la reacción esperada.

En vez de causar que ella me mire con un brillo de admiración y enamoramiento en los ojos mis palabras hacen que mi Predestinada ahogue una risotada.

No comprendo qué es lo que tiene de gracioso.

Para mí, nada que tenga que ver con ella o con mi devoción por ella es algo ligero o sin importancia.

—Dios mío, hablas como un hombre de las cavernas.

Escondo mi molestia bajo la expresión de serenidad que mi rostro ha aprendido a adoptar durante todos mis años como Alfa tras el fallecimiento de mis tíos, pero sé que ella, a diferencia de cualquier otra persona en el mundo, puede percibir mi irritación sin necesidad de leerlo en mi rostro.

Nuestras almas están conectadas.

—Lo siento. —Se disculpa mordiendo el labio, y yo perdono sus palabras de manera instantánea, incapaz de guardar ningún tipo de rencor u emoción negativa contra esta maravillosa mujer. Una mujer que es toda mía. —Sé que lo dices en serio y eso me ha sorprendido.

—Eres mi Emparejada. Eres mi misma alma. Cualquier cosa que te aqueje a ti me aqueja a mí también. —Para mí es algo evidente, pero quizá ella necesita que lo ponga en palabras. Que declare mi devoción por ella como a veces a las hembras les gusta escuchar a sus machos hacer. —Somos Pareja.

—Guau. Vale. Vamos a bajar el ritmo un poco con todo esto. —Dice ella con los ojos como platos y tragando saliva. —Creo que necesito un poco de espacio, grandullón.

Me empuja suavemente de un hombro y yo, consternado y preocupado, salgo de ella con suavidad para incomodarla lo menos posible y me hago a un lado, tendiéndome a su lado en la cama.

Siento una oleada de pánico provenir de ella y ello me llena de intranquilidad.

Si no me dice qué le aqueja, no podré solucionarlo, y ello no es una opción para mí.

—Compañera...

—Kiara. —Me corta ella quitándose un mechón de pelo sudoroso de la frente. —Soy Kiara.

—Kiara. —Saboreo su nombre en mi lengua con gozo.

Por fin conozco el nombre de mi Predestinada. Algo con lo que llevo soñando desde que era un osezo.

Kiara.

Mi hembra se llama Kiara.

Me gusta cómo suena.

—Ese es mi nombre. —Ella está tratando de aligerar el súbitamente tenso ambiente.

Su tono es liviano y despreocupado y curva sus labios en una sonrisa que sé, por nuestro vínculo, que no siente del todo.

Sé que mi expresión debe ser una de ira tormentosa contra cualquier cosa que la esté poniendo tan incómoda y ansiosa porque ella me mira con inquietud y no poca alarma, pero no puedo evitarlo.

No toleraré que nada la moleste.

No sé qué debe de haber ocurrido para que de repente esté tan preocupada por nuestra unión, pero yo me encargaré de que ese algo o alguien deje de ser un problema de inmediato sin importar qué tenga que hacer para ello.

Quizá, imagino, tenga un amante o un esposo que no es su Predestinado.

El pensamiento es uno que me desagrada sobremanera, pero no es algo tan poco frecuente entre Cambiantes que llevan tiempo esperando a sus Predestinados sin lograr conocerlos, o entre Compañeros de origen humano que no saben que son Predestinados de un Cambiante.

Aunque no pensé que la mía pudiera ser una de ellos.

—Mira. —Dice ella finalmente, y yo elevo la mirada y le presto toda mi atención. —Eres... Bueno, eres francamente increíble, pero eso seguro que ya lo sabes.

Asiento. No hace falta negar lo evidente.

No soy muy dado a la falsa humildad.

—Vaya, ya veo que lo tienes bien claro. —Me responde ella con una risa ahogada.

—*Increíble* no es la palabra que usaría para describirme, pero si ello complace a mi Compañera, entonces es un término aceptable.

Siempre soy honesto, y con mi Predestinada todavía más.

Aunque ello, una vez más, no obtiene la reacción esperada.

—Ajá. Ya veo. Joder. —Ella se frota la cara con las manos. Sus emociones varían entre la hilaridad y la ansiedad y sigo sin saber por qué. —No voy a comentar sobre eso.

Estoy empezando a impacientarme.

Normalmente soy un macho paciente, pero ella es demasiado importante para mí como para tomarme su malestar a la ligera.

—Dado que hueles a Alfa y que eres Polar, me imagino que debes ser el famoso y solitario Keodron White, ¿no es así?

—Por supuesto.

—No hace falta ponerse borde.

Frunzo el ceño de nuevo, ligeramente enfadado.

—No estoy siendo *borde*, Compañera.

—Kiara. —Me corrige ella interrumpiéndome de nuevo.

—*Kiara*. —Digo su nombre con un gruñido ronco y tengo el placer de verla temblar.

Su aliento se le atasca en los pulmones y sus pezones se endurecen de nuevo. Puedo oler la humedad de su sexo y el mío, todavía duro y palpitante, reclama mi atención y que me hunda de nuevo en su húmedo calor.

Se me hace difícil ignorarlo.

—Estoy siendo honesto. —Digo esclareciendo lo obvio.

—Lo sé, puedo sentirlo.

Estoy seguro de que eso no es lo único que puede sentir.

Nuestro mutuo deseo y el hambre que tengo de ella es una sensación pesada que recorre nuestras pieles como una corriente eléctrica y permea el ambiente de nuestro dormitorio.

—Mira. —Me dice jadeante con las pupilas cada vez más dilatadas y la piel de gallina. Mis ojos se desvían hacia sus pechos. Son tan perfectos. Quiero saborearlos. —Como tú estás siendo

sincero yo voy a serlo también, ¿vale?

—Por supuesto.

La miro con sorpresa. No se me había pasado por la cabeza que ella pudiera no serlo.

—No sé qué hacer con todo esto. —Me confiesa. —Quiero decir, sé que estamos Emparejados y no digo que sea algo malo, al contrario, me siento...Me siento bien. Y eso ahora que las endorfinas y el Cielo van desapareciendo me asusta un poco.

Yo me relajo momentáneamente y me maldigo por haber sido tan ciego.

Es comprensible que el hecho de estar Emparejada con un Alfa sea un shock para ella.

Lo sería para cualquiera.

Los Alfas no somos tan numerosos como el resto de los Cambiantes y, además, nadie sabe si su Compañero lo será o no.

Pero, por suerte, esa preocupación puede aligerarse hasta que ella se acostumbre a la idea de ser la Alfa Polar.

—No debes sentirte abrumada por los deberes y obligaciones de una Alfa. —Le digo en el mismo tono que utilizo para calmar a mi sobrina Elektra cuando la niña tiene una de sus pesadillas. —Ningún miembro del Clan esperará que sepas cómo actuar ni qué hacer desde el primer momento. Debes tomarte las cosas con calma y tener paciencia, aprenderás con el tiempo.

Ella se queda en silencio y vuelve a mirarme con ojos como platos y yo me siento complacido de haber ayudado a mitigar sus miedos.

Las súbitas obligaciones de una Alfa también abrumaron a mi tía, hermana de mi padre, en su momento, cuando supo que el bosque la había elegido a ella para gobernar la manada y seguir así los pasos de mis abuelos.

Es natural sentirse estresado cuando uno se enfrenta a nuevos retos, pero como he descubierto yo a base de práctica la clave está en tomarse las cosas con calma y hacer las cosas paso por paso, dividiéndolas en tareas y objetivos más pequeños y manejables.

—Joder. —Dice de pronto mi Emparejada, sorprendiéndome una vez más cuando se lleva otra vez las manos al rostro y la sensación de estrés que proviene de ella se incrementa. —Ni siquiera había pensado en eso.

—¿En ser Alfa? —Pregunto para asegurarme.

Ella responde con un gemido.

—Lo de tener un Alma Gemela siempre fue un sueño bastante vago para mí y, bueno, es cierto que tras lo de Addie puede que una pequeña parte de mí tuviera la esperanza de que... Pero no lo creía realista. —Barbotea nerviosamente. —Siendo Recesiva...

Tengo la sensación de que esto no es algo habitual en ella. De que el perder el control es algo que la aterra.

Con cuidado de no hacerle daño, aparto las manos que cubren su rostro y la miro a los ojos.

—Estás abrumada por nuestro Emparejamiento. —Comprendo de repente.

No sé quién es Addie ni qué le pasó a ella para que mi Kiara volviera a tener esperanza, pero me hago una vaga idea de ello.

Ella asiente, y puedo ver que hay lágrimas de estrés en sus ojos. Aprieto la mandíbula y me maldigo de nuevo en silencio por no ser más perceptivo.

Emparejarse con un Alfa sería estresante para cualquier Cambiante normal, y ella es una Recesiva, así que debe de ser especialmente sorprendente para ella.

Quizá, comprendo de repente, mi Kiara ni siquiera esperaba encontrar a su Compañero en absoluto.

—Compañera. Kiara. —Me corrijo cuando veo que ha abierto la boca para hacerlo ella. —No debes estar asustada. El Destino nos ha elegido para ser Compañeros porque somos perfectos el uno para el otro.

Yo no tengo dudas, pero puedo ver que ella está llena de ellas.

Y que todas ellas son debido a su propia percepción de sí misma, y no a mí como me había temido.

Ello es todavía más inaceptable que la posibilidad de que yo le parezca incluso ligeramente inadecuado.

Ella es perfecta, y no lo pienso a la ligera.

Puedo sentir su alma contra la mía.

Su misma esencia.

Su corazón. Sus secretos. Sus pensamientos.

Todo.

Del mismo modo que ella puede sentir la mía.

—Yo no soy perfecta para nadie. —Afirma ella soltando una risotada que se transforma en un sollozo ahogado y avergonzado. —Créeme, estarías mejor sin mí.

Su suposición y la manera tan fácil y cruel con la que se desprecia a sí misma me enfurecen, tanto con ella como conmigo mismo y con el mundo por consentirlo.

—Eso no es cierto. —Le digo con total seriedad.

No sé qué la ha llevado a pensar así de sí misma y de nuestro vínculo, pero estoy determinado a hacerle ver que no es así.

Que no hay mayor bendición que ella en mi vida.

—Sí lo es. —Su tono acongojado cambia a uno de rabia y dolor. —Tú no me conoces. No sabes nada de mí.

Aprieto los labios y me trago la ira y el pinchazo de dolor y decepción que me producen sus palabras.

—Conozco tu misma alma. Está unida a la mía.

—Basta. —Dice ella con expresión de pánico. —Créeme, no quieres que eso sea cierto.

—Ya lo es. —Afirmo lo obvio una vez más sin saber qué más decir para hacerle entender lo que yo siento que hay entre nosotros. Esa magia. Ese Destino. Esa conexión tan única y especial. —Estamos Emparejados.

—No soy precisamente una persona feliz y positiva. Te decepcionarías si tuvieses que pasar tu vida entera conmigo.

—Jamás. —Juro.

—No hagas promesas que no puedes cumplir.

—No es una promesa, es una verdad.

Ella se ríe y sé que lo hace por no llorar y que no me cree del todo, aunque desee hacerlo, y yo aprieto los puños sobre las sábanas, cada vez más furioso con cualquiera que la haya hecho pensar así de sí misma.

Puedo ver que hay un tinte oscuro en su corazón que habla de penas, tristezas, e iras.

Y también puedo ver que ello la asusta.

Pero si no me dice qué es lo que la persigue, cuáles son esos miedos que poco a poco se van haciendo más intensos, entonces no podré ayudarla, y ese pensamiento es como una daga helada clavándose entre mis costillas.

Jamás imaginé que, llegado el día, hubiese algo que no pudiese, que no fuera capaz de hacer,

por y para mi Predestinada.

Y ahora no sé qué hacer para hacerla entender, para que pueda ver que tiene mi devoción y mi amor y mi lealtad y las tendrá eternamente, vida tras vida y muerte tras muerte.

Sin importar el qué.

—Tengo que irme. —Dice mi Kiara de pronto rompiéndome el corazón. —Lo siento.... Pero necesito irme. Necesito algo de espacio.

Se levanta haciendo mis manos a un lado y busca con ojos angustiados lo que queda de su ropa, demasiado destrozada como para que pueda ponérsela de nuevo.

Me incorporo de la cama y abro la boca para decirle que se quede, para intentar convencerla de nuevo de mi amor por ella y mi disposición más que capaz de que compartamos nuestras cargas y penas el uno con el otro.

Para decirle que dichas cargas siempre son más ligeras cuando se comparten.

Que no hay nada de ella, en ella, que pueda hacer que la quiera menos.

Y que la amo desde el momento en el que la vi, quizá incluso antes.

Pero mi tía Fara, la Agrádt, elige ese momento para conectar su mente a la mía y detenerme.

«Déjala ir. Volverá a ti cuando esté lista para ello.»

Sé que la sacerdotisa es sabia y ve más allá de lo que muchos ven, incluyendo el Destino de la gente, pero lo que me pide va contra todo lo que soy yo como macho.

Contra mi necesidad de verla feliz y en paz.

De calmarla.

Rechino los dientes y me obligo a ir contra todos mis instintos y a no cogerla y abrazarla y aferrarme a ella y convencerla de que se quede.

—En el armario están mis ropas. —Señalo con expresión impasible, pero sintiéndome desgarrado por dentro. —Puedes coger lo que desees.

—Gracias. —Me dice ella sin mirarme, como si temiera que hacerlo la hiciese dudar de su decisión de irse. —Te las devolveré.

—No hace falta. Todo lo mío es tuyo.

Ella no dice nada más, pero agacha la cabeza y sé que se está tragando las lágrimas.

Su aura es una de pura miseria.

Estoy en pie antes de ser consciente de ello.

«Keo. Déjala irse.» Me advierte una vez más mi tía, y yo debo hacer acopio de toda mi nada desdeñable fuerza de voluntad para obedecer.

Saber que la Agrádt presiente el futuro en ocasiones no es igual a confiar plenamente en sus palabras y visiones y quedarse sin hacer nada.

No es propio de mí hacer a un lado mi voluntad y mis instintos por mucho que confie en Fara y en que sepa que mi tía no se habría comunicado conmigo si no fuera importante.

Nunca lo hace de otra forma, y rara vez de manera tan directa.

En estos mismos instantes me cuesta no hacer caso omiso de sus palabras más de lo que nada jamás me ha costado nunca en la vida.

Mi Compañera se viste con mis ropas en silencio, usando una de mis camisas, que le cae hasta las rodillas, a modo de vestido; atándose uno de mis cinturones para que no le quede demasiado ancho y poniéndose un par de gruesos calcetines oscuros a modo de botas altas, ya que mis zapatos no le vienen.

Se detiene en el marco de las dobles puertas abiertas y la escucho dudar en silencio.

—Lo siento. De verdad. —Se disculpa de nuevo con voz ahogada antes de echar a correr.

Se me rompe el corazón en pedazos cuando la veo marchar, y mi Oso ruga de rabia y dolor por mi negación a seguirla y obligarla a quedarse.

Pero hago caso omiso de ambas cosas y me acerco a la ventana para verla partir de mi hogar, del que es ahora también su hogar, corriendo por el terreno y sin detenerse a responder al saludo de mi hermano, que la ve pasar con una expresión estupefacta en el rostro cuando ella lo pasa de camino a su coche.

Ella se sube en el auto y se aleja.

Y yo rujo de dolor y me transformo tras abrir las puertas de la terraza y saltar al jardín desde el primer piso, poniendo rumbo al bosque para rugirle a la tierra mi agonía.

«Ten paciencia, osezno.» Escucho la voz de mi tía en mi mente mientras corro por el bosque en dirección contraria a donde ella ha desaparecido para evitar tentaciones. «Ella volverá a ti. Solo necesita tiempo.»

Espero que ese tiempo no se alargue, porque no creo que pueda mantenerme alejado de ella por mucho tiempo, sin importar lo que la Agrádt haya visto en nuestros Destinos que la haya hecho detenerme.

El alma de mi Kiara me llama, y yo sé que voy a ser incapaz de no responder a esa llamada muy pronto.

Y espero que, para entonces, mi Predestinada haya calmado su corazón de los miedos que la persiguen y pueda abrir una puerta para dejarme entrar en él.



Kiara

No puedo parar de llorar.

En cuanto subo al coche y lo arranco, la urgencia de volver sobre mis pasos y pedir perdón no me abandona, pero soy incapaz de hacerlo.

Por miedo a ver la decepción en los ojos de Keo y por vergüenza.

Jamás en toda mi vida había llorado como lloro ahora.

Soy idiota.

Lo he tenido todo en mis manos y me he sentido tan feliz y tan libre durante unos instantes, y he tenido que abrir la boca y ponerme a pensar demasiado y lo he arruinado todo.

Los sollozos me sacuden de tal forma que las manos me tiemblan sobre el volante, y no sé cómo soy capaz de llegar hasta el apartamento de mi hermana Ana sin tener un accidente de tráfico.

Aparco el coche de policía de mala manera junto a la acera sin preocuparme del hombre que empieza a quejarse de los malos hábitos de la policía de aparcar en lugares prohibidos y salgo del vehículo como si estuviera en trance, haciendo oídos sordos a las quejas y los gritos del macho y de las miradas de los viandantes.

—¡Eh! ¡Oye, tú! ¿Has robado ese coche? ¿Lo has robado, ladrona? ¡Respóndeme cuando te pregunto o llamo a la policía!

Paso de largo al hombre, que huele a Cambiante de Hiena, y casi tengo otro ataque de pánico cuando me doy cuenta de que mis sentidos, que siempre han sido los básicos de una Recesiva, se han incrementado de repente.

De que mi olfato, mi vista, mi oído y mis sentidos espirituales son definitivamente mucho más potentes que hace unas horas.

—¿Kiara?

Mi hermana Anastasia está parada junto a su patio cargada con una bolsa de papel llena de comida en una mano y las llaves en la otra cuando me pilla llamando a su telefonillo como una posesa.

El macho de Hiena continúa amenazando con llamar a la policía, pero lo ignoro y evito soltarle agriamente que yo soy la policía, porque sé que será una fútil pérdida de tiempo.

Dudo que me crea dado mi estado y la manera en la que voy vestida.

—¿Qué te ha pasado, cariño? Ay, Espíritus. ¿Quieres que subamos? ¿Llamo a Nina Bear? ¿Qué

hago?

—Déjame subir a tu apartamento y ducharme. —Le pido limpiándome las lágrimas del rostro sin dar más explicaciones.

Ana se apresura a abrir la puerta del patio.

—Claro que sí, hermanita. Dame un segundo. —Dice urgiéndome a entrar en su patio y haciéndoles gestos a los mirones para que dejen de quedarse parados como pasmarotes a nuestro alrededor. —Aire, todo el mundo. O le diré a la bisabuela Reindeer que este barrio necesita una buena reeducación.

La mayoría de los mirones la miran con alarma y se alejan cuchicheando entre ellos, seguramente recordando la última vez que la bisabuela decidió que habían comunidades en Green Valley que necesitaban una educación moral más estricta tras ver un par de vídeos en YouTube sobre adolescentes de nuestra ciudad haciendo bullying a otro chico en uno de los parques, y reunió a un consejo improvisado de ancianos de la ciudad que se dedicaron a acosar a los ciudadanos de cualquier edad, Clan, especie, o familia, para que acudieran a sus clases y sus charlas sobre conducta moral apropiada y tácticas anti-acoso.

—Y, usted. —Se gira Ana hacia el macho Hiena con una mueca enfadada en el rostro normalmente apacible. —Deje de armar escándalo ahora mismo y váyase a casa.

No espera a que el indignado hombre le responda antes de cerrarles a los curiosos la puerta en las narices.

La finca de Ana no tiene ascensor, así que subimos los seis pisos hasta el de su apartamento dúplex a pie.

Durante el trayecto, mi hermana no deja de mirarme con preocupación e intentar averiguar qué me pasa, hasta que, justo cuando llegamos a su puerta, se detiene tras abrirla con los ojos como platos.

—¡Por todos los Ancestros, Kiara, estás Emparejada! —Exclama con la boca abierta y luego suelta un grito cuando casi se le resbala la bolsa de las manos y tiene que apresurarse a cogerla con ambos brazos. —No me había dado cuenta de que el olor a Emparejamiento provenía de ti. ¿Qué ha ocurrido? ¿Cómo ha pasado?

No respondo a su afirmación ni a sus preguntas, porque la verdad es más que evidente y tampoco sé exactamente qué decirle.

Me dirijo directamente a la ducha sin esperar a que ella me indique el camino.

He estado en su apartamento muchas veces y lo conozco bien.

El dúplex de Ana está situado en la misma finca que su tienda, La Puerta Astral, que está en el local de la planta baja y en la que vende bisutería, cosas supuestamente mágicas, hierbas, y piedras de cristales energéticos y demás virguerías New Age.

Me paso un buen rato bajo el chorro de agua caliente hasta que las manos dejan de temblarme y la respiración se me calma.

Todavía tengo ganas de llorar.

No puedo creerme que haya dejado a Keo así, sin más. Sin mayores explicaciones.

Pero tampoco puedo creerme todavía que él sea mi Alma Gemela ni que estemos Emparejados.

Él se merece algo mejor. A alguien mejor.

Hace unas horas, ni siquiera creía que yo pudiera tener un Compañero Predestinado, y ahora no solo tengo uno, sino que, además, me he casado con él según las leyes ancestrales y costumbres de los Cambiantes.

Almas entrelazadas, Marcas de Reclamo, y todo lo demás.

E incluso podría estar embarazada sin saberlo, ya que como suele suceder, el encontrármelo me ha producido un Celo momentáneo que, aunque en la mayoría de los casos se trata de un Celo falso que simplemente aumenta las ganas de Emparejarse con tu Alma Gemela, a veces se trata de uno real en el que viene incluida la posibilidad de un embarazo.

Y ni siquiera sé, fuera ya del enloquecedor Celo y de la magia de haber encontrado a mi Alma Gemela, cómo me siento con todo esto.

Asustada. En shock. Sorprendida. Conmovida. Conmocionada. Con la cabeza en las nubes.

Feliz.

Plena.

Enamorada a pesar de que lo acabo de conocer.

Tanto, que me parece un milagro el haber podido marcharme. Mi corazón no deja de gritarme que debo volver.

Que mi lugar está a su lado.

Pero también me siento avergonzada de que él vea partes de mí que he ocultado durante mucho tiempo.

Hay una parte de mí que no puedo ignorar y que se siente feliz y llena de gozo por haber por fin encontrado esa pieza de mí que hasta ahora ni siquiera era consciente plenamente de que me faltaba.

Siempre pensé que sería una de esas personas que se sienten completas ya; a las que el amor romántico no les parece algo tan relevante; tan indispensable para sus vidas.

Una de esas personas que se saben completas sin necesidad de una pareja.

Siempre he acallado e ignorado esa voz dentro de mí que lo negaba.

Siempre me he hecho la fuerte y me he dicho una y otra vez que estaba perfectamente bien estando sola a pesar de que la soledad se me hacía muy cuesta arriba algunos días.

Y ahora, de repente, he conocido a un macho que siento que conozco desde siempre.

Que está atado a mi misma alma.

Y que se ha convertido en una de las piezas más importantes de mi vida en tan solo unas horas, derrumbando todas mis barreras y sacando a la luz todos mis miedos a pesar de todo el esfuerzo que he hecho para esconderlos del mundo y tragármelos en silencio.

No es que no quiera a Keo. O que no quiera nuestro Emparejamiento.

Es que tengo miedo de que descubra mi oscuridad y se sienta repulsado por ella.

De que se sienta decepcionado.

Más de lo que ya lo está.

Tanto como lo estoy yo conmigo misma.

Y no sé qué hacer.

No sé cómo actuar.

Cómo sincerarme con él ni qué decirle.

Un hombre tan noble, tan fuerte, tan honorable, quizá nunca llegue a entender mi rabia.

Mi dolor.

Mi lucha constante contra mis propios prejuicios y demonios.

—Kiara, ¿estás bien? ¿Necesitas algo?

Me siento culpable de haber preocupado tanto a Ana.

Seguramente ha estado mordiéndose las uñas mientras esperaba a que yo diera señales de vida y dejase de invadir su baño a la fuerza.

—¿Puedes traerme algo de ropa? —Le pido.

No quiero volver a ponerme las ropas de Keo porque sé que, si vuelvo a sentirme rodeada de su olor, de su presencia, voy a acabar dando media vuelta y volviendo a la casa del Clan Polar White a suplicar su perdón y su aceptación y su comprensión y a pedirle que me haga el amor de nuevo y que me haga olvidar que el mundo más allá de las paredes de su dormitorio existe.

La tentación es tan intensa que me aterra el dejarme llevar por esta necesidad recién descubierta.

El dejarme ir.

El olvidarme de todas mis ansiedades y miedos y dudas y depositar todo lo que yo soy como persona, tanto lo malo como lo bueno, en sus manos grandes y fuertes y capaces y confiar en que él sabrá amarme a pesar de todo.

Siempre he sido fuerte y solitaria e individualista.

Y ahora me cuesta reencontrar a la vieja Kiara y no pensar que gran parte de toda esa independencia se debía a mi soledad.

A diferencia de la de otras personas, que son capaces de vivir solas y caminar sin nadie más que uno mismo por la vida y jamás sentir o dejarse arrastrar por el sentimiento de soledad y tristeza que lo permea todo para otros como yo.

Que en realidad dependo más del amor de otras personas de lo que me gustaría creer.

Ana se aleja y vuelve instantes después, llamando a la puerta y pidiendo permiso para entrar, y yo no me molesto en cubrirme cuando le abro secándome aún con la toalla.

—Gracias. —Le digo cogiendo la ropa de sus manos.

Huele a ella. A hierbas y a pachuli.

Familiar y acogedor como siempre.

Y ello me ayuda a relajarme un poco más.

Ana abre la boca para decir algo, pero se queda parada con la boca abierta mirándome una vez más, y yo me llevo la mano al lugar al que mira y sé que acaba de ver la Marca de Reclamo que Keo ha puesto ahí, en mi cuello, para que todo el mundo sepa que soy suya.

Que somos uno.

Clan. Familia. Predestinados.

Emparejados.

Ello me hace querer llorar de nuevo, y debe notarse, porque Ana sale de su trance y me abraza, mojándose la ropa con la humedad de mi piel y mi cabello.

—No sé lo que ha ocurrido, y no voy a preguntar otra vez si no quieres. Pero todo va a salir bien, ¿vale? Te lo prometo.

Es una promesa que no puede cumplirse.

Como la de Keo, por mucho que quiera creer en ella.

Arranco a llorar de nuevo abrazándome a mi hermana mayor como si mi vida dependiera de ello y, entre sollozos, toda la historia de lo que ha ocurrido con mi Predestinado sale a la luz.

Y también los motivos por los que he solicitado mi dimisión.

Todos ellos, sin más medias verdades ni omisiones.

Desde el incidente con el acosador sexual humano y la vez que perdí el control como los casos a los que me enfrenté en Nueva York y mis prejuicios contra los humanos.

Hablo y hablo hasta que mi voz está ronca y la garganta me duele y Ana me ayuda a vestirme porque yo no puedo concentrarme para parar de hablar.

Cuando acabo, estamos ambas sentadas en su salón, sobre el sofá de terciopelo morado con cojines verdes y frente a la mesa de centro llena de cristales de colores que brillan con el sol de

mediodía y que sé que mi hermana cree que libran su hogar de malos espíritus y energías y lo hacen un lugar acogedor.

Un refugio sanador.

Tengo una taza de valeriana entre las manos que se está enfriando y Ana ha escuchado en silencio cada una de mis palabras y ahora observa la pared de enfrente con la mirada perdida y la expresión inusualmente seria.

—Lo siento. —Le digo sintiendo la necesidad de disculparme por todo el lío que he hecho.

Y el que soy.

Ello la saca de su ensimismamiento.

—Oh, no. —Se apresura a decirme con expresión compungida dejando su taza de té en la mesita y cogiéndome de las manos. —No, Kiara. No tienes que sentirlo. No tienes que disculparte. —Dice acunando mi rostro con sus manos llenas de brillantes anillos. —Soy yo la que lo siente. Sabía que algo te atormentaba, pero pensé que hablarías conmigo de ello con el tiempo. No quería presionarte y ahora sé que tal vez esa no fue la mejor opción. —Hace una mueca que habla de enfado consigo misma. —Que quizá debí haber insistido un poco más o haberte dicho más veces que podías hablar conmigo de lo que desearas. Que no tenías que temer que yo te juzgaría.

—Mis problemas no son culpa tuya, Ana.

Ella chasquea la lengua con desaprobación.

—Eres mi hermana y mi mejor amiga. Todos tus problemas son míos y viceversa.

Sus palabras me recuerdan a las de Keo y me hacen ahogar otro sollozo cuando creía que ya había dejado de llorar.

Llevaba años, literalmente, sin soltar una sola lágrima.

Y ahora me he convertido en una jodida fuente.

—Está muy bien que sepas que no todos los humanos son así y que seas consciente de que tienes un prejuicio, Kiara. Ese es un gran paso. —Me dice mi hermana con voz suave, y yo aparto la mirada con vergüenza sintiéndome expuesta después de haber desnudado las zonas más oscuras de mi corazón.

Ahora que lo he sacado todo a la luz, mis problemas parecen mucho menos oscuros y mucho más comprensibles.

Como quitarse un peso de encima.

O quizá se deba solo a la magia de Ana, que siempre me hace sentir cómoda y aceptada sin importar el qué.

Ha sido así desde que éramos niñas.

Ella siempre ha sido mi centro.

Y ahora comprendo un poco mejor lo que intentaba decirme Keo.

Que puedo contar con él.

Que puedo compartir mi oscuridad con él, por muy vergonzosa que a mí me resulte.

Por mucho que me sienta expuesta y vulnerable.

Sé que él no me hará daño a propósito, pero temo su juicio del mismo modo que temía en el de Ana.

Y que todavía lo temo, pienso mirándola a través del espejo que hay colgado en la pared de enfrente, pintada de amarillo mostaza.

Soy consciente de mis problemas y ya me juzgo duramente a mí misma por ellos, encerrada en un ciclo de odio que llevo años sin poder resolver.

—Es cierto que los varones humanos cometen la mayoría de los crímenes del mundo,

especialmente los violentos y los sexuales. —Dice Ana al cabo de unos minutos de silencio prolongado. —Y también es cierto que son algo más numerosos que los Cambiantes, ya que se reproducen con mayor facilidad al no tener Compañeros Predestinados muchos de ellos y por ende reproduciéndose con quién les place o, a veces, hasta por accidente; pero, Kiara, tú nunca has juzgado a cada individuo por las estadísticas de su especie.

Sé lo que Ana me quiere decir.

Que había un tiempo en el que yo no miraba la especie de alguien, sino que lo valoraba como individuo con la misma justicia que impartía a todo el resto.

Y sé que esa Kiara todavía sigue en mí, escondida bajo todo este odio.

Bajo este trauma, estos recuerdos, que me persiguen como una sombra.

Pero es tan difícil acordarme de ello.

De cómo solía ser.

—Lo sé.

No sé qué más responder, y está claro que Ana no tiene una solución mágica para ello, pero tal vez no haga falta, me digo.

Ya me siento mucho más ligera ahora que me he desahogado.

Ahora que ya no tengo que esconder mi vergüenza y mi rabia como un sucio secreto a voces.

Ana suspira y me abraza depositando un beso en una de mis mejillas y luego coge la taza sin tocar de mis manos y la deja junto a la suya en la mesita.

—No se construyó Roma en dos días, Kiara. —Me dice en tono admonitorio. —Debes tener paciencia y ser más amable contigo misma, siempre te lo digo.

Hago una mueca, pero no digo nada.

—Siempre eres tan impaciente. —Continúa Ana. —Incluso cuando eras pequeña eras una perfeccionista. Querías ser la mejor en todo. La mejor de la clase, la mejor del club de tenis, la mejor en la academia de policía, la mejor conductora.... Y te enfadabas tanto contigo misma cuando no eras perfecta y las cosas no salían también a la perfección.

Tiene razón.

Es uno de mis rasgos menos laudables, pero, aunque creo que he mejorado con los años, la necesidad de ser la mejor versión de mí misma siempre ha sido una gran motivación para mí, en lo bueno y en lo malo.

Como ahora.

—Y creo que con esto te pasa igual. —Me dice. —Todo el mundo tiene prejuicios. *Todo el mundo, Kiara.* Ya sean percibidos como negativos o positivos. Ya sean realistas o no. Y extremos o no. —Se frota el puente de la nariz y se cruza de brazos, haciendo tintinear sus numerosas pulseras enjoradas. —Y el que dice lo contrario, o miente o no se conoce bien a sí mismo.

—Pero los míos influyen mi trabajo, Ana. No puedo ser una buena policía si, cuando veo a un humano acosar a unas crías, mi primer instinto es romperle una maldita pierna. —Digo perdiendo la paciencia.

Ella resopla y yo rechino los dientes porque siento que no comprende la gravedad de lo que estoy diciendo.

—Mi primer instinto no habría sido romperle una pierna, habría sido romperle la cabeza. Y echarle una maldición, ya de paso. Fuese humano o no.

—Ana.

—Kiara. —Me responde en el mismo tono lleno de exasperación. —No eres perfecta, pues vale, ¿y qué? ¿Crees que es el fin del mundo?

—Pensé que lo entenderías.

Ella se coloca uno de sus rizos tras una oreja enjorada.

—Y lo entiendo. Odias a los humanos y eres policía y te preocupa que ello vuelva a hacerte perder el control o te haga hacer tu trabajo de manera injusta.

—Exacto.

—Pues entonces vamos a tener que despedir a todos los policías que hacen su trabajo de manera injusta por sus prejuicios y las cosas que los influncian.

—Deja de intentar exagerar las cosas. Y esa no es mala idea, que lo sepas. Aunque no lo entiendes.

—Entiendo que el primo Troy pone más multas a las Hienas a pesar de que es nuestra familia la que comete más incidentes de tráfico y que ellos son minoría. —Me suelta ella.

Y es cierto.

Troy fue acosado en el colegio por un par de machos de Hiena y a veces se pasa poniéndoles multas a su especie con cosas que con otros dejaría correr sin más.

Pero es diferente.

Él no está lleno de odio enraizado por toda una especie compuesta de billones de individuos.

Y además ha estado mejorando estos últimos años y Nina y yo le hemos estado echando un ojo para que sea más justo y menos rencoroso.

—Entiendo que nuestra hermana Gertrude una vez metió en la celda al Predestinado de su hija sin que este hubiese cometido ningún crimen simplemente porque no le gustaba que el hombre fuera una Pantera. —Prosigue Ana, impertérrita. —Que Joan, el funcionario del servicio de carteros. —Añade. —Al que no conoces y que es humano, por cierto, tiende a cobrar de más a cualquier Ciervo porque una vez un par de Ciervos adolescentes le destruyeron el jardín cuando estaban borrachos. Y no empezamos con algunos de los miembros de nuestra propia familia que trabajan también como funcionarios, a esos hay que hacerle un libro aparte.

Sigue teniendo razón, pero una cosa no quita lo otro.

Esos pequeños actos de malicia no son nada comparados con el odio de mi interior, aunque Ana esté intentando aligerar el tema.

Y, como policía, no puedo permitirme ser así.

No sería correcto.

No sería honorable.

Ni justo.

—Soy policía. —Es lo único que digo.

Si fuese una civil ya estaría lo suficiente mal tener estas ideologías, pero siendo parte del cuerpo es todavía más grave.

No lo toleraría en uno de mis compañeros, familia y Clan o no, y tampoco pienso tolerarlo en mí.

—El mundo está podrido y no puedes pretender ser inmune a lo que la gente le hace a otra gente, Kiara. —Dice Ana con cara de estar dándose por vencida. —No es realista. Ni sería normal que las cosas que viste en Nueva York no te afectaran de una manera u otra. Yo no sé lo que habría hecho yo de estar en la misma situación que tú, pero empezar a pensar que los humanos son un problema conflictivo no es ni algo nuevo ni algo que no se lleve diciendo, incluso por los propios humanos y sus organizaciones sin ánimo de lucro, por ejemplo, durante *siglos*.

No digo nada más porque, aunque lo que diga tenga cierta lógica, sé que lo que yo siento que es justo también lo tiene.

Que no puedo aceptar tener prejuicios así, sin más. Y que aprender a convivir con mis recuerdos de Nueva York es algo en lo que quizá tenga que trabajar y esforzarme hasta el final de mis días.

Ser testigo del lado más oscuro de la humanidad es algo que te deja marcada de por vida.

Me lo advirtió mi jefe de equipo en Estados Unidos antes de jubilarse y suicidarse solo dos semanas después, y tenía razón.

John Ferrer había sido un humano honorable que había hecho lo que había podido a pesar de la corrupción política y policial que lo ahogaban y su constante batalla contra su depresión y decepción con su propia especie, y su vida y su muerte me habían influenciado enormemente.

Era a él, junto muchos de mis amigos y compañeros policías, humanos y honorables, al que recordaba cuando me maldecía a mí misma por hacer generalizaciones nada agradables sobre su especie, diciéndome que, al hacerlas, lo incluía a él también.

Ello me paraba los pies la mayor parte de las veces.

Y lograba funcionar bien a no ser que me encontrara cara a cara con un acosador sexual como me había pasado ese día.

O eso pretendía creer.

—Mira Kiara, hermanita. —Suspira Ana. —Yo puedo decirte muchas cosas. Puedo decirte que estoy orgullosa de ti. De cómo luchas, de lo fuerte y valiente que eres al admitir que no eres perfecta y que estás pasando un mal trago, y de la maravillosa policía y persona que eres. —Enreda los dedos de su mano en los míos y yo trago saliva de la emoción que me causan sus palabras. —Puedo decirte que si sigues esperando ser perfecta te vas a pasar el resto de tu vida decepcionándote contigo misma, y que la vida es una batalla constante contra nosotros mismos y contra el mundo que pone en cuestión nuestra moral y nuestra fe y nuestra bondad, a veces de manera más encarnizada y más dura que otras veces. —Su tono se vuelve cada vez más grave. —Puedo decirte que debes creer más en ti misma y en toda esa gente que se esfuerza, como tú, por hacer del mundo un lugar mejor en el que vivir, ya sean humanos o Cambiantes. Y que habrá días mejores en el futuro. Días más felices. —Ana eleva una mano y acaricia mi mejilla. —Pero al final del día eres tú la que tienes que creerte todas esas cosas o mis palabras servirán de poco.

—Lo entiendo.

Las palabras de Ana, como siempre, tocan una fibra sensible dentro de mí.

—Eso espero. Y ahora. —Dice con ojos brillantes. —Como te conozco y sé que por ahora no vamos a llegar más lejos, cambiemos de tema a uno más ligero. Anda, cuéntame lo guapo que es ese Predestinado tuyo. He oído tantas cosas sobre él. Y todas ellas lo pintan como un Alfa tan misterioso.

Me hecho a reír de repente.

Y cumplo con su petición, hablándole de Keo y de su masculina pero etérea belleza noble y elegante y de lo adictivos que son sus besos.

Y siento que mi corazón está mucho más ligero que antes, y que tengo muchas ganas de ver a Keo, de tocarlo, de comprobar que realmente existe y que *tengo un Alma Gemela*, un Predestinado, como cualquier otra Reindeer de la familia.

Todavía no lo puedo creer.

Hay un Oso Polar Alfa al que puedo sentir tocando mi alma con anhelo que de repente lo es todo para mí.

Esperando por mí con impaciencia al otro lado del vínculo que nos une eternamente.



Keo

—¿Te has calmado ya?

Los brillantes ojos dorados de Fara son como dos luces en la oscuridad.

Está sentada tranquilamente sobre una alta roca cubierta de musgo con una taza de té caliente en la mano, y yo sé que es mejor no preguntarme cómo ha llegado hasta aquí cuando hace unos segundos no había nadie más que yo en los alrededores y unos cuantos animales salvajes.

O cómo es posible que no haya un solo rasguño en ella.

Ni una sola mancha a pesar del copioso follaje del ancestral bosque.

Sus zapatos de cuero fino, no adecuados para caminar por el bosque en lo más mínimo, están prístinos.

Me alzo en forma de Oso Alfa sobre mis dos patas traseras y realizo el Cambio sin previa advertencia.

A mi tía Agrádt mi desnudez ni la sobresalta ni la molesta.

Solía cambiarme los pañales cuando era un bebé y me ha visto desnudo tantas veces desde el día en el que ayudó a mi madre a darme a luz que he perdido la cuenta.

Se limita a alzar una ceja cuando ve mi evidente mal humor.

—Si tienes que decir algo, hazlo. —Le digo pasando de largo el lugar donde está sentada tras esperar unos minutos a que ella hable sin que lo haga.

Fara se limita a sorber tranquilamente su taza de té y a ajustarse el chal sobre los hombros.

El frío del bosque no me molesta y mis pasos apenas resuenan sobre la delgada capa de nieve que cubre algunas zonas todavía cuando empiezo a caminar de camino a casa.

No estoy de humor para los juegos de la Agrádt.

—No seas tan gruñón, sobrino.

Aprieto la mandíbula y me fuerzo a no responder de manera arisca a su provocación.

Está en mis venas el respetar a la venerable sacerdotisa, pero también lo está, con mucha mayor fuerza, el responder a la llamada de mi Oso, que clama por su Compañera con rabia y furor.

Estoy librando una batalla conmigo mismo que sé que voy a perder. Una batalla cuyo único fin es darle tiempo a mi Kiara para que se calme antes de ir tras ella, con la conformidad de la Agrádt o sin ella.

Llevo esperando más de cuarenta años a que mi mujer aparezca y no está en mí el quedarme a un lado pasivamente mientras ella se aleja.

Debo encontrarla.

Hacerle entender que estamos Destinados. Que estamos Emparejados.

Que no podemos seguir negando nuestras naturalezas. Nuestras almas.

Puedo sentir a través de nuestro vínculo que se siente estresada. Acorralada. Asustada.

Pero también que me anhela.

Que me desea.

Que piensa en mí.

Y que su corazón ya me considera suyo.

Ello calma esa parte posesiva de mí que de otro modo jamás la habría dejado ir sin importar las advertencias de Fara.

—No te enfades conmigo. Si la hubieras forzado a quedarse, las cosas entre vosotros no hubieran estado bien durante mucho tiempo.

Evito sobresaltarme cuando, de repente, mi tía está caminando por el bosque a mi lado a pesar de que unos segundos atrás estaba solo y la había dejado atrás sobre la roca.

Sus trucos me crisan los nervios y ella lo sabe. Y se divierte atormentándonos a mí y a mi hermano Aros, que es el que más se altera cuando hace estas cosas.

Respondo con un gruñido ambiguo.

—Ella tenía que irse para saber que podía hacerlo. Y para descubrir que en realidad no quería marcharse. —Prosigue la Agrádt sin hacer caso a mis gruñidos. —A veces tienes que dejar a alguien ir para saber si realmente esa persona te pertenece, sobrino.

Evito responder de nuevo.

Sus deducciones y sus juegos son algo que no comparto, pero comprendo que ella tiene más conocimiento sobre Kiara y sus necesidades que yo en estos momentos, aunque ello me irrite.

Nunca he sido una persona muy dada a las dudas.

Cuando quiero algo, lo tomo.

Cuando no me gusta algo, lo dejo claro de un modo u otro.

—Pero ella no es como tú, Keo. No seas cabezota.

—No me leas la mente. —Digo con una calma enfurecida.

Sabe que esa es otra de las cosas que no me gusta que haga cuando estoy alterado, como ahora.

No soy dado a los arrebatos emocionales, pero hay veces en las que la ira o la frustración, raras como son para mí, me sobrepasan.

La primera vez que ocurrió fue tras la muerte de mis abuelos a manos de un asesino humano cuando estaban en Edmonton visitando a una vieja amiga.

La segunda, tras la traición de mi tío Taero.

Y la tercera, ahora, con la huida de Kiara.

Y cuando ello sucede siempre vengo al bosque.

La voz del mismo me tranquiliza. Me ayuda a centrarme. A equilibrarme.

A encontrar esa calma que está en mí habitualmente pero que en ocasiones como esta pierdo de manera salvaje.

Mi boca todavía sabe a la sangre del antílope que he cazado esta noche para cenar, y en mis venas todavía ruge la emoción de la caza.

Y la necesidad de volver a Reclamar a mi Compañera.

De volver a montarla. A poseerla. A Marcarla.

—Quizá te alegre saber que Taero ya ha despertado. —Suspira la Agrádt. —Mi hermano espera que vayas a verle. Y no deberías tardar mucho, o intentará huir de nuevo. —Dice en tono de advertencia antes de desviarse hacia un lado metiéndose entre dos altas coníferas y desaparecer en la niebla sin más.

Aprieto el paso y echo a correr por el bosque camino a casa, sabiendo que Aros no dejará que

Taero se largue y desaparezca de nuevo, pero queriendo rebajar esa energía nerviosa que todavía recorre mis venas y que me urge a actuar de alguna manera.

A hacer algo para arreglar las cosas con Kiara.

Quizá Taero, de manera involuntaria, me ayude a ganar tiempo con mi Oso antes de que este decida intentar tomar el control e ir tras ella él mismo.



Kiara

—Reindeer.

Nina Bear está parada frente a la puerta del apartamento de Ana con cara de malas pulgas. En cuanto la veo, me llevo las manos a la cara y suelto un gemido.

—El jodido muerto. —Recuerdo de súbito.

Con eso de haber encontrado de repente a un Alma Gemela que creía que no existía, se me había ido por completo de la cabeza.

—Sí, Reindeer. —Dice Nina en tono cabreado y sarcástico cruzando los musculosos brazos sobre el pecho. —El *jodido muerto*. Ese muerto del que se supone que ibas a encargarte. ¿Se puede saber qué diablos te ha-?

Bear se corta en ese momento y esnifa el aire antes de mirarme con incredulidad.

—¿Te has Emparejado? ¿Con un Polar? ¿Cuándo? ¿Cómo? —Suelta las preguntas una tras otra como balas llenas de sorpresa y entonces se interrumpe a sí misma y se frota la cara con expresión cansada. —Espera, no respondas a eso último. Ya sé cómo y no quiero oír nada explícito al respecto.

—Hola, Nina, buenos días. —Dice Ana a mis espaldas apareciendo en la puerta de entrada todavía con su bata y sus zapatillas de estar por casa. —Kiara, deja entrar a tu jefa. Voy a hacer café.

Sus ropas son muy de su estilo, con símbolos místicos y adornos con cuentas de cristal y, no sé por qué, también campanillas tintineantes, y decididamente demasiado coloridas y ruidosas para estas horas de la madrugada.

Apenas son las seis de la mañana, observo mirando el reloj de pared de Ana y dejando pasar a mi jefa, que mira a su alrededor con curiosidad y espera pacientemente a que yo la guíe hacia la cocina, a donde Ana ha desaparecido tras regañarme.

—Pasa. Es por aquí.

—Quiero una explicación, Reindeer. Una muy detallada. —Gruñe Nina cerrando la puerta de entrada y siguiéndome por el pasillo mientras mira las largas ramas de madera llenas de hierbas y flores secas que cuelgan del techo con curiosidad. —Desapareciste sin más ayer a mediodía después de que te mandara a donde los White a investigar lo del cuerpo, y te he estado llamando sin éxito hasta que me he dado por vencida y he localizado tu teléfono.

—Hey. —Me quejo.

Lo de localizar teléfonos móviles es algo que solo hacemos con permiso de un juez.

Algo decididamente no muy legal.

Nina encoge sus anchos hombros.

—Estaba preocupada cuando ni apareciste ni reportaste nada.

Su preocupación me conmueve. Sé que la he cagado con ella y que estoy tirando demasiado de la cuerda de su paciencia, que ya es bastante frágil de por sí cuando se trata de mí y de mis problemas, y espero poder arreglar las cosas.

—Lo siento. —Me disculpo indicándole que tome asiento en la otra silla disponible en la mesa de la cocina. —Surgieron otras cosas.

Nina alza una ceja con expresión de estar diciendo «¿en serio?» en tono sarcástico en su mente, y yo me ruborizo y carraspeo y aparto la mirada de la cara pecosa de mi jefa.

Ana está ocupada cantando mientras hace café y nos observa de reojo, seguramente preocupada por mí.

Pero a mí Nina no me preocupa.

Perro ladrador, poco mordedor, como quien dice.

A no ser que le toques a su Caidan o a su familia, en general es bastante tranquila a pesar de su fachada de Alfa dura y gruñona.

Su Lobo es su talón de Aquiles. Cualquier mención de él en un mal tono o en tono sexual donde ella pueda escucharlo y esa persona, agente o no, se convierte en la receptora de la ira de una Osa Alfa muy posesiva y sobreprotectora con lo que es suyo.

Le pasó a Jonah Redfox estando yo presente y el pobre acabó meándose encima cuando la Osa se le acercó con cara de querer matarlo allí mismo y con un aura asesina tan intensa que la gente de su alrededor entró en pánico, y todo tras haber hecho un comentario sobre lo mucho que le gustaría ver a Caidan Wolf desnudo en un calendario en tono lascivo.

El Zorro Rojo renunció ese mismo día, y nadie volvió a hablar una sola sílaba de Caidan Wolf en presencia de la jefa.

Lección aprendida.

—Explícate. —Ordena Bear agradeciendo el café de Ana, que llena una taza en forma de calabaza con la bebida humeante y se la tiende, antes de girarse hacia mí de nuevo esperando escucharme hablar.

Como ayer, no sé por dónde empezar. Así que lo hago desde el principio.

Desde que aparqué el coche frente a la casa de Keo.

Pensar en él hace que una urgencia todavía más intensa que hace unas horas renazca en mí.

Una compulsión que no sé si es algo que viene de mí o de nuestro vínculo.

Necesito verlo y necesito hacerlo pronto.

No sé si es ese lazo invisible que liga nuestras almas o soy yo, pero está empezando a no importarme en lo más mínimo.

Solo quiero que Keo esté a mi lado.

Poder tocarlo y olerlo y besarlo.

Me salto los detalles de nuestro Emparejamiento. Hay cosas que no quiero compartir con mi jefa, sin importar lo buena amiga que sea ésta.

Y estoy segura de que, siendo ella una Emparejada, imaginación no le falta al respecto tal y como ha comentado antes.

En cuanto termino con mi historia, Nina se bebe su café de un trago y deja la taza sobre la mesa antes de suspirar y frotarse el puente de la nariz con cara de estrés.

Yo remuevo mi café con leche y azúcar con unas gotas de vainilla y canela, que Ana siempre me hace, en mi taza amarilla con rosas rojas pintadas por mi hermana aquella vez que le dio por hacer cerámica.

Me gustan las cosas demasiado dulces, y mi hermana siempre me consiente cuando vengo a verla.

—Entiendo. —Dice finalmente cuando tanto Ana como yo habíamos abierto la boca para preguntar algo. Yo, si podía seguir con el caso. Ana, no lo sé, pero mi intuición me dice que es mejor no saberlo. —Tendré que darle el caso a Gertrude, entonces.

—¿Qué? —Me indigno. —No puedes hablar en serio. Gertrude no es una investigadora. No sabrá qué hacer con un caso así.

Mi parte racional comprende por qué ha tomado esa decisión; el resto de mí, no.

—Reindeer. —Nina alza una mano y pone fin a mi arrebato. —Yo estoy demasiado liada, si no de otro modo me encargaría de ello. Y tú estás demasiado envuelta con los White ahora mismo. No hay más que hablar. Gertrude ha trabajado en un caso parecido antes como mi asistente. Y yo la guiaré en lo que pueda.

Rechino los dientes, pero sé que ha tomado una decisión y que, como siempre, no la voy a hacer cambiar de idea discutiendo con ella.

Ha sido así desde que éramos crías.

Nadie le gana a Nina Bear en cuanto a tozudez se refiere.

Nadie excepto yo.

—Gertrude es una buena policía. —Interviene Ana dando un sorbo a su café con leche.

—No se trata de ser o no una buena poli, se trata de tener lo que hay que tener para ser una investigadora. De intuición. De experiencia. De todas esas cosas. —Digo con mala leche moviendo la cucharilla con demasiada fuerza y derramando algo de café con leche sobre el mantel de la mesa.

Ana chasquea la lengua con desaprobación y limpia el pequeño charco con su servilleta y yo me detengo y suspiro dándome por vencida.

Quizá sea lo mejor, me digo. Ahora mismo tengo demasiadas cosas en la cabeza como para centrarme en el caso.

Y todas ellas llevan el nombre de Keodron en ellas.

—Ni siquiera sabemos realmente si es asesinato o si se trata de una muerte accidental. Todo esto podría ser para nada. —Dice Nina.

Asiento en silencio. Tiene razón una vez más.

—Me alegra ver que lo aceptas con madurez.

Le dirijo una mirada airada a Nina por su palabras condescendientes, pero la Osa me ignora por completo y se levanta de su silla.

—Gracias por el café.

—¿Te vas ya? —Pregunta Ana dando un sorbo a su té con limón. —¿No quieres algo más para desayunar?

La Osa niega con la cabeza.

—Debo irme. Demasiadas cosas que hacer en la oficina hoy.

Sé que Nina odia estar encerrada en ese despacho tanto como lo odiaría yo y que por ello ha pospuesto todo lo que ha podido su nombramiento como Jefa de Policía de Green Valley, y no la envidia por las toneladas de papeleo y aburrimiento que le aguardan.

—Reindeer.

—¿Sí? —Responde Ana antes de que yo pueda hacerlo.

Nina abre la boca y tiene un momento de confusión antes de recordar que Ana también es una Reindeer y sonreír como disculpa.

—Kiara. —Se corrige la Osa. —No hace falta que vengas a trabajar. Tómate unos días para... sortear tus asuntos personales. —Carraspea. —Yo haré el papeleo necesario.

Abro la boca para protestar, pero Ana se me adelanta.

—Eso hará. Muchas gracias, Nina. Que tengas un buen día.

Mi hermana se levanta para acompañar a la Osa a la puerta y yo me quedo mirando el papel pintado de su cocina preguntándome por qué siento la urgencia de discutir con Bear a pesar de que sé que tiene razón y que lo hace por mi bien.

Quizá sea eso último: el que tome decisiones por mi bien.

Me hace sentir algo humillada el ser tratada como una niña que necesita cuidados especiales, aunque a veces sé que no soy todo lo madura que debería ser.

A pesar de que sé que Nina cuida de todos y cada uno de los agentes de policía que hay bajo su mando, siempre he sentido que era algo más controladora conmigo y ello me irrita.

Sé que lo hace porque somos amigas además de compañeras de trabajo y que es su manera, posesivos como lo son los Osos, de mostrarme su afecto, y que posiblemente a veces no se dé cuenta de ello de manera consciente, pero saberlo no evita que de vez en cuando, como ahora, me sienta irritada.

—No te enfades. Tiene razón y lo sabes. —Dice Ana recogiendo las tazas de la mesa.

—Déjalas y ahora friego yo. —Le digo levantándome con intención de quitárselas de las manos.

—Ah, no, de eso nada. Tú tienes algo que hacer, señorita. Puedo sentir toda esa energía nerviosa tuya en tu aura y me temo que, si no lo afrontas, ese *algo* va a acabar llamando a mi puerta tal y como lo acaba de hacer tu jefa.

Maldigo entre dientes porque sé que es cierto.

Noto a Keo cada vez más tenso y huraño y posesivo a través de nuestro vínculo y sé que no tardará en venir a buscarme a pesar de que ayer me dejó ir.

Aspiro una bocanada de aire y me centro de nuevo en intentar descubrir cómo me siento.

Nerviosa. Ansiosa. Deseosa. Excitada por volver a verlo.

Caliente, de solo pensar en tener al Oso entre mis piernas otra vez.

Posesiva, porque los Osos no son los únicos que pueden sentirse así.

Quiero verlo. Acariciarlo. Marcarlo como mío.

Con mi olor y mi alma misma.

Maldita sea.

El Oso ya está en mi sistema.

En tan solo unas horas, se ha convertido en parte de mí, y me conozco lo suficiente como para saber que no voy a poder seguir negando que él es lo que quiero por mucho tiempo más.

—Ve con cuidado. Quién sabe si el asesino anda todavía suelto por ahí. —Me dice Ana en cuanto me ve poniéndome la chaqueta prestada.

Pongo los ojos en blanco y evito decir nada.

La chaqueta es verde y de terciopelo y muy suya pero es una de las pocas cosas tuyas que me viene, dado que Ana es más curvilínea que yo.

Y de todas formas todas sus ropas son parecidas: coloridas y étnicas y de estilo bohemio.

Yo me detengo antes de abrocharme los botones sobre la camisa con volantes. La única de su

armario que no era colorida y no tenía estampados.

Me viene algo grande, pero se lleva la moda *oversize* así que no me queda tan mal.

La falda, por otro lado... baste decir que no es mi estilo. Y además la llevo atada con un cinturón para que no se me caiga ya que Ana gasta varias tallas más que yo.

Por suerte, gastamos la misma talla de zapatos y mi hermana tenía un par de deportivas de cuando le dio por ir al gimnasio, así que al menos en eso me siento un poco más yo.

—No te preocupes. Soy policía, Ana. En el caso de que haya un asesino realmente suelto por ahí, sé cómo defenderme.

—Por eso mismo me preocupo. —Me responde dándome un abrazo rápido. —Siempre te metes en líos.

Suelto un bufido.

Ella siempre se mete en más líos que yo a pesar de mi trabajo. Es una especie de don que tiene: siempre que hay un problema, ella está envuelta de algún modo sin pretenderlo.

—Y cuéntame qué tal te va con ese Oso. —Dice ignorando mi bufido. —Llámame si necesitas cualquier cosa, ¿vale? Llevaré el teléfono encima. Te quiero.

—Lo sé. —Respondo devolviéndole el abrazo. —Yo también te quiero. Te llamo luego.

—Hazlo. —Me advierte siguiéndome hasta la puerta. —Y mándame una foto de tu Emparejado. Es un hombre tan misterioso. Creo que nunca lo he visto en persona.

Me río y asiento.

—Le pediré que pose para ti.

—Y que venga un día a cenar también. Dile eso. Que quiero conocerlo.

—Lo haré. —Le digo abriendo la puerta de entrada.

Ana se queda parada en el marco mientras me ve bajar las escaleras.

—¡Y acuérdate de decírselo tú a mamá! —La escucho gritar cuando ya voy por el segundo piso.

Su voz hace eco en el patio y yo me detengo y maldigo de nuevo.

Mi madre. Y mis hermanas. Y Bert y papá y el resto.

Joder.

Acelero mis zancadas.

Espero poder llegar a Keo antes de que ellos lo hagan.

Tengo cuarenta y tres llamadas perdidas de mamá y doce de la abuela.

Y muchas otras más de muchos otros miembros de mi familia, así como notificaciones de la única Red Social en la que estoy presente porque Ana me obligó a hacerme una cuenta para poder etiquetarme en sorteos que siempre intenta ganar a pesar de que nunca lo logra.

Si ello no es señal de que se han enterado de que algo ocurre conmigo, me comeré el maldito aparato.

Recuerdo a los mirones de ayer y a lo evidente que era que yo acababa de Emparejarme.

Mierda.

Seguramente mamá ya lo sabe.

En Green Valley los rumores viajan más rápido que la luz.

Solo espero que no sepa que mi Emparejado es Keo y que no se haya presentado en la casa de los Polares sin previo aviso para conocerlo.

Mamá es capaz de eso y más.

Conduzco más rápido de lo que lo he hecho en mucho tiempo y tardo menos de lo que debería en llegar al límite del territorio Polar y, en cuanto me acerco a la entrada (con el corazón acelerado por los recuerdos del día anterior y la esperanza de ver a Keo de nuevo), sé que mis predicciones son ciertas.

El coche de papá está aparcado en el camino.

Lo que significa que, o bien mamá ha venido sola, o bien papá se ha saltado el trabajo para venir con ella.

Ambas opciones son horribles pero la segunda al menos sería un poco menos terrible, dado que papá suele ser, a veces, la voz más moderada de los dos.

Hugo y Janet Reindeer han criado a siete hijas y un hijo y visto crecer a más de una veintena de nietos y nietas, y nunca nadie de la familia, ni siquiera nuestros Alfas (hermana y cuñado de mi madre), son capaces de pararles los pies.

Ni la vergüenza tampoco.

No debería haber huido de mi propio Compañero como la cobarde que soy, me maldigo en silencio.

Le debo a Keo una disculpa y una explicación.

Para los Cambiantes, el encontrar a un Predestinado es algo muy grande y muy esperado, y el Emparejarse más todavía, y hay ciertas cosas que se esperan de una Pareja una vez hay un vínculo entre ambos.

Lo sé, porque yo, a pesar de ser una Recesiva, me he criado como Cambiante en una familia enteramente, a excepción de mi sobrina Adele, compuesta por otros Cambiantes; algunos de los cuales, como mis padres, bastante tradicionales con estas cosas.

Se supone que, cuando te Emparejas, y más con un Alfa, pasas a formar parte del Clan de dicho Alfa.

Que empezáis de inmediato una vida juntos.

Que pasáis tiempo, en una especie de luna de miel, conociéndoos tras Emparejaros (y no antes, como es común entre los humanos, muchos de los cuales carecen de Alma Gemela).

Hay una serie de expectativas con las que todo Cambiante ha crecido y que son parte de nuestra cultura y nuestra manera de entender la vida.

Expectativas que yo he volado por los aires al marcharme de la casa de mi Emparejado y dejarlo a él atrás sin muchas explicaciones.

Y mi madre no va a entender eso.

No va a comprender que yo tenga, o haya tenido, dudas. O miedos. O ansiedades.

O que haya dejado a Keo para ir a ver a Ana tras una crisis de pánico.

Ella siguió el camino que muchos Cambiantes consideran correcto: conoció a mi padre, se Emparejó con él ese mismo día, y desde entonces han estado juntos cada segundo de sus vidas.

Solo se separan cuando mi padre va a trabajar y ella se queda en casa o acude a una de sus clases de pintura o de yoga o de ballet.

Ambos son lo que se puede llamar una Pareja típica de Cambiantes en el sentido de que no se han separado ni una sola vez desde que se encontraron.

Y eso es algo que mi madre espera de cada una de sus hijas. E incluso de Bert, mi hermano, al que consideramos Perdido y Feral durante tantos años y que volvió a casa finalmente alegrándonos a todos.

Y Emparejado. De una Pantera, Karen, de la que nunca se separa para deleite de mi madre.

—Mi señora, la estábamos esperando.

Hay un macho de Zorro Blanco, creo que es, esperándome cuando bajo del coche, justo en frente de las estatuas de Osos Polares que marcan el inicio del jardín delantero de la inmensa propiedad de los White.

A unos metros más allá, sobre una colina, se levanta la enorme casa de piedra con torretas que más parece un castillo medieval que una casa propiamente dicha.

—Mi nuevo hogar, pienso tragando saliva.

No es que vaya a echar de menos mi pequeño y horrible apartamento, en el que paso poco tiempo y solo para dormir cuando no estoy en casa de Ana, pero ciertamente jamás me habría imaginado viviendo en un castillo.

—Gracias. Eh...

—Harold, mi señora. —El macho, definitivamente Zorro Blanco, por el olor, inclina su cuerpo en una breve reverencia. Parece contento de verme y ello me confunde un poco. —Soy el mayordomo.

—Ah. Encantada. Soy Kiara.

Un mayordomo.

Un maldito mayordomo.

Ni siquiera sabía que seguían existiendo.

Siempre pensé que era un trabajo extinto. Una de esas profesiones que se habían hecho obsoletas.

Ahora veo que me equivocaba.

—Mi señora Kiara.

—Solo Kiara. —Interrumpo.

Eso de «mi señora» me resulta muy extraño y me está poniendo un poco de los nervios.

El hombre me ignora por completo como si yo no hubiera hablado en absoluto.

—Si mi señora me lo permite. —Dice poniendo énfasis en el «mi señora». —Mi señor Keodron la está esperando junto a sus padres en la sala de estar.

Se me hace un nudo en el estómago de la ansiedad.

Espero que mi madre no haya dicho, o hecho, nada que me avergüence.

A mí o a Keo.

Janet Reindeer no conoce las palabras «límites» o «privacidad» cuando se trata de sus hijos o nietos.

El mayordomo me guía hasta la casa, y de ahí hacia la derecha tras cruzar el hall de entrada, hasta un par de puertas dobles de madera oscura que abre tras llamar a la puerta con golpecitos delicados y ensayados.

—Mi señora Kiara ha llegado, mi señor Keodron. —Anuncia a la sala haciendo una reverencia antes de dejarme entrar y cerrar las puertas tras de mí una vez he dado un paso en el interior.

—¡Kiara, cariño! —Me sonrío mi madre con alegría. —Te estábamos esperando.

—Llegas tarde, niña. ¿Dónde has estado y por qué llevas las ropas de Anastasia puestas?

Gimo internamente y coloco una sonrisa automática en mi rostro.

Es peor de lo que me imaginaba.

Papá y ella han traído a la abuela Agnes consigo.

A sus ciento siete años de edad, la abuela Reindeer, madre de mi madre, es una mujer de armas tomar en la cúspide de su salud que ya ha sido bisabuela varias veces y que escucha solo a su Emparejado, que por desgracia ahora mismo no está presente.

Y además la abuela tiene todavía menos pelos en la lengua que mi madre.

Y eso ya es decir mucho.

—Abuela. —Saludo depositando un beso en su mejilla empolvada. —Mamá. Papá. —Digo todavía con la sonrisa puesta en la cara y trago saliva antes de girarme hacia mi Compañero. —Keo. Hola.

El Alfa Polar me saluda con un cabeceo.

Sus pálidos ojos azules no se alejan de mí y siento que su intensa mirada penetra bajo mi piel hasta tocar mi misma alma. Su mente acaricia la mía y me estremezco de manera visible.

Sé que él se está conteniendo para no abalanzarse sobre mí.

Lo noto en su aura. En la tensión de sus músculos. En su mirada.

En su alma, que hace arder la mía con su tacto.

Puedo oír los pesados latidos de su corazón y sentir el calor que emana de él.

—Vamos. Vamos. —La voz de la abuela me sobresalta y hace que de súbito recuerde que Keo y yo no estamos solos en la habitación. Es como si él hubiera absorbido toda mi atención con su mera presencia. —Que hay gente presente. No os pongáis a hacer travesuras hasta que nos hayamos ido. —Dice la abuela guiñando un ojo delineado de azul eléctrico.

Como siempre, su maquillaje, su peinado de cuidados rizos, y su ropa, está perfectamente elegido.

Siempre ha sido una mujer elegante.

—Le estaba diciendo aquí a Keo que tú siempre has sido muy fértil, ¿verdad, hija? Suelen ovular más de lo habitual. —Me quedo con la boca abierta ante las palabras de mi madre. Horrorizada. No me puedo creer que le haya hablado a mi Emparejado de mi ovulación y mi fertilidad. Y, al mismo tiempo, puedo creérmelo perfectamente dado que se trata de mi madre. —Cuando era joven sangraba tanto que me preocupé y la llevé al médico y el doctor Pratesh, ¿te acuerdas del doctor, Kiara? Qué hombre tan agradable, es una pena que se haya jubilado. —Mi madre no espera a que yo recobre el habla para responder antes de proseguir. —Le hizo unas pruebas y nos dijo que ella a veces producía dos óvulos en vez de uno. ¿No es eso curioso?

—Kiara, deja de estar ahí parada como una tonta y toma asiento junto a tu Compañero. —Me ordena la abuela. —Y cierra la boca que pareces idiota con esa cara.

—¡Mamá! —Exclamo con retraso e ignorando las palabras de mi abuela una vez recuperada el habla tras el shock y la vergüenza. —No puedo creer que le hayas hablado a Keo de mi ovulación.

Si el tono es histérico, es porque en esos momentos me siento histérica.

—Kiara, te he dicho que tomes asiento ahora mismo, que pareces un espantapájaros ahí de pie en mitad de la habitación.

—Obedece a tu abuela, Kiara, dulzura. Y deja de ser tan dramática. Es tu Compañero, esas cosas las va a saber tarde o temprano. —Dice mi madre tan tranquila, ignorando mis quejas y llevándose la taza de té a los labios pintados de rosa.

Me siento antes de que la abuela decida golpearme con su bolso si la ignoro una vez más y me cubro la cara con las manos.

Estoy tan avergonzada que hasta se me olvida lo excitada que estoy y la ansiosa anticipación de volver a ver a mi Predestinado.

No puedo creérmelo todavía.

Mi madre se ha pasado de la raya.

Por suerte, Keo no dice nada que empeore las cosas.

Creo que el pobre está tan en shock como yo.

Hasta ha dejado de mirarme sin parpadear.

—Es una chica un poco cabezota, pero creo que haréis buena Pareja. Y, por supuesto, ahora que mi niña va a ser una Alfa habrá que hablar de un pacto entre nuestras familias. Aunque Kiara cambie de Clan, seguirá siendo una Reindeer, como espero que comprendas, jovencito. —Añade la abuela Agnes, tan autoritativa como siempre.

Miro a mi padre con súplica en los ojos, pero está muy ocupado observando las tallas del reposabrazos de madera de caoba del sillón en el que está sentado.

O se siente realmente fascinado por ellas o está ignorando la escena para no verse involucrado, con él a veces es difícil saberlo.

—Magnífico trabajo, Keo, hijo. Tienes que darme el nombre de tu decorador.

—Lo hizo mi padre a mano. Le gusta la carpintería. —Es lo primero que dice mi Compañero desde que he entrado en la habitación, y su voz profunda y ronca hace contraste con las voces más chillonas de mi familia y hace que la piel se me ponga de gallina y el estómago se me calde.

—Vaya, qué hombre tan lleno de talento. Una pena que no sea un Alfa. Pero supongo que debe estar contento de que su hijo lo sea.

—Mamá. —Siseo entre dientes muerta de la vergüenza una vez más.

Por todos los malditos Espíritus, ojalá deje de hablar ya.

—No he dicho nada malo. —Mi madre alza los hombros en pie de guerra, ofendida por el tono de regaño de mi voz. —Tan solo he comentado que es una pena que el macho no sea Alfa, eso es todo.

—Y que tiene mucho talento. —Añade mi padre, intentando ayudar y no ayudando en absoluto, como suele hacer.

Me levanto de un salto, dispuesta a no soportar ni un segundo más.

—Tenéis que marcharos. —Digo sin preámbulos. —Ahora mismo.

—Pero bueno, Kiara, ¿desde cuando te has vuelto tan maleducada hacia tus mayores? —Se indigna mi abuela.

—Papá. —Me giro en pie de guerra, enfadada y avergonzada por la conducta de mi familia. —Tenéis que iros ya.

—Oh, bueno. —Farfulla mi padre sin saber qué decir. —Si Kiara dice que tenemos que irnos...

—De eso nada. Todavía tengo que conocer a nuestro nuevo yerno un poco más. Estoy segura de que a Keo no le importará que nos quedemos a comer, y así de paso podrá enseñarnos la casa y presentarnos al resto del Clan. —Dice mi abuela con firmeza, dispuesta a no tomarme en cuenta de nuevo.

—¡Oh, me encantaría ver la casa! Siempre ha sido un lugar tan misterioso. —Añade mi madre en tono alegre.

—Lo lamento. —Interrumpe Keo justo cuando iba a perder los nervios e intentar echar a mi familia de nuevo. —Pero su hija y yo hoy tenemos... asuntos, que atender. Tal vez otro día podríamos concertar una visita de manera apropiada.

Lo dice con un tono de voz impersonal y ronco, pero mi familia (y yo), no tarda en sacar conclusiones.

Mi abuela se echa a reír, mi madre se cubre la boca con la mano, y mi padre se ruboriza hasta las cejas.

—Vaya. —Responde mi padre levantándose a toda prisa con la cara cada vez más enrojecida. —Ya veo. Qué desconsiderado por nuestra parte, interrumpir así la luna de miel de una Pareja recién Emparejada. Vamos, queridas, dejemos a los jóvenes solos. Seguro que tienen mucho que...

Ahh... Hablar.

Coge del brazo a mi madre y la obliga a levantarse, y ambos desaparecen tras abrir las puertas como si el mundo fuera a acabarse si no salen huyendo de la habitación.

Puedo escuchar a mi madre quejarse con su voz haciendo eco en el hall.

—Estos dos tontos se han olvidado de mí. —Dice la abuela soltando un bufido. —Y tú. —Se gira y me señala con un largo dedo de manicura perfecta. —No sé qué andas haciendo, pero será mejor que pongas este Emparejamiento en orden. Y quítate las ropas de tu hermana. Te sientan fatal.

Dicho lo cual se levanta con el ademán de una reina y sigue a su hija y a su yerno fuera de la casa sin despedirse.

En cuanto se marchan, hundo la cabeza en las manos y gimo, incapaz de afrontar la mirada de Keo en estos momentos.

—Ahora ya sabes en qué lío te has metido al Emparejarte conmigo. —Murmullo.

La respiración se me atasca en los pulmones cuando siento su mano en mi espalda.

Su calor atraviesa las capas de ropa como si nada, y la piel vuelve a erizarse como si una corriente eléctrica la estuviera recorriendo.

Es curioso cómo un solo gesto suyo puede hacer que mi cuerpo cobre vida y cante solo para él.

Nuestras pieles ni siquiera han hecho contacto, pero mi sexo ya está húmedo y listo para recibirle.

—Puedo lidiar con tu familia y sus... peculiaridades. —Me dice con esa voz suya que me vuelve loca de deseo. —Pero no contigo marchándote de nuevo.

Trago saliva, emocionada.

Sé que lo dice en serio.

Que a pesar de todo me quiere aquí, con él.

En ese momento, tomo una decisión que cambiará de nuevo el curso de mi vida.

Escojo afrontar mis miedos de frente y creer que este Emparejamiento, este Destino que nos ha unido, es una bendición para mí.

Un regalo.

Y una parte de mí se relaja. Se alivia.

Como si mi alma estuviese suspirando.

—No me iré de nuevo. —Prometo con cada fibra de mi ser. —A no ser que quieras que me marche.

—Nunca, Compañera. —Dice él quitándome las manos del rostro para mirarme directamente a los ojos. —No te marcharás jamás.

Su mirada me consume como siempre lo hace y el tacto de sus manos sobre la piel de las mías da inicio a un fuego que reconozco.

Un fuego que abrazo y alimento y que dejo que recorra cada ápice de mí sin ofrecer resistencia.

—Jamás. —Repito mi juramento. —Jamás.

Su beso sabe a promesas. A hogar.

A eternidad.

Y sé en mi corazón que he tomado la decisión correcta al volver a él.



Keo

Su boca sabe a café y su cuerpo pegado al mío se siente como el paraíso.

Mi Oso por fin está en paz. Ha dejado de luchar contra mi lado humano ahora que la tengo en mis brazos.

Envuelvo a mi Kiara en mi presencia. En mi aroma. Mi calor. Mi espíritu y mi aura.

Hasta que ella se relaja contra mí y sus miedos y dudas y ansiedades van poco a poco desapareciendo.

Fundiéndose y volviéndose cenizas en el fuego que nos consume.

Le hago el amor con más cuidado esta vez.

Quiero que sienta y recuerde segundo a segundo este momento.

Que, cuando me mire, recuerde mis besos y caricias. Mi tacto y mi sabor.

La sensación de tenerme en su interior.

Cuando los últimos vestigios del placer se desvanecen dejando paso al letargo, allí tendidos sobre la alfombra frente a la chimenea de la sala de estar, la abrazo contra mi pecho y deseo que el momento no termine nunca, pero, por supuesto, la vida no permite que los sueños se hagan realidad.

No con facilidad.

—Mi señor Keodron. —Harold llama a la puerta y no se altera cuando escucha mi gruñido de enfado en respuesta. Me conoce demasiado como para asustarse de mí. —Lamento interrumpir, pero hay una policía en la entrada que clama haber sido enviada por la Alfa de los Osos Pardos a investigar lo del cadáver que encontramos entre las rosas.

Mi Kiara se tensa a mi lado y sus ojos pierden ese brillo adormecido y relajado que tenían momentos antes.

Incorporándose, recoge sus ropas a toda prisa y se las pone.

—Salimos enseguida. —Le dice a Harold.

A mí me importa bien poco todo el asunto del cadáver en estos momentos.

Lo que quiero es quedarme aquí con ella o, mejor aún, llevármela al dormitorio y pasar allí los días hasta que nos veamos obligados a salir.

Pero mi Compañera, al parecer, tiene otras ideas.

Harold se aleja murmurando quejas entre dientes, y mi Kiara se gira hacia mí y me tiende mis ropas.

—Debe ser mi hermana Gertrude. Tengo que hablar con ella. Vamos.

Soltando un suspiro de derrota, me visto mientras ella me observa de manera impaciente y me deleito en cómo sus ojos vagan por mi cuerpo contra su voluntad.

Mi obstinada Compañera.

Podríamos estar disfrutando del día, pero sin embargo aquí estamos: sin hablar de todas esas cosas que tenemos que hablar y caminando hacia la entrada de la casa para hablar con su hermana, otra policía.

—Trude. —Saluda mi Predestinada a una hembra de Reno de unos sesenta y pocos años con el pelo rojo como el fuego y los ojos verdes casi idénticos a los suyos.

—Hola, cariño. Felicidades por tu Emparejamiento. —Dice la mujer, sonriendo y ajustándose la chaqueta del uniforme de policía antes de abrazarla y sonreírme luego a mí tendiéndome una mano que cojo con una de las mías.

Es pequeña y cálida.

—Gracias. —Responde mi Compañera, evidentemente impaciente por pasar las formalidades y meterse de lleno en lo que quiera que le interese. —Escucha, Trude. Sé que Nina te ha enviado para investigar lo del humano fallecido, pero me gustaría poder participar en el caso...

La mujer, Gertrude, gira la cabeza hacia su hermana de nuevo y deja de sonreírme embobada torciendo el cuello para poder mirarme al rostro como estaba haciendo.

Yo permanezco en silencio con el intercambio, interesado y curioso por el tipo de relaciones que mi Emparejada mantiene con su famoso y extenso Clan.

Incluso nosotros, aquí arriba y tan aislados como lo estamos, hemos oído hablar del Clan de los Renos.

Son, según rumores, peculiares, numerosos, algo excéntricos y muy ruidosos y entrometidos.

Rumores que he podido confirmar tras conocer a varios de ellos estos últimos días.

—Nina me ha dicho que no te estaba permitido participar. —Dice la Reno en tono de disculpa. —Lo siento, Kiara, pero tendrás que dejar que yo lleve el caso. Créeme, me hace tanta gracia como a ti. Prefiero la mediación en disputas vecinales a tener que lidiar con un muerto.

Casi puedo escuchar a mi Compañera rechinar los dientes y ello me hace sonreír. Mujer orgullosa y testaruda.

Definitivamente perfecta.

Hecha de fuego y orgullo.

Y no la tendría de ninguna otra forma.

—No digo que vaya a intervenir directamente en el caso. —Dice Kiara haciendo un esfuerzo evidente por ser, o parecer, colaborativa. —Tan solo que, tal vez, pueda echarle una mano. Como una acompañante. —Se apresura a añadir. —Una seguidora, pero en segundo plano.

Está claro que quiere participar en el caso, aunque para mí ya ni hay caso ni hay misterio después de haber hablado con el tío Taero y haberle extraído la verdad sobre su amiguito.

No me gusta compartir la privacidad de mi Clan con extraños por muy familia de mi Compañera que sean dichos extraños, así que prefiero esperar a estar a solas con mi Kiara para comentárselo.

La hembra de Reno suspira y pone los ojos en blanco.

—Y supongo que querrás que deje tu ayuda fuera de mi informe, ¿verdad que sí?

Kiara sonríe y se relaja como una cazadora que ha olido la victoria.

—No habría necesidad de mencionarme. Al fin y al cabo tan solo estaría de ayudante.

Me hace mucha gracia ver su satisfacción.

Me hace querer besar esa expresión, esa sonrisilla satisfecha, hasta que le falte el aliento y su cuerpo sea llamas contra el mío de nuevo.

Mi Compañera es atractiva, pero lo es todavía más cuando sonríe, incluso aunque sea una sonrisa ufana y arrogante de alguien que acaba de salirse con la suya.

—Muy bien. —Accede la Reno dándose por vencida. —Pero no pienso ser yo quién se enfrente a Bear si ella se entera, ¿me oyes?

—Perfectamente.

Kiara se gira hacia mí, todavía sonriente.

—¿Dónde está el cadáver? —Me pregunta.

Gertrude carraspea y mi Emparejada da un paso atrás como si acabara de acordarse de que se supone que su hermana es quién debe realmente llevar la voz cantante en el caso, pero ésta solo niega con la cabeza de manera exasperada y vuelve a suspirar cruzándose de brazos.

—Lo siento, Trude.

—Como si eso fuese a impedirte no entrometerte en el caso. Ja. —Responde la hembra de Reno en tono seco. —¿Y bien, míster White? ¿Dónde está el cuerpo?

—Lo hemos metido en el congelador grande del sótano.

Harold no está nada contento con ello y más de una vez ha insistido en que tendremos que contratar a alguien para que nos limpie e higienice el congelador en el que solemos almacenar las cazas y alimentos que usamos a lo largo del mes, pero tenerlo fuera pudriéndose no era una opción por ahora hasta que supiéramos más sobre el tema.

—Uh. —Dice la hembra de Reno arrugando la nariz. —Suena a película de terror.

—¿Y la escena del crimen?

—Todavía no sabemos si es un crimen. —Aplaca Gertrude.

Kiara se corrige y, durante unos segundos, me pierdo en la belleza de sus ojos y apenas escucho sus preguntas.

—Keo. —Me llama ella sacándome de mi ensimismamiento tras apoyar una de sus pequeñas y suaves manos sobre mi pecho. —¿La escena?

—El invernadero de las rosas.

Las llevo hasta uno de los invernaderos favoritos de mi madre y les enseño el lugar en el que apareció Craig, el muerto. Aunque no va a servir de mucho para deducir nada.

Tras un rato de verlas observar el sitio, hacer fotos, y recoger muestras de tierra por algún motivo que desconozco, me piden que las lleve al bosque y que las ayude a seguir el rastro, ya que el terreno de mi familia es bastante accidentado y traicionero para quién no es del Clan.

Estoy empezando a sentirme algo culpable de no decirle a mi Compañera lo que sé del «caso», como lo llama ella, pero Gertrude todavía no se marcha, y mi Kiara parece tan entusiasmada y volcada en resolver el misterio que me cuesta interrumpirla.

Y, además, esto me ofrece una faceta de ella, nueva y maravillosa como toda ella, que desconocía sobre mi Kiara.

Poco a poco, voy resolviendo el misterio que es mi Predestinada. Y cuanto más veo de ella, más me gusta como hembra y como Compañera.

Al final, Gertrude se marcha tras echar un vistazo rápido y evidentemente a desgana del cuerpo de Craig y decirnos que vendrá un equipo más tarde a recoger el cuerpo, y que dado que no hay muchas muertes o asesinatos en Green Valley arreglar el que un servicio funerario subiese hasta aquí ha sido un poco difícil, y Kiara y yo nos quedamos por fin a solas en la entrada de la casa.

Mi Predestinada está pensativa y yo la observo darle vueltas al rompecabezas hasta que eleva la mirada y me mira con los ojos entrecerrados de la sospecha una vez el coche de policía de su hermana ya no se ve al final del camino.

—Sabes algo que me estás ocultando. —Afirma sin dejar lugar a dudas y con un deje de enfado en la voz.

—Paz, Compañera. —Le digo calmadamente. —Hay cosas que no deseo compartir con extraños, y esperaba que estuviéramos solos para poder hablar contigo.

Ella me mira unos segundos más y siento su alma contra la mía, cosa que me hace sonreír por lo obstinada que es, pero finalmente se relaja y asiente de manera comprensiva.

—Muy bien, lo entiendo. Polares y sus secretos y todo eso. Pero vas a tener que decírmelo *a mí*.

Suspiro.

—Ven. —Le ofrezco mi mano y me complace que ella la tome sin dudar. —Te llevaré a conocer a la última pieza de este rompecabezas.

Mi tío Taero sigue encerrado en su vieja habitación, y mi hermano Aros y mi padre se han estado turnando para mantenerlo a raya.

Es hora de que mi Compañera conozca lo mejor, y lo peor, del Clan de los Osos Polares.



Kiara

Keo me tiene intrigada.

El Alfa Polar me conduce de nuevo a la casa y, de ahí, a las escaleras que llevan al piso superior, desviándonos luego por un largo y ancho pasillo a la derecha y subiendo otro tramo de escaleras de piedra adornadas con una alfombra azul medianoche.

Al final del pasillo que se puede ver una vez llegamos al rellano, hay un par de dobles puertas de caoba y, frente a éstas, un alto macho de Oso Polar que está evidentemente relacionado con Keo por su aspecto y tamaño.

No es tan inmenso como mi Compañero, que alcanzará fácilmente los dos metros de altura, pero empuñaría a cualquier otro macho, Cambiante o humano, que he visto antes jamás.

Y además su cabello también es largo y blanco y está adornado con las trenzas tradicionales de su Clan.

—Mi hermano, Aros. —Señala Keo llevándose una mano al pecho a modo de saludo.

Saludo al macho Polar del mismo modo, que me guiña un ojo azul oscuro y me sonríe de manera amigable, y pienso que estoy descubriendo que mi Compañero no es un hombre de muchas palabras.

Taciturno y honorable son palabras que definen muy bien a este macho mío.

—Bienvenida al Clan. —Me dice el hermano de mi Predestinado en tono agradable. —Un placer conocerte por fin de manera apropiada.

—Encantada. —Le digo a Aros cuando éste se hace a un lado para dejarnos entrar en la habitación. —Y mis disculpas por lo de ayer.

Él se ríe y yo decido en ese momento que este macho me gusta bastante y que llegaremos a ser buenos amigos.

—No te disculpes, mi hermano puede ser un poco.... Intenso, para cualquiera. —Se ríe entre dientes.

Keo frunce el ceño.

—Aros. —Le dice en tono de advertencia.

—Mi Emparejada y mi hija están ilusionadas por conocerte. ¿Cenarás aquí esta noche? —Pregunta el Oso ignorando a su hermano y Alfa.

Yo me detengo con la mano en el manillar de la puerta, incapaz de contener más mi curiosidad, y miro a Keo de reojo mordéndome los labios.

Mi Oso está tenso y espera mi respuesta con los ojos serios y sin mirarme.

Mi mano sigue aferrada a la suya desde que me la ha ofrecido y soy incapaz de soltarme.

—Si os parece bien....

Keo se relaja de manera visible.

—Por supuesto. —Responde Aros. —Esta es ahora también tu casa.

—Gracias. —Todavía tardaré un tiempo en acostumbrarme del todo a la idea.

Incluso tras haber decidido que quiero quedarme junto a Keo e intentar que esto del Emparejamiento sea algo hermoso que forme parte de mi vida, todavía se me hace un poco inverosímil eso de súbitamente tener un Alma Gemela que no es ni un sueño ni un concepto, sino un macho de carne y hueso con sus expectativas y sus sueños y sus anhelos propios.

—¿Está despierto? —Pregunta mi Keo a Aros.

El macho Polar asiente y se cruza de brazos, y toda la jovialidad de momentos antes desaparece de su semblante.

—Sí. Y no ha dejado de intentar salir cada dos por tres.

Keo suelta un gruñido enfadado y frunce el ceño con fuerza y yo me pregunto quién será este alguien para que mi Predestinado se altere tanto y de manera tan personal.

—Vamos a entrar a verlo, mantén la puerta vigilada por si acaso. —Ordena el Alfa, y Aros asiente con expresión seria.

Cuando entramos en la habitación, estoy tan llena de curiosidad, tanto personal como profesional, que me late el corazón a mil por hora.

Lo que veo me deja asombrada.

Es un dormitorio.

Es enorme y está decorado en tonos verdes y azules con varias zonas diferenciadas: una zona de estar con dos amplios sillones orejeros tapizados de terciopelo con estampado de Fleur de Lys frente a la chimenea a la derecha; una zona de despacho con un amplio escritorio de caoba al lado de unos ventanales que cubren toda la pared de la izquierda; y una gran cama con postes de madera tallada frente a la puerta.

Es un dormitorio suntuoso y lujoso.

Y está destrozado.

Las sábanas están rasgadas y la mayoría desperdigadas por el suelo; las alfombras manchadas; el escritorio volcado en el suelo con todos sus contenidos desperdigados y una de sus patas quebradas; la tapicería de los sillones hecha trizas....

Sea lo que sea lo que ha ocurrido aquí, está claro que ha sido algo violento.

—Has vuelto. —La voz es un siseo sibilante y lleno de rabia y malicia.

Me sobresalto y miro hacia la cama, donde hay un hombre sentado que observa a mi Emparejado con odio en los ojos.

Es tan enjuto y delgado que lo había pasado por alto.

Tiene el pelo rubio pálido, los ojos oscuros y una barba rala y sucia llena de hebras grises.

—Tío Taero. —Saluda mi Keo sin inmutarse a pesar del aborrecimiento evidente en los ojos del otro macho.

Un Cambiante de Zorro Blanco, me dicen mis sentidos, agudizados desde mi Emparejamiento.

—¿Quién es la puta?

Keo se tensa y suelta un rugido airado de advertencia y el macho de Zorro da un chillido de pánico y se esconde bajo las sábanas destrozadas que todavía quedan sobre la cama soltando gemidos de pavor de vez en cuando.

—Keo. —Inquiero con confusión y sintiendo compasión por el hombre que está evidentemente en mal estado, a pesar de sus insultos. —¿Este es tu tío?

Mi macho asiente y el Zorro empieza a sisear insultos y vejaciones entre gemido y gemido como si estuviera hablando con alguien invisible y respondiéndose a sí mismo en otro tono de voz segundos después.

Su actitud y su aspecto, me doy cuenta de pronto, me recuerdan al Gollum de El Señor de los Anillos.

Esa criatura tan loca y tan horrible por la que suelo sentir una compasión tremenda cuando veo las películas o leo los libros.

—¿Qué es lo que le ocurre?

Keo pone cara de resignación.

—Mi tío solía ser ludópata y, al parecer, mientras estaba fuera de la ciudad decidió sumar a sus persistentes problemas y a su camino imparable hacia la autodestrucción la adicción a una nueva droga que causa alucinaciones.

Ello me asombra. Los Cambiantes no somos muy dados en general a las drogas, y mucho menos las duras.

Muchas veces debido a que nuestro metabolismo y nuestra capacidad regenerativa, tan diferentes de las humanas, nos produce un dolor y un malestar horrendo cuando consumimos sustancias alucinógenas o fármacos demasiado potentes.

Por ello existen los medicamentos y médicos especializados para Cambiantes. Nuestras tolerancias son diferentes a las humanas, y también lo es el cómo nos afectan las sustancias, legales o ilegales.

—No lo comprendo, ¿qué tiene esto que ver con el caso?

Me sobresalto cuando el Zorro deja salir un aullido y luego se pone a gritar como si estuviera poseído por un espíritu de la rabia, totalmente ido e incoherente.

—Ven. —Me dice Keo tirando de mi mano y saliendo de la habitación. —Te lo explicaré.

—Keo, este hombre necesita atención médica urgente. —Le digo, preocupada, una vez estamos fuera del dormitorio.

—Ya la tiene. —Me responde él. —Hay dos médicos profesionales del Clan y una Agrádt encargándose de él. Por ahora lo único que podemos hacer es esperar a que la droga deje su sistema.

Su voz suena agotada y resignada y, cuando echo un vistazo a Aros, éste vuelve a tener una expresión oscura e ilegible en el rostro, pero aún así me sonrío unos segundos antes de volver a su posición frente a la puerta mientras nos alejamos.

Keo me lleva a una habitación en el piso de abajo.

La misma salita en la que hemos hecho el amor horas antes, y el recordarlo me llena de calidez.

Alguien ha limpiado y aireado el lugar, pero nuestro olor entremezclado, aunque ligero y apenas perceptible, todavía permea el aire.

Nos sentamos en el sofá en e que mi madre y mi abuela se han sentado horas atrás y espero con impaciencia a que mi serio y sereno Emparejado decida compartir el misterio de su tío conmigo.

Sé que debe ser duro para él y no quiero presionarlo más y empeorarlo.

—La droga se llama Paradiso. —Me dice, y yo cierro los ojos y suelto un gemido frustrado.

La conozco.

No es la primera vez que me la encuentro, pero sí es la primera vez que sé de algún caso aquí en Green Valley.

La droga no es común porque se necesitan ciertos componentes difíciles de conseguir para que funcione y además es bastante cara, pero sí que estaba muy extendida entre los humanos de la élite de Nueva York.

Paradiso es una droga alucinatoria que causa adicción si se consume de manera frecuente, y que requiere para su activación la sangre de un Cambiante.

Cuando un humano la consume, su mente se transforma en la del Cambiante cuya sangre ha consumido junto al resto de químicos de la droga durante unas horas, causándole sueños muy vívidos sobre ser una bestia salvaje: correr de caza por el bosque, aullarle a la luna, tener sexo bestial.... Todo lo que los humanos desean y pero no pueden tener si no son Predestinados.

Pero, cuando un Cambiante la consume en su estado puro, sin mezclarla con la sangre de nadie, lo que hace es soñar con su Predestinado. O eso creen, ya que al despertar no pueden recordar nada más que figurar borrosas y sin rostro.

Sueñan que están Emparejado; que no están solos; que su alma está conectada a la de alguien más.

Aunque no estaba extendida entre la gran mayoría de los Cambiantes, sí que se había vuelto popular entre algunos de aquellos que todavía no habían encontrado a su Pareja Predestinada y se estaban volviendo locos por la soledad o que se creían las patrañas y rumores que afirmaban que consumirla posponía la Feralidad.

—Así que tu tío es consumidor habitual de Paradiso. —Suspiro.

La adicción a esta droga en particular es difícil de tratar, pero no incurable.

Keo aprieta los labios y asiente y puedo sentir el disgusto que siente por el Zorro en su aura, mezclado con la tristeza y la resignación.

—Craig, el humano fallecido...

—Lo hizo por una sobredosis. —Concluyo. —Por ello no tenía marcas de violencia en el cuerpo, y por ello estaba desnudo.

Los humanos que la consumen suelen deshacerse de sus ropas mientras desvarían y alucinan y acaban corriendo desnudos por la ciudad o el bosque o la playa o dondequiera que se encuentren.

Es esta conducta tan peligrosa, dado que no son conscientes de su entorno y de que no les importa si es pleno verano o el más crudo de los inviernos, la que ha causado tantas muertes entre los adictos de mayor gravedad.

Muertes por hipotermia, por insolación, por caídas, por ahogamiento, por atropello al lanzarse a correr por una autopista... había visto de todo durante mis años en Nueva York.

—Sí. —Confirma Keo.

Sé que hay algo más que quiere decirme, así que me aguanto las ganas de insistir y de interrumpir y procuro esperar con paciencia a que lo haga.

—Mi tío.... Era su proveedor de sangre. A cambio, Craig compraba la droga pura con el dinero que había heredado de su madre. Y, cuando ese se agotó, con el que consiguió con la venta de la propiedad que también heredó de ella.

Maldigo sonoramente.

—¿Y cómo acabó Craig aquí? —Inquiero. —¿Se coló en la casa a visitar a tu tío para pedirle más sangre?

La expresión del Alfa se torna en una de ira furibunda.

—Mi tío lleva años sin vivir aquí. Desapareció tras robarle dinero a la familia. —Dice pausadamente controlando su ira que, aunque sé que no va dirigida a mí, es bastante impresionante de ver.... Y me hace sentir algo más acalorada de lo que debería. Su rostro enfadado es

oscuramente atractivo. —Y no volvimos a saber de él hasta hace dos días, cuando el humano apareció muerto y él en el almacén que hemos visto antes con tu hermana.

Entonces, ¿qué es lo que estaba haciendo Taero aquí? Me pregunto en silencio.

—Mucho me temo que él y Craig habían planeado volver a robarnos después de descubrir que el dinero se les había acabado. —Me responde Keo intuyendo mis dudas. —Pero decidieron drogarse mientras estaban ocultos en el almacén esperando a que nos durmiéramos para entrar en la casa por un pasadizo secreto que solo los miembros del Clan conocen. Supongo que no pudieron evitar querer gastar lo último que les quedaba de la droga durante esas horas de espera.

Se me encoge el corazón por Keo.

Está claro que la traición de su tío es una que le duele y le afecta más de lo que deja ver.

No me puedo imaginar lo que debe sentir en estos momentos.

Por mucho que me queje de mi familia y lo exasperada que esté día sí y día también con algunos de sus miembros, lo cierto es que los Reindeer, hasta el último de nosotros, somos un Clan muy unido y jamás se nos cruzaría por la cabeza el traicionarnos o utilizarnos de esa forma.

Lo que ha hecho Taero, y lo que planeaba hacer de nuevo, es algo terrible.

No solo atenta contra las leyes de cualquier manda o Clan, sino que también es una traición a su propia familia.

—Lo siento. —No sé qué más decir para calmar el dolor que veo en sus ojos.

No se me dan bien las palabras.

Abrazo a Keo apoyando la cabeza en su amplio pecho y cierro los ojos mientras escucho latir su corazón y sus brazos me rodean, y nos quedamos así durante un largo tiempo, hasta que la postura es demasiado incómoda y mi Oso Alfa me levanta en sus brazos y me sienta en su regazo para que pueda acomodarme mejor.

Todavía hay tantas cosas de las que hablar. Tantas cosas que quiero decirle.

Tantas cosas que *temo* decirle.

Pero, por ahora, este momento, y en este silencio compartido, es él y su dolor los que importan más que cualquier otra cosa.

**Keo**

Kiara se ha quedado dormida entre mis brazos.

Observo su rostro pacífico y sereno y siento su espíritu vagar por el mundo de los sueños en calma, y respiro esa misma paz hasta que toca y tiñe mi interior con su calidez.

O lo hace durante unos segundos, hasta que cierro los ojos y me viene a la mente la imagen de mi tío.

Lo que fue una vez. En lo que se convirtió. Y lo que es ahora.

Taero siempre ha sido, y será, una espina clavada en mi costado y en el de toda mi familia y de su propio Clan, los Zorros Blancos.

Mi madre, Recesiva en su momento, fue contada entre ellos antes de Emparejarse con mi padre, y comparte tanto la sensación de vergüenza por tener la misma sangre que ese macho sin honor como la tristeza de ver así a un hermano con el que creció y al que amó desde niña.

Está siendo muy duro para ella, y mi padre no se aleja ni un solo segundo de su lado.

Llevan dos días encerrados en sus habitaciones, y mi padre solo ha salido de las mismas para cumplir con su guardia frente a las puertas de Taero mientras su Compañera duerme, intranquila y triste, por la desgracia en la que se ha convertido su hermano.

Mi tía Fara se lo está tomando con mucha mayor calma, pero también está triste y afectada por su hermano.

Incluso Harold está más arisco y arrogante de lo habitual.

Taero solía ser amigo suyo.

Toda la casa, o al menos la parte que conoce la magnitud de la traición de Taero, está conmocionada por los hechos.

Mi tío tiene mucho por lo que responder todavía.

Una vez esté sano, o al menos todo lo sano que puede llegar a estar, hablaré con Fara y con mis padres para intentar encontrar una solución al problema en el que se ha convertido.

Me temo que tomar una decisión en solitario en este caso no será posible. Hay demasiada gente emocionalmente involucrada en todo este lío.

Pero por ahora, y en estos instantes, mi mente está demasiado ocupada y concentrada en Kiara como para seguir pensando en Taero un solo segundo más.

Me niego a que mi tío arruine la felicidad que he encontrado al unirme con esta mujer y sentirme al fin completo y en paz con la vida y conmigo mismo, a pesar de los obstáculos.

Todavía nos queda mucho que resolver hasta ser una Pareja equilibrada y en paz el uno con el otro, pero creo firmemente que seremos capaces de ello.

Mi Kiara se mueve en mis brazos y despierta soltando un suspiro y alzando la mirada desde su lugar en mi pecho, y yo me inclino para besarla porque no puedo resistirme a lo hermosa que está:

así con los rizos revueltos y los ojos somnolientos y en calma.

—¿Cuánto tiempo he dormido? —Inquiere bostezando en tono adormilado.

—Solo un par de horas.

De normal, sus profundidades verdes están tan turbulentas y en conflicto que tengo ganas de abrazarla con fuerza y no dejarla marchar de nuevo.

El que haya prometido quedarse e intentarlo me llena de alivio y alegría.

Sé en mi corazón que es una mujer honorable que mantiene su palabra hasta el final.

Es demasiado obstinada como para no hacerlo.

—Mi señor Keodron, la policía ha vuelto para llevarse el cuerpo. —Interrumpe Harold llamando a la puerta.

Ahogo una maldición.

Un día de estos, tendré que llevarme a mi Predestinada a la cabaña que la familia posee en el bosque y prohibir que nos molesten para poder pasar unos días a solas con ella y disfrutar de su presencia sin que nos interrumpan.

—Pues deja que se lo lleven. —Le gruño a Harold antes de inclinarme a besar de nuevo a mi Kiara.

Tiene un sabor tan adictivo que pasaría el resto de mis días besándola sin detenerme hasta perder el aliento y la cordura.

Harold se aleja entre quejas murmuradas en voz baja y Kiara se echa a reír en mis brazos.

Es una imagen tan bella que me quedo atontado unos segundos antes de capturar de nuevo su boca y enredar mis dedos en sus rizos oscuros.

—Tengo que llamar a Nina y explicarle lo ocurrido. —Me dice entre beso y beso, y yo respondo con un gruñido, incapaz de dejar de besar su cuello el tiempo suficiente como para responder de manera más apropiada.

Esta mujer hace arder mi sangre y embauca mi mente como nadie.

—Ya que no es un asesinato no creo que haya mucho problema en archivar el caso, pero deberíamos hablar con Nina primero. —Prosigue ella sin apenas aliento mientras mi boca descende hasta sus pechos.

—Como quieras. —Le digo cuando ella me golpea el hombro al no responderle.

La verdad es que el humano y su muerte me son indiferentes.

Cosechas lo que siembras, como quien dice.

No era un espécimen de varón humano precisamente pacífico y sociable.

Mi Compañera debe haber leído mi mente, ya que no interpongo ninguna barrera entre nuestras almas, aunque ella sí lo haga a veces, ya que frunce el ceño y me detiene agarrando mi cabeza con ambas manos y obligándome a mirarla a los ojos.

—No les tienes mucho cariño a los humanos, ¿eh?

Ella traga saliva y yo no comprendo por qué de repente el ambiente está algo tenso hasta que su mente roza la mía de nuevo y veo que ella está molesta.

No por mí, sino por ella misma.

Soltando un suspiro de pérdida por la pasión que dejo deslizar entre mis dedos para centrarme en la conversación, decido que es hora de que hablemos de algunas cosas que a ambos se nos han atragantado hasta ahora.

Apenas hace un día que la conozco y esta mujer ya lo es todo para mí. No puedo permitir que haya silencios o tensiones entre nosotros.

—Te molesta que tenga ideas preconcebidas sobre los humanos.

Ella se encoge de hombros pretendiendo una indiferencia que ambos sabemos que no siente.

—Los prejuicios siempre son algo malo. —Me dice de manera lacónica.

—Cuando son prejuicios, sí. Cuando las ideas surgen del conocimiento, no. —Respondo sin malicia, simplemente estableciendo un hecho que he creído toda mi vida.

Ella suelta un bufido y aparta la mirada, tensa y molesta por algo que para ella es un tema sensible, pero yo no estoy dispuesto a que mi Compañera se esconda de mí tras fachadas ni falsas indiferencias.

—Los Lobos son pretenciosos y siguen sus ridículas Leyes a rajatabla. —Le digo, intentando probar un punto.

Ella se echa a reír.

—Tú también lo haces.

Yo suelto un gruñido, molesto.

—Las mías, *nuestras*, —me corrijo—, tienen perfecto sentido.

—Seguro que más que las de los Lobos y sus hembras. —Dice ella con sarcasmo.

Me encojo de hombros, las dos especies hacemos las cosas de maneras diferentes a pesar de nuestras similitudes como Cambiantes.

—Las Hienas son irritantes. Los Ciervos no tienen inhibiciones. Las Panteras son antisociales, como muchos de los Cambiantes tipo gato. Y los Renos....

Me muerdo la lengua.

Ella alza una ceja y me mira, desafiante.

—¿Los Renos qué?

—Son tan parlanchines como los Ciervos y muchos otros herbívoros... y demasiado sociables.

—Y sin inhibiciones. —Añade ella con retintín acordándose de lo que he dicho sobre los Ciervos.

Mis labios se curvan en una media sonrisa de disculpa que ella responde a pesar de que se esfuerza para que no vea su sonrisa.

Pero todavía está molesta con mi comentario sobre el humano.

Me resulta curioso cómo los prejuicios contra los Cambiantes, a pesar de que ellos incluyen a su familia, no la molestan tanto como los que tengo contra los humanos.

—Cada especie de Cambiante tiene sus propios estereotipos, y algunas veces, como en el caso de muchos miembros de mi familia, son ciertos. —Concede ella. —Pero, los humanos....

—Los humanos son más numerosos, cometen más crímenes que nadie, y han sido, hasta ahora, los causantes de todas las guerras, todos los genocidios, todas las ideologías extremas, ... No está en la naturaleza de un Cambiante ser tan cruel como puede llegar a serlo un humano.

Ella aprieta los labios y se levanta de mi regazo, todo rastro de calma y paz olvidado.

La noto angustiada y ansiosa y rabiosa y con ganas de llorar y creo que empiezo a entender el por qué.

El alma de mi Kiara es, y siempre será, el de una justiciera.

Una que todavía anhela creer en la bondad inherente de las personas, sean de la especie que sean, y en que una sociedad justa y amable donde las especies convivan en paz y armonía es algo posible.

Una que, veo ahora que su alma está abierta para mí como si me estuviese mostrando todo lo que es ella como un reto para mí y para sí misma: quiere que yo la juzgue.

Quiere que la perdone a pesar de que sé que no necesita perdón.

No ante mis ojos diga lo que diga el mundo al respecto.

Pero ella no siente lo mismo.

No cree lo mismo.

Mi Kiara ha visto la fealdad del mundo y tiene el corazón roto por ello, y el mío se rompe al verla así: tan herida, tan asustada del mundo y de sí misma, tan desesperada, tan perdida.

Alzándome, la cojo suavemente entre mis brazos como si ella fuera un pájaro, hermoso y frágil y herido, y acuno su cuerpo contra el mío, envolviéndola en cuerpo y alma hasta que nuestros espíritus se funden de nuevo el uno con el otro, sin límites ni inhibiciones, y ella puede ver y sentir en cada fibra de su ser lo que yo soy: cada ápice de mí, cada pensamiento y valor moral y creencia y recuerdo y emoción y lo maravillado que estoy de que ella exista.

Y de que el Destino la haya elegido como mi Compañera.

Kiara rompe a llorar con su cabeza apoyada en mi pecho y su espíritu aferrándose firmemente al mío como un salvavidas, y yo me quedo así, con ella acunada en mí en cuerpo y alma, hasta que poco a poco se va calmando unas horas después.

Nos muevo de nuevo hasta el sofá y la siento en mi regazo, murmurando palabras calmantes y acariciando su cabello y su rostro lleno de lágrimas que beso con el corazón en un puño sintiéndome impotente por no poder hacer nada más.

—No hay nadie perfecto, ni como persona ni como especie. Mi tío Taero es prueba de ello. —Murmuro intentando dar con las palabras que la ayuden en estos momentos tan duros para ella. —Y todos nosotros, humanos o Cambiantes, nos esforzamos en su mayoría por ser la mejor versión de nosotros mismos. Eso es innegable. Pero saber que la gente solo es gente, sin importar la especie, no implica que debemos negar la realidad de la historia del mundo y cegarnos fingiendo que la maldad no existe.

Ella cierra los ojos de nuevo y aferra mi suéter con un puño y yo paso mis pulgares por sus mejillas húmedas.

—Hay que juzgar a cada individuo como lo que es. Ni mejor, ni peor.

—Eso no es lo que has dicho antes. —Responde ella con voz ronca en tono agotado, como si hubiera tenido esta conversación una y otra vez consigo misma.

Como si se hubiera dicho esas palabras a sí misma hasta agotarse por el esfuerzo constante de ser lo más justa y verdadera posible.

—Lo que he dicho antes es también parte de la realidad. Saber cuáles son los prejuicios y preconcepciones que acompañan a una especie no es negar que cada individuo merece, y debe, ser juzgado de manera individual.

Ella se queda pensativa.

—¿Y cómo lo haces? —Susurra y se detiene cuando se le rompe la voz, aspirando una bocanada de aire antes de volver a empezar de nuevo. —¿Cómo haces para que esos prejuicios no sean todo lo que puedes pensar de una persona en cuanto ves a qué especie pertenece? ¿En cuánto ves que es humano?

—Ser consciente de que los estereotipos existen no es lo mismo que dejarse llevar por ellos o creérselos a rajatabla. Eso último sería poco realista y bastante ridículo. —Intento explicar. —Fíjate en ti, por ejemplo, eres la Reindeer menos parlanchina e invasiva que he conocido jamás. —Le digo esperando que comprenda.

Kiara se ríe entre dientes, pero, aunque está algo más tranquila después de desahogarse, la duda y el miedo a ser injusta persisten en ella.

No sé cómo hacerle entender que la moral no es algo ni blanco ni negro. Es gris y es compleja y es algo en lo que trabajar siempre. Al igual que la educación y el conocimiento y la vida misma.

Nada es estático ni simple en el mundo.

Nada es perfecto ni existe sin mácula alguna.

—Hay que caminar por la vida siendo consciente de que el mundo es un lugar complejo y de que hay personas buenas y malas en él. —Digo al cabo de un rato de silencio. —Del mismo modo que el ser consciente de la historia de la humanidad no implica que vayas por la calle acusando al primer humano que se te cruce de ser un Nazi, a no ser que lleve símbolos Nazis o se declare a sí mismo como tal.

Existen muchas maneras de ver la vida.

Hay gente que cree que todo el mundo es bondadoso de manera inherente. Gente que cree que hay maldad en todos los corazones y la vida es una batalla constante contra ella. Gente que ve a las personas como seres complejos hechos de, al mismo tiempo, ideas y conductas morales e inmorales dependiendo de la situación y las interacciones.

Y gente, como mi Kiara, que cree que el mundo *debería* ser justo pero ha visto demasiado terror en él como para negar que la oscuridad existe.

—Lo sé. Pero hay veces que....

No termina la frase. Traga saliva y su mente conecta con la mía y comparte las imágenes de un hombre humano persiguiendo a un par de jóvenes adolescentes humanas y haciéndoles comentarios lascivos.

Y a continuación un sentimiento de asco y rabia e impotencia y el sonido de huesos rotos y la satisfacción de ver a ese hombre gritar; y sé que es uno de sus recuerdos.

Un recuerdo que la hace sentir asco de sí misma.

Que es una de las causas de que esté tan estresada.

El haber perdido el control de esa forma, comprendo entonces, no es propio de mi Kiara.

No es propio de una mujer que siempre intenta ser lo más justa y honesta y recta posible.

Que se juzga a sí misma mucho más duramente que a los demás y siempre espera lo mejor de sí misma a pesar de todo.

Acaricio su espalda y la siento soltar una bocanada de aire trémula contra mi cuello.

Ansiosa, pero liberada.

Así es como se siente después de haber compartido conmigo ese recuerdo.

Esa memoria que la persigue como un fantasma vengativo.

—Estaba yendo a terapia hasta hace una semana. —Me confiesa en voz queda. —Por lo de Nueva York.

Traga saliva de nuevo, angustiada, y yo siento la rabia y la ira bullir en mi interior por lo que ha pasado, por lo que ha tenido que ver y que vivir, esta mujer tan valiente y tan valerosa que ahora está entre mis brazos.

—¿Te va bien? —Pregunto, demasiado lleno de rabia como para pensar en qué más decir.

Me esfuerzo en controlar la ira que siento en estos momentos contra el mundo en general y contra los varones humanos que veo en su mente en particular.

Políticos y estrellas de cine y ricos magnates y policías corruptos y todo lo repulsivo que el mundo de la gente con poder pero sin moral es capaz de ofrecer.

Y ella, durante años, ha luchado sin descanso contra todos ellos con lo mejor de sus habilidades como persona y como policía. Con toda su fuerza y su sentido de la justicia y su compasión por sus víctimas, en muchos casos mujeres jóvenes humanas o Cambiantes, o incluso niñas.

Y todavía lucha.

Una dura batalla contra ella misma y contra esa parte del mundo en la que se ha visto envuelta y que lo permea todo de oscuridad.

—Me va mejor que cuando volví. —Ella se ríe sin ganas y su risa se convierte en un sollozo seco.

Mi Kiara vuelve a esconder su rostro en mi pecho y se esfuerza en controlar su respiración y yo logro al fin tragarme mi ira y centrarme en ella, que es más importante para mí que cualquier emoción que yo pueda estar sintiendo, y le envío una oleada de calma y de amor y de devoción a través de nuestro vínculo de la que ella bebe con ganas, sedienta y desesperada por sentir algo bueno y brillante de nuevo.

Y juro, en ese instante, que procuraré llenar su vida de momentos bellos, pacíficos y llenos de luz para combatir la oscuridad que se ha atrevido a tocarla con su ponzoña.

—Si quieres volver. —Le digo con suavidad. —Tienes todo mi apoyo. Haré lo que quiera que necesites que haga.

Incluso volver a dejarla marchar si ello es lo que necesita. Si se siente agobiada o atrapada y necesita espacio.

Aunque ello me mate.

El amor, descubro en esos momentos, es algo hermoso y trágico a la vez.

Doloroso pero lleno de plenitud y de maravilla.

Ella asiente todavía con la mejilla apoyada en mi suéter y aspira mi olor en sus pulmones, relajándose contra mí ahora que sabe que ni la odio, ni la considero imperfecta o dañada (y no soy capaz de imaginar cómo es posible que haya llegado a la conclusión de que yo podría hacer tal cosa).

Sanar requiere tiempo y esfuerzo.

No sucede ni mágicamente ni de la noche a la mañana.

Lo sé con certeza.

Como sé que estaré a su lado noche y día si me deja estarlo, apoyándola y ayudándola y amándola hasta el final de mis días.

—Keo. —Murmura ella sonriendo con una mezcla de tristeza y de alegría en el rostro y los ojos empañados una vez más.

—¿Mmm?

—Gracias.

Me siento conmovido por la suavidad con la que lo dice.

Como si fuera algo frágil.

Como un primer paso hacia algo mucho mayor.

—Te amo, Kiara Reindeer. —Le digo abriéndole mi corazón como lo he hecho con mi mente y mi alma. —Y nada jamás cambiará eso.

Mi Kiara tiembla y se aferra a mí de nuevo y me abraza con fiereza.

Y eso, esa confesión silenciosa, en este instante, es suficiente para ambos.

Epílogo



Kiara

Varios meses después....

No he logrado que Nina acepte mi dimisión, pero sí que me deje tener un par de años sabáticos.

Siempre seré policía hasta la médula, y sé que volveré al cuerpo una vez esté lista para ello, pero necesitaba este tiempo lejos de mi placa para poder centrarme en mí misma y en mi sanación.

Y, por supuesto, también en mi relación con Keo, que es cada vez más importante para mí.

Siempre he sido una de esas personas que aman con fiereza y posesividad, como muchos Cambiantes, pero Keo despierta en mí emociones tan intensas que a veces me sorprenden.

Mi terapia también va bien.

Avanzamos lentamente, pero la psicóloga cree que estoy mejorando bastante, y lo cierto es que yo también lo siento.

Me siento más ligera y más tranquila ahora que ya no insisto en cargar sola con mis problemas todo el tiempo.

Que sé que puedo hablar con alguien que no me va a juzgar tan duramente como lo hago yo todo el tiempo.

Mi mente ya no está tan llena de oscuridad, y el hecho de que tanto Ana como Keo estén junto a mí cuando los necesito ayuda mucho.

Los quiero cada día un poco más.

Llenan mi vida de una luz que no me había dado cuenta de que necesitaba de manera tan desesperada.

Hacer las paces con las que cosas que vi en Nueva York es difícil, y tal vez nunca llegue a estar realmente en paz, pero al menos estoy aprendiendo a vivir con ello de manera más saludable y a no obsesionarme hasta el punto de olvidarme de la otra cara del mundo: de las cosas buenas y de la bondad que también existe en él.

De las personas genuinamente bondadosas que sé que existen. Tanto humanos como Cambiantes.

Keo, Ana, y yo, hacemos lo que podemos por ayudar.

Como muchos otros.

Campañas, donaciones, manifestaciones, cursos educativos, presión política.... Ana se está metiendo de lleno últimamente en ello y yo la acompaño cuando me veo capaz de ello.

Estoy intentando no presionarme para hacer y sentir las cosas de manera inmediata; para tener más paciencia y ser más amable conmigo misma.

Y cada día lo logro un poco más.

Ser menos perfeccionista, como dice mi hermana, es duro, pero se puede conseguir si se trabaja en ello con pequeños pasos y metas que ayuden a no ser cruel con una misma.

Y mis prejuicios van aligerándose poco a poco.

Paso a paso vuelvo a ser más yo de lo que lo había sido en años.

Y mi nueva naturaleza como Osa Polar Alfa se siente, extrañamente, como si siempre hubiera sido una parte de mí esperando a despertar.

Como ser liberada de cadenas que no era consciente de que existían hasta mi primera transformación.

Hasta que, estando sentada en el Solárium con Norma Jean, madre de Keo, y su cuñada Gabriela y sobrina Elektra, mis huesos empezaron a doler y mi cuerpo estalló, o así fue como se sintió entonces, y cuando volví a recobrar los sentidos era una inmensa Osa Polar Alfa que apenas dejaba espacio en la sala para que las otras dos hembras y la niña cupieran en ella pegadas contra una de las paredes de cristal.

Fue difícil salir de allí y difícil volver a Cambiar a humana, pero creo que ya lo voy controlando mejor.

Mis «obligaciones» como Alfa, que tanto había temido, consisten básicamente en tomar el té de vez en cuando con Norma Jean (solo porque ella insistió. Y la verdad es que lo disfruto bastante. La mujer tiene un sentido del humor muy sombrío y me hace reír bastante), patrullar las fronteras un par de veces al mes con Keo, y procurar que Harold no se pase de dramático cuando Keo está ocupado con la administración de las propiedades de los White (esa tarea suele ser la más difícil. El Zorro es agradable y amable, pero tiende a exagerar bastante. La semana pasada, sin ir más lejos, insistió en fumigar toda la casa porque había creído ver una rata, que en realidad resultó ser una ardilla, en la cocina).

La vida es compleja, y tan maravillosa como terrorífica en ocasiones, pero siento que vale la pena vivir cada segundo de la misma por el privilegio de pasar mis días junto a la gente que me rodea.

Siento que me amo más a mí misma, y que me comprendo mejor, cada día que paso meditando y acudiendo a terapia.

En cuanto a Taero, el tío de Keo, nos sorprendió a todos cuando, días después de que la doctora del Clan y la Agrádt, su hermana, lo declararan recuperado (o todo lo recuperado que podría llegar a estar), una Alfa Bisonte se presentó en los terrenos de los Polares venida desde el territorio Wolf y seguida de unos alarmados Liam y Sorren Wolf, que habían estado junto a ella cuando de repente echó a correr, y reclamó a Taero como propio.

Los recién Emparejados han decidido vivir en una casa a las afueras del territorio Wolf después de que Keo dejara a su tío ir con la advertencia de que pasaría mucho tiempo, y tendría que demostrar que había cambiado realmente, antes de que se le permitiera al macho de Zorro blanco visitar el terreno de su familia o ser aceptado entre ellos.

Los White no perdonan fácilmente. Ni siquiera a un miembro de la propia familia.

Y no me extrañaría nada que Keo y Aros no lo hicieran nunca y le guardaran rencor el resto de sus días.

Poco después del incidente con la Alfa Bisonte, llamada Desirée y, al parecer, una buena amiga de Jane y Sorren Wolf y del Ciervo Fili, que hasta hace poco era también un Feral, Leandra White, hermana de Keo y Aros y Pareja de mi tía Augusta, volvió a Green Valley con mi tía y se quedó un par de días antes de su próximo viaje a las Bahamas, y mantuvimos una conversación mientras vagábamos por el bosque que me hizo ver que los Cambiantes no son ni tan perfectos ni tan poco prejuiciosos como soy dada a pensar en ocasiones.

Leandra es una gran mujer, pero, como yo, ha tenido una etapa de odio y muerte en su vida.

Aunque la suya la causó ella misma.

Y, además (y ello hace que mis sentidos de policía rechinen los dientes), nunca pagó por ello ni se arrepintió de haber matado a más de dos docenas de humanos y de haberlos enterrado o dejado en el bosque para que se pudrieran.

Juzgar a la gente como personas, y no como un cúmulo de estereotipos y expectativas, es un camino difícil.

Pero, para mí, vale la pena caminar por él.

Es un viaje largo y lleno de reflexiones.

De mirarse a una misma y poder señalar los prejuicios y las ideas injustas y saber de dónde provienen éstas y qué hacer para combatirlas en el día a día.

De ser consciente de que, aunque la maldad existe en el mundo, también hay gente buena, humanos buenos, en él. Aunque ello me cuesta más con los varones que con las mujeres todavía.

Me hace sentir mejor saber que me estoy esforzando para no hacer generalizaciones sobre los humanos hasta el punto de que ello vuelva a afectar mi trabajo y mi vocación como defensora de la ley y el orden.

Y me hace feliz tener a Keo y a Ana durante este viaje tan arduo pero necesario para mí.

Hace unas semanas por fin logré dejar a un lado mi miedo a ser dependiente para siempre y decirle a mi Emparejado que lo amo, y su expresión y la felicidad que sentí provenir de él fueron lo más bello que he visto en mi vida sin exagerar.

Vivir una vida junto a este hombre honorable y bueno y honesto y tantas otras cosas que me hacen sentir que puedo apoyar mi peso en él, y viceversa, y contar con él cada día de mi vida, se me hace una expectativa que me llena de tanta paz y felicidad que apenas puedo esperar para despertar en sus brazos cada mañana el resto de nuestros días.

Estoy en calma.

Y soy feliz.

Y Keo también lo es.

Y eso es lo único que me importa.



Sobre la autora

Marta Guinart, autora de *El renacer de Olivia Carter* y *LOBA*, entre otros, escribe sus novelas de romance paranormal y erótico bajo el seudónimo T. N. Hawke tanto en inglés como en español.

Nació en Valencia, España, en 1988, y se graduó en la carrera de Pedagogía en la Universitat de València hace unos años.

En la actualidad, combina su trabajo como cuidadora de persona dependiente con la escritura, y espera poder vivir de sus libros algún día y dedicarse plenamente a ello.

Otros libros que ha publicado son:

Paranormales y eróticos

Bajo el pseudónimo **T. N. Hawke**

- ***LOBA*** (*Saga Vengadoras I*)
- ***Romances Eróticos Paranormales Vol. I***
- ***SEIZE THE NIGHT*** (*versión en Inglés*)
- ***Reclamada por su Alfa*** (*Los Lobos de Green Valley n°1*)
- ***Seducida por su Lobo*** (*Los Lobos de Green Valley n°2*)
- ***Venerada por su Lobo*** (*Los Lobos de Green Valley n°3*)
- ***Amada por sus Lobos*** (*Los Lobos de Green Valley n°4*)
- ***Adorada por su Lobo*** (*Los Lobos de Green Valley n°5*)
- ***Reverenciada por su Lobo*** (*Los Lobos de Green Valley n°6*)
- ***Deseada por su Lobo*** (*Los Lobos de Green Valley n°7*)
- ***Anhelada por su Oso*** (*Los Lobos de Green Valley n°8*)
- ***Navidad en Green Valley*** (*Los Lobos de Green Valley n°9: Especial Navidad*)

Novela romántica contemporánea

Bajo el nombre **Marta Guinart**

- ***El renacer de Olivia Carter*** (*libro único*).

Descubre más de esta autora en Amazon:

amazon.com/author/tnhawke

amazon.com/author/martaguinart

O dale a “***seguir***” en Amazon a su perfil para enterarte de las últimas novedades.

Encuétrala en Instagram:

@tnhawke

@deco_hogar_esp «-- Aquí está más activa.

Lee más sobre los hermanos Wolf y otros libros de la autora en Amazon y en Amazon Kindle Unlimited.

¡Gracias por leer!